

COLECCIÓN ENTRECruzADOS

Cartas a Lucrecio



*...tra ilustrísima entenderá más adelante,
nuestro poema. A los ocho años, la
perseguido por las deudas debimos
ezgo. Allí comencé mi educación*

Martina López Casanova
Franco Lucarelli
Roberto Mattos
Javier Montserrat
Eduardo Rinesi
Anita Zalts

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Cartas a Lucrecio / Roberto Mattos ... [et al.]. - 1a ed. - Los Polvorines:
Universidad Nacional de General Sarmiento, 2022.

Libro digital, PDF - (Entrecruzados ; 2)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-630-660-7

1. Filosofía Clásica. 2. Química. 3. Filosofía de la Naturaleza. I. Mattos,
Roberto.

CDD 179.1

EDICIONES UNGS

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2022

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño de tapa: Daniel Vidable

Diagramación: Eleonora Silva

Corrección: Gustavo Castaño



Licencia Creative Commons 4.0

Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd)



Libro
Universitario
Argentino

COLECCIÓN ENTRECruzADOS

Cartas a Lucrecio

Roberto Mattos

Franco Lucarelli

Martina López Casanova

Eduardo Rinesi

Anita Zalts

Javier Montserrat

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Es posible encontrar protección frente a muchas otras cosas, pero frente a la muerte los humanos vivimos todos en una ciudad desguarnecida.

Epicuro

... y escucho con mis ojos a los muertos.

Quevedo

Si no te das cuenta de lo que vale, el mundo es una tontería, si vas dejando que se escape lo que más querías.

Kiko Veneno

Índice

- 9 ● **Prólogo.** Sobre cómo encontramos “Cartas a Lucrecio”.
Javier Montserrat
- 19 ● **Carta primera.** La historia de un buscador de libros.
Poggio Bracciolini
- 29 ● **Carta segunda.** Acerca de dioses y átomos. *Javier Montserrat*
- 41 ● **Carta tercera.** La herencia. *Anita Zalts*
- 55 ● **Carta cuarta.** Imagen y persuasión en el epicureísmo.
Roberto Mattos
- 65 ● **Carta quinta.** Lucrecio y la política. *Eduardo Rinesi*
- 75 ● **Carta sexta.** Los átomos y el amor. *Javier Montserrat*
- 87 ● **Carta séptima.** Las sendas de Lucrecio: conocimiento
y literatura. *Martina López Casanova*
- 103 ● **Carta octava.** Carta-cuento a Lucrecio. *Franco Lucarelli*
- 143 ● **Carta novena.** Sobre el sentido de la existencia.
Javier Montserrat
- 149 ● **Epílogo.** *Javier Montserrat*
- 151 ● **Apéndice 1.** Discurso preliminar del *Tratado elemental
de química* de Antoine-Laurent de Lavoisier (1789)
- 159 ● **Apéndice 2**

Prólogo

Sobre cómo encontramos *Cartas a Lucrecio*

Marcelo Perotti. Universidad Nacional de Mar del Plata
(año del Señor 2151)*

Queridos lectores, mi nombre es Marcelo Perotti (con doble t), tengo 35 años y soy profesor de la carrera de Bibliotecología y Documentación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Mar del Plata. Quisiera que el prólogo de este curioso libro, *Cartas a Lucrecio*, además de ser una introducción a la historia de su hallazgo, fuera una breve reseña de nuestra historia local, y de cómo esta se entrelaza con la historia mundial más reciente, la del colapso de la civilización digital.

En relación con mis obligaciones profesionales, el texto que quiero presentarles es el resultado de mi última expedición arqueológica. El libro fue encontrado por nuestro grupo de Búsqueda y Rescate Cultural (BRC) en las ruinas de la Universidad Nacional de General Sarmiento, en la expedición que llevamos adelante en el año 2149. La singularidad de *Cartas a Lucrecio* es que nos permite recuperar parte del conocimiento histórico sobre el origen del atomismo y el epicureísmo, de cuya existencia es este el único testimonio que hemos encontrado luego del apocalipsis nuclear de 2021.

Hasta el momento solo hemos podido hallar fragmentos parciales de lo que era conocido antes de 2021. Sí sabemos un poco mejor lo que ocurrió ese año, sobre todo a través de algunos recortes de periódicos (*Clarín* y *El Marplatense*) que encontramos en las fábricas de conservas del puerto. Ese año, Donald Trump había asumido como el cuadragésimo sexto presidente de los Estados Unidos de América (nunca entendí cuál sería entonces la denominación del resto de las naciones

* Escrito por Javier Montserrat.

del continente americano...). Sabemos también por esos periódicos que China se enfrentaba en una feroz guerra comercial con los Estados Unidos. Este conflicto fue muy importante porque los recursos del mundo ya no eran suficientes para sostener el tren de vida de todos (los norteamericanos, siendo solo 326 millones, consumían el 40% de los recursos naturales del mundo, mientras que los chinos, que eran 1386 millones, querían empezar a vivir como los norteamericanos). Para colmo, en el año 2020 los chinos habían sido responsables de propagar una enfermedad viral que dio la vuelta al mundo. Desgraciadamente, el incremento de estas tensiones condujo a una catástrofe nuclear. Por lo que hemos podido reconstruir, el ataque nuclear norteamericano se debió principalmente a dos razones. La primera fue que el presidente norteamericano se había opuesto ferozmente al desarrollo del primer portaviones nuclear chino, cuestión que iba a cambiar el equilibrio naval en el Pacífico; y la segunda tuvo que ver con que en esos días el CEO de la mayor compañía automovilística norteamericana había sido detenido en Pekín acusado de espionaje. El presidente Trump, como castigo, llevó adelante un ataque nuclear parcial sobre territorio chino. El ataque se concentró, aparentemente, sobre la ciudad de Nankim, capital de la provincia de Jiangsu.

Según los recortes de los diarios que encontramos, Trump dijo que esa había sido una “represalia moderada”. ¡El asesinato de 10 millones de chinos en el tercer ataque nuclear de los Estados Unidos en la historia de la humanidad fue una “represalia moderada”! Lo que Trump no sabía era que los chinos habían desarrollado en secreto dos armas de destrucción masiva: la primera, una serie de submarinos atómicos con capacidad de lanzar misiles nucleares de mediano alcance; y la segunda, un arma denominada Massive Electromagnetic Pulse for Internet (MEMPI). Lo que sabemos del MEMPI es que fue un pulso electromagnético de altísima frecuencia que se transmitió por la fibra óptica de la red y quemó, sí, quemó físicamente, todas las computadoras conectadas.

Por otro lado, las dos potencias nucleares involucradas en esta guerra tenían un plan secundario de “limpieza de socios de mi enemigo”. Estados Unidos atacó las principales ciudades del sudeste asiático, algunos países africanos, Cuba, Venezuela y Libia. Rusia, que intervino a favor de China, dirigió sus cabezas nucleares a las principales ciudades de América Latina y Canadá. Fue el fin de todo. En 24 horas el cielo se oscureció y llovieron cenizas. En los días siguientes la temperatura descendió tanto que ese diciembre de 2021 la máxima en Mar del Plata fue de 7 °C.

Esto fue solo el principio. La temperatura siguió disminuyendo en los meses siguientes hasta que se empezaron a ver bloques de hielo desde la escollera. Las plantas y los animales fueron muriendo. La falta de comida fue atroz y produjo una intensa violencia, de forma que al año del desastre la población de Mar del Plata no llegaba a 5.000 habitantes. En la Argentina, el ataque nuclear ruso se concentró sobre las ciudades de Buenos Aires, La Plata, Bahía Blanca, Córdoba, Rosario, Santa Fe y Mendoza.

Lo que el holocausto nuclear no terminó lo hizo la catástrofe climática que vino después. El enorme descenso de la temperatura produjo el inicio de una nueva era glacial, lo que prácticamente aniquiló en cinco años alrededor del 95% de la población que había sobrevivido al ataque nuclear. Piensen, además, que junto con el ataque dejaron de funcionar nuestros servicios esenciales: las refinerías no destilaron más petróleo, las usinas no generaron más electricidad, las plantas potabilizadoras quedaron abandonadas, el campo no produjo más alimentos. Por supuesto, todos los aparatos eléctricos que habían quedado eran inservibles ante la falta de energía. Es decir, en un lapso de unos pocos meses la civilización retrocedió 150 años y volvimos a calefaccionarnos con leña, a alumbrarnos con velas y aceite y a buscar agua a ríos y lagos.

En Mar del Plata sobrevivimos porque el mar moderó un poco la disminución de la temperatura, lo que nos permitió sostener una horticultura de subsistencia en Sierra de los Padres, donde teníamos una reserva de agua dulce. Además, pudimos transformar los barcos de la flota pesquera –la cual originalmente funcionaba a diesel– a vela, de forma que logramos conseguir pescado para mantener nuestra dieta proteica.

Desde el principio, y ante el colapso de todo lo que conocíamos, nos quedó en claro que tan importante como mantener nuestra subsistencia era sostener, como pudiésemos, la cultura que habíamos logrado que no colapsara. Se habían perdido las fuentes culturales electrónicas, por lo que la estrategia era concentrarse lo más rápidamente posible en las fuentes en papel. Les confieso que no fue un acto heroico de defensa de la cultura, sino la acción desesperada de quienes veían que si no se hacía algo no tendríamos más médicos, dentistas, arquitectos, ingenieros veterinarios, etc. Eso produjo una rara reacción (por lo inesperada en un momento de desesperación) por parte de los sobrevivientes. Al mismo tiempo que todos trabajábamos para sobrevivir, también lo hacíamos para mantener funcionando, como fuera, nuestra universidad. Esa sí fue una decisión heroica. Por esta razón, hoy la Universidad de Mar del Plata es, probablemente, una de las pocas que sobrevivieron en el mundo.

Fue en el año 2151, con la ayuda de todos sus miembros, que la universidad pudo organizar la más ambiciosa expedición de BRC. Se decidió ir en búsqueda de todos los libros que se pudieran rescatar de las inmediaciones de la ciudad de Buenos Aires. Como la desaparecida capital de la República Argentina había sido blanco directo del ataque nuclear, los niveles de radiación, según nuestros ingenieros, todavía no eran compatibles con la vida. Esto quería decir que no tenía sentido ir a buscar libros a la Biblioteca Nacional, que además, probablemente, habría sido incinerada en el ataque. Por otro lado, no nos podíamos acercar a cualquier biblioteca que estuviera a una distancia inferior a 20 kilómetros del borde de la ciudad (unos 30 kilómetros del centro del ataque nuclear).

En nuestra universidad conservábamos, en la oficina del rector, un viejo mapa de la provincia de Buenos Aires de antes del ataque, que tenía marcadas con pequeñas chinchas azules y cartelitos descoloridos la ubicación de todas las

universidades de la provincia. En la zona noroeste de la ciudad, cerca de la intersección de las rutas 8 y 202, había una chinche que sostenía un cartelito que decía “Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS)”. Esta universidad (o más precisamente sus ruinas) parecía un objetivo ideal para nuestra expedición.

Según nuestros cálculos, forzando un poco el paso y sin agotar a nuestros caballos, podríamos recorrer aproximadamente entre 50 y 60 kilómetros por día. Eso quería decir que el viaje nos iba a llevar un poco más de una semana. Para eso pertrechamos las cinco carretas en las que viajamos con verduras, galletas y pescados en conserva. En cuanto a la carne, ya nos encargaríamos de hacernos por el camino con alguna de las vacas salvajes que todavía quedaban vivas. El primer día fue probablemente el más difícil, no solo porque llovía y hacía un frío que calaba hasta los huesos, sino porque nos corría por la espalda el frío del miedo a lo desconocido, a la desolación y a alejarnos de casa. En los días siguientes, el tiempo mejoró y nos permitió avanzar sin mayores contratiempos, a excepción del acecho de alguna que otra jauría de perros salvajes, de los cuales nuestros guardiamarinas dieron cuenta a los tiros. Los lugares donde pasamos las noches subsiguientes se fueron sucediendo: Las Armas, Gral. Guido, Castelli y Chascomús. A partir de ese punto decidimos abandonar la RN 2 y tomar por rutas provinciales para evitar la radiación remanente que quedaba entre La Plata y Buenos Aires. Así fuimos por la RP 6 hasta Cañuelas, donde pasamos la noche en un edificio derruido con forma de castillo que todavía conservaba un cartel que decía “Fábrica Finaco”. El día siguiente madrugamos para intentar alcanzar en esa jornada la localidad de Los Polvorines, donde estaba nuestro destino. Era un día frío, pero de sol radiante. Seguimos por la RP 6 hasta la 40, y por esta hasta Merlo, donde tomamos la 23 hasta San Miguel. A partir de allí fuimos por calles de barriadas abandonadas, hasta que, casi cuando el sol estaba poniéndose, llegamos a la universidad.

La entrada y el resto del campus estaban cubiertos por una capa de unos 40 centímetros de cenizas (seguramente, producto de los impactos del ataque sobre Buenos Aires). Avanzamos lentamente y mi corazón casi estalla cuando sobre la izquierda vimos un local que tenía un cartel que decía “Librería”. Los cristales de las vidrieras estaban estallados, pero detrás de ellas el lugar había sido resguardado con unas maderas de obra, como si alguien hubiese querido preservar ese tesoro. Arrancamos con unas barretas las maderas que sellaban el acceso y descubrimos que ¡la librería estaba llena de libros! Nuestra expedición no había sido en vano. Esa noche armamos nuestros catres sobre un largo pasillo que estaba detrás de la librería y que recorría la planta baja de un edificio que respondía al nombre de “Módulo 1”. Organizamos una improvisada cena con las conservas de pescado que llevábamos y pronto el cansancio y la excitación del día hizo que prácticamente nos desmayáramos.

Al día siguiente encontramos la “Biblioteca”, un edificio de tres plantas y paredes vidriadas. Pese al deterioro de las ventanas, la inmensa colección de libros de texto que estaban en la planta baja estaba en un estado bastante razonable. Mientras el resto del equipo seleccionaba los libros que nos llevaríamos a Mar del

Plata, yo me dediqué a vagar (prerrogativa de los jefes...) por los otros edificios del campus. Junto al Módulo 1 había un edificio de laboratorios de química que tenía sus puertas de acceso trabadas con perfiles de hierro soldados (parecía responder a la misma lógica de conservación que la librería), y al lado de este, un edificio en dos plantas que parecía de oficinas. La puerta de la planta baja estaba desencajada del marco y no fue difícil tirarla abajo. El pasillo inferior estaba muy oscuro, por lo que decidí ir al piso superior, donde había un poco más de luz natural. Empecé a caminar por el pasillo y me detuve ante una de las primeras puertas de la derecha. Me causó gracia una trivialidad, un cartel colocado sobre una puerta que invitaba a unas clases de esgrima japonesa con la promesa de poder pegarle a un tal profesor Montserrat. La puerta estaba sin llave. Empecé a curiosear por la oficina: carpetas con apuntes de materias, libros de química y parciales de estudiantes, y escondido entre esos estantes, encontré un pequeño libro que me llamó la atención: *Cartas a Lucrecio*. Era el título de un breve texto de unas cien páginas firmadas por Franco Lucarelli, Roberto Mattos, Martina López Casanova, Eduardo Rinesi, Anita Zalts y el propio Javier Montserrat. No sabía de dónde, pero el nombre de Lucrecio me era familiar. Tomé el libro y lo guardé en el bolsillo interior de mi campera de abrigo.

Por la tarde supervisé los avances del proceso de selección de los libros. El trabajo era mucho, no solo había que elegirlos, había que catalogarlos, embalarlos adecuadamente e ir cargándolos en nuestros carretones. Después de comer un succulento guiso de liebre que los guardiamarinas habían preparado usando una vieja cocina que estaba sobre el frente de la universidad, busqué un lugar donde pudiera tirarme un rato en mi bolsa de dormir y leer un poco de *Cartas a Lucrecio*. Me metí en una oficina en la planta alta del Módulo 1 que parecía la oficina del rector (rectora, en este caso, aparentemente por su nombre). Era una oficina amplia desde donde podía ver buena parte del campus, y sobre todo el parque central, donde teníamos ubicados en ronda nuestros carretones. Me metí en mi bolsa de dormir y abrí *Cartas a Lucrecio*.

En un *flash* recordé por qué me era familiar el nombre de Lucrecio. Unos años antes había tenido que ayudar a unos estudiantes iniciales en un curso de química con sus habilidades de lectocomprensión, y el nombre de Lucrecio aparecía entre las referencias históricas del texto que usamos. Rápidamente me di cuenta de que el libro que tenía entre manos era un texto epistolar de ficción. Era un conjunto de cartas dirigidas a Lucrecio, un filósofo romano del siglo I a. C., que utilizaba como disparador partes del poema original que este había escrito y que se titulaba *De rerum natura* (*De las cosas de la naturaleza*). Así que el texto era en realidad un libro sobre un libro. Los autores, en una forma enfática, intentaban remarcar que lo importante del texto era recuperar de un aparente olvido a ese gran poeta romano y su única obra.

Para mí, este era un punto central. El libro que había encontrado era valioso porque nos permitía recuperar, al menos parcialmente, el perdido poema de Lucrecio. *Cartas a Lucrecio* era entonces una especie de cápsula del tiempo, algo

parecido a lo que habían hecho los monjes bibliotecarios de los monasterios de la Edad Media.

La organización de *Cartas a Lucrecio* constaba de una carta introductoria, escrita ficcionalmente por un tal Poggio Bracciolini, un personaje histórico que había vivido en el siglo XV y que fue quien rescató el texto original de Lucrecio de la biblioteca de un monasterio en el sur de Alemania (aparentemente, la biblioteca del monasterio de Fulda, pero esto no estaba totalmente claro). A continuación, seguían una serie de cartas de los autores antes mencionados, escritas en un tono diverso, cuestión que las hacía más entretenidas, y que tocaban algunas ideas tratadas en *De rerum natura*, como, por ejemplo, la estructura del universo, los mecanismos de la herencia biológica, la república, las letras, las imágenes y el amor.

Quedé atrapado por el libro. Entonces, quise averiguar algo de la vida de sus autores. Teníamos todavía por delante unos días de trabajo en la UNGS, así que me dirigí a la oficina de Montserrat y la revolví de arriba abajo hasta que encontré un cuaderno con tapas rojas y notas manuscritas, que aparentemente había usado para la escritura del libro. Allí encontré los datos biográficos de los autores y unas breves notas acerca de Lucrecio, los cuales transcribo textualmente a continuación.

Lucrecio (ca. 94-50 a. C.). Lo poco que se sabe de la vida de Lucrecio aparentemente se lo debemos a San Jerónimo, padre de la Iglesia católica, que vivió entre 340 y 420 d. C. San Jerónimo señala lo siguiente: “Nació Tito Lucrecio, poeta. Después de volverse loco por un filtro de amor¹ y de escribir en los intervalos de cordura que le dejaba su demencia varios libros revisados por Cicerón, se mató por sus propias manos a los cuarenta y cuatro años de edad”. Las palabras de San Jerónimo deben ser tomadas con cierta desconfianza. La independencia que proponía Lucrecio entre el mundo de lo material y el mundo de lo divino (si es que este existía) no debe haberle causado mucha gracia a San Jerónimo (y ojalá le haya provocado una úlcera).

El apellido Lucrecio corresponde al de una antigua y distinguida familia romana. Stephen Greenblatt² señala que, como los esclavos liberados también recibían el apellido de la familia, no podemos asegurar que el origen del poeta fuera aristocrático. De todas maneras, la dedicatoria de *De rerum natura* a un noble llamado Gayo Memmio parecería sostener la hipótesis de un origen noble.

El poema causó una profunda impresión entre los principales intelectuales romanos del siglo I a. C. Cicerón, en una carta escrita a su hermano en el año 54 a. C., decía: “La poesía de Lucrecio es como tú dices, rica por la brillantez de su genio, pero también muy artística”. Virgilio, que tenía quince años cuando murió Lucrecio, escribió en referencia a este en las *Geórgicas*: “¡Feliz aquel a quien fue dado conocer las causas de las cosas! Y hallar bajo su planta los vanos temores y

1 Filtro de amor: poción o brebaje que induce estados amorosos.

2 Stephen Greenblatt. *El giro*. Barcelona: Crítica, 2011, pp. 54-55.

el inexorable hado y el estrépito del avaro Aqueronte”, sentencia aparentemente dirigida a Lucrecio. Si bien *De rerum natura* parecería haber recibido un cierto reconocimiento de la “inteligencia romana” del siglo I a. C. (un ejemplar de esta obra fue encontrado entre las ruinas de la biblioteca de Herculano), no parece haber sido un poema del alcance de las obras de Virgilio, Cicerón o Catulo. De hecho, nuestro conocimiento de esta obra pendió de un hilo hasta su redescubrimiento a principios del siglo XV.

Tal vez, algunas de las razones que pudieran explicar este hecho estén asociadas a la dificultad del contenido de la obra. Esta discurre entre lo físico y lo metafísico. En relación con lo físico, reivindica el atomismo; y en relación con lo metafísico, el materialismo humano, es decir, la inexistencia de un alma inmortal. Es probable que de todos los atomistas: Leucipo, Demócrito y Epicuro, Lucrecio estuviera más familiarizado con la obra de este último, a quien elevó en su poema a la condición de “padre y creador de las cosas”.

Anita Zalts. Nació en el Hospital Municipal de San Miguel, en una fría mañana de 1956. De niña, muchas cosas le interesaban, pero las ciencias naturales siempre llamaron más su atención. Así fue que decidió estudiar química y llegó a la Universidad de Buenos Aires, a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, donde se graduó como Licenciada en Química. Trabajó allí en docencia, fundamentalmente en química analítica. En cuanto a su trabajo de investigación, finalizó el Doctorado en Ciencias Químicas realizando estudios fotoquímicos. Las vueltas de la vida la llevaron de regreso a sus pagos para integrarse como investigadora-docente en el área de Química de la Universidad Nacional de General Sarmiento, en 1997, cuando la universidad era nueva y casi todo estaba por hacerse. Puso en marcha nuevas materias con enfoques novedosos y, luego, nuevas carreras. Inició caminos en investigación teniendo como eje el desarrollo de la química ambiental y su aplicación a los problemas locales. Todas fueron tareas apasionantes. Se jubiló en el año 2016 para poder dedicarles más tiempo a las otras cosas que le interesaban, aunque continuó colaborando con algunas actividades académicas. La docencia en química ambiental le permitió conversar y pensar un poco más sobre el maravilloso funcionamiento de nuestro planeta, y sobre lo que le hemos hecho en el afán de dominarlo para nuestro provecho.

Martina López Casanova. Nació en Buenos Aires en 1959, pero vivió hasta los veintitrés años en Los Polvorines e hizo el secundario en el Colegio Nacional de San Miguel. Durante los muy difíciles años de la última dictadura militar estudió literatura y latín en el entonces nacional Instituto Superior del Profesorado “Dr. Joaquín V. González”, donde luego se especializó en literatura española del Siglo de Oro. También allí cursó la Maestría en Ciencias del Lenguaje. Se doctoró en Ciencias Sociales por el IDES-UNGS. Su tesis estudia la crítica literaria local entre 1970 y 2008. Dictó y coordinó talleres de escritura en distintas universidades nacionales. Participó en la creación de la Licenciatura en Cultura y Lenguajes

Artísticos de la UNGS y dictó clases de literatura contemporánea en esa carrera y en el Profesorado de Lengua y Literatura, también de la UNGS. Fue investigadora docente en la misma universidad desde 1995 –cuando se inauguró allí la actividad docente– hasta 2019, año en el que se jubiló. Este retiro (al que, no sin esfuerzo, prefirió redefinir para sí misma) le permitió conocer otras dimensiones –siempre infinitas– de la lectura, la escritura y los afectos. Continuó dictando seminarios de posgrado y abrió el Grupo de Estudios “Mujeres y escritura. ¿Cómo contar?” en el Centro de Investigaciones Sociales (IDES-CONICET).

Roberto Mattos. Nació en 1986 en el partido de Escobar, provincia de Buenos Aires. Se graduó como licenciado en Filosofía en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Fue doctorando en filosofía por la misma casa de estudios, con una beca interna doctoral otorgada por el CONICET. También fue docente de la cátedra de Latín (dos niveles desde 2016) y de Lengua y Cultura Latinas (dos niveles desde 2016) en la UNSAM. Fue docente de Latín Filosófico (dos niveles desde 2020) en la UBA y dos veces docente invitado en la UNCUYO. Participó de diversos proyectos de investigación acreditados. Publicó sus trabajos en revistas científicas nacionales e internacionales. Fue fundador y director de la editorial Uuirto, entidad dedicada a la publicación y difusión de proyectos científicos y de artes literarias y de la imagen.

Franco Lucarelli. Nació en 1992 en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires. Era licenciado en Letras por la Universidad Nacional del Sur (UNS). Se desempeñó como becario doctoral del CONICET y se dedicó al estudio de la recepción de la épica de Lucrecio en la *Eneida* de Virgilio. Desde 2014 participó como integrante en proyectos de investigación orientados al estudio de la épica latina (Departamento de Humanidades de la UNS), período en el cual incursionó en temas asociados a la violencia y la musicalidad en la *Eneida* de Virgilio y a la recepción de Lucrecio en Borges. En su tesina de grado abordó el análisis de las estructuras fónicas en los símiles de la *Eneida*.

Eduardo Rinesi (1964-XXXX). Nació en Rosario, provincia de Santa Fe, donde se graduó de licenciado en Ciencia Política en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. A fines de la década del ochenta se instaló en Buenos Aires, donde cursó la Maestría en Ciencias Sociales en la FLACSO. Dio clases en diversas universidades públicas del país y en el Colegio Nacional de Buenos Aires, editó varias revistas y publicó algunas cosillas. Entre 1998 y 2000 vivió en San Pablo, Brasil, donde cursó el Doctorado en Filosofía en la Universidad de San Pablo, cuya tesis dio origen a su libro *Política y tragedia*, de 2003. Fue profesor asociado regular en la UNGS, donde se desempeñó como director del Instituto del Desarrollo Humano y como rector, y donde dirigió la carrera de Especialización en Filosofía Política, un proyecto de investigación (“Tiempo loco”) sobre Shakespeare y la política, y la revista *Noticias UNGS*.

Javier Montserrat (1963-XXXX). Nació en la ciudad de Buenos Aires. En 1982 formó parte de un ejército de locos (Charly García *dixit*). Se graduó como licenciado en Química en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires y realizó su doctorado entre 1990 y 1995 en el Instituto de Química Organometálica de la Universidad de Oviedo, España. Luego hizo una estadía postdoctoral entre 1995 y 1996 en el grupo de Química de Péptidos y Proteínas de la New York State University (Buffalo Campus). En 1996 participó de la creación del Área de Química del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de General Sarmiento, en la que fue profesor titular e investigador de carrera del CONICET. Sus proyectos de investigación estuvieron relacionados con la química ambiental y la química de ácidos nucleicos. Fue autor de unos 50 artículos en revistas internacionales y coautor de dos libros de divulgación: *De las cosas de la naturaleza* y *de la naturaleza de las cosas* y *Cartas a Lucrecio*. Aparentemente, sus alumnos lo querían (aunque las autoridades no tanto). Era aficionado a la esgrima japonesa (por pura voluntad, porque no había talento) y se comenta que se esforzaba por encontrar en su Stratocaster el riff de blues perfecto, pero que nunca lo logró.

Carta primera

La historia de un buscador de libros*

Ilustrísimo Tito Lucrecio Caro:

Solo la perseverante insistencia del profesor Montserrat y la honorabilidad de su causa han logrado vencer el prurito que he tenido durante seis siglos de dirigirme a usted, insigne poeta. Si me permite la aclaración, estimado maestro, durante el tiempo que estuve en silencio me dediqué a pensar en cómo mi vida se ha entremezclado con la de su poema, de forma que ambas terminaron fundidas en una misma historia.

Pero permítame su merced presentarme. Mi nombre es Gian Francesco Poggio Bracciolini. Nací en el año del Señor de 1380 en el pueblo de Terranuova, dentro del territorio controlado por Florencia, en la Toscana, a unos cinco días de marcha a caballo de Roma. Mi padre era notario, es decir, entendido en litigios y disputas legales, lo mismo que mi abuelo materno Michele Frutti, poseedor de una bellísima letra, que yo heredé, y que, como vuestra ilustrísima entenderá más adelante, jugó un papel central en el descubrimiento de vuestro poema. A los ocho años, la desgracia económica cayó sobre mi familia, y perseguidos por las deudas debimos mudarnos de Florencia a la ciudad de Arezzo. Allí comencé mi educación formal, algo de geometría, aritmética, pero, sobre todo, latín. El manejo de esta lengua junto con algunos rudimentos en el conocimiento de las leyes y la herencia de una caligrafía destacable me permitieron volver a Florencia cuando ya rondaba los 20 años. Quiero contarle a su merced que unos pocos años después de este relato los textos pasarían a ser elaborados por unas máquinas denominadas “imprentas”, grandes prensas de metal dedicadas a reproducir los textos de manera más rápida y que llevaron a la normalización de la caligrafía. Pero hasta ese momento, contar con una letra clara y sencilla podía marcar la diferencia entre

* Escrita por Javier Montserrat.

que un texto pudiera ser leído o no. Vuestra merced seguramente lo entiende por experiencia propia. Fue esta destacada caligrafía lo que me permitió ganarme la vida copiando libros mientras estudiaba para notario y aumentaba mis conocimientos de latín con un maestro llamado Giovanni Malpaghini. Fue allí donde conocí a quien se convertiría luego en mi mejor amigo y confidente, Niccolò Niccoli.

Querido Lucrecio, hemos entre la gente algunos que profesamos una nueva devoción por los textos antiguos. Pero al mismo tiempo debo confesaros que soy un hombre como cualquier otro y he tenido casi todos los apetitos y aspiraciones de este mundo, en particular el de conseguir una buena posición económica. Mi dominio del latín y mis contactos personales me permitieron acceder al puesto de secretario del papa Juan XXIII. Vuestra merced se preguntará qué es un papa. Debo contaros que aproximadamente un siglo después de vuestra muerte llegaron a nuestra querida Roma algunos miembros de una secta oriental denominados cristianos. Las enseñanzas de esta nueva religión se propagaron por el imperio hasta que a finales del siglo III el emperador Constantino decidió adoptarla como religión imperial, abandonó a los antiguos dioses y los reemplazó por uno nuevo (en realidad, casi cuatro, si consideramos a una mortal llamada María). Los papas devinieron los jefes supremos de esta Iglesia, una suerte de emperadores religiosos, pero que, al mismo tiempo, tenían un poder político tal que competía con el del emperador. Os hago esta aclaración porque el papa del que estuve a su servicio fue, sin intención alguna, una de las razones que enlazaron mi vida con la de vuestro poema. Su destino –más bien debería decir su desgracia– fue el punto inicial del camino que me condujo hacia usted, sublime poeta.

Como os contaba, los papas son los jefes espirituales (pero con un gran poder material) de la Santa Iglesia Apostólica Romana. Las tensiones entre el poder religioso y el poder político ejercido por el emperador hicieron que a principios del siglo XV convivieran tres pretendientes al trono de Dios: Benedicto XIII, Gregorio XII y mi señor, Juan XXIII. La única forma de ordenar este descalabro fue que el emperador Segismundo, elegido rey de los romanos en 1410, convocara a un concilio, es decir, a una reunión de todos los cardenales (príncipes electores de la Iglesia), en la ciudad de Constanza. El concilio comenzó en 1414 y pronto mi señor se enemistó profundamente con el emperador. Desgraciadamente, a mi señor no se le ocurrió mejor idea que escapar de Constanza disfrazado de campesino para ir a refugiarse a Roma. Fue arrestado en el camino y encarcelado en la prisión imperial de Heidelberg.

Mi amadísimo poeta, inmediatamente todos los que habíamos estado al servicio de Juan XXIII fuimos licenciados, prescindieron de nuestros servicios sin mayor contemplación. Entonces, yo me encontré sin señor, sin dinero y en tierra extraña sin saber qué hacer. Este, que debería haber sido el momento más negro de mi vida, se transformó, sin embargo, en un instante de gran oportunidad.

Por mi temperamento, debo confesaros, magnánimo maestro, que siempre me encontré inclinado a disponer yo mismo del destino de mi vida. Fue así que, viéndome dueño y señor de mi vida, comencé a poner en práctica una aventura

que había comenzado a imaginar durante mis años de espera en Constanza. Con el auxilio económico de algunos amigos de Roma, salí con mi amigo Bartolomeo Aragazzi a la búsqueda de antiguos textos latinos ocultos en las bibliotecas de los monasterios del norte de Europa. Nuestro primer destino fue el reconocido monasterio de Saint Gall, sobre la orilla sur del lago Constanza. El invierno de 1417 fue particularmente crudo, por lo que su ilustrísima podrá imaginar las penurias que dos ciudadanos romanos sufrimos en esos gélidos montes tedescos. El profesor Montserrat me comentó que hoy, en el siglo XXI, existe ropa y calzado que no permite que uno se moje cuando camina sobre la nieve, y que eso le permite a uno soportar temperaturas muy bajas. Podrá figurarse usted, faro de nuestros desconciertos, que todo eso no existía en el siglo XV. Estábamos vestidos con ropa de algodón y lana que traíamos de Italia y que se mojaba todo el tiempo debido a las nevadas y las lluvias.

Luego de algunos días en Saint Gall, decidí que debía separarme de Bartolomeo. Él estaba muy entusiasmado por el tamaño de la biblioteca de este convento, que en su opinión auguraba un botín de muchos textos olvidados. Pero yo sabía que si quería encontrar lo que nadie había encontrado antes, tenía que ir más al norte, donde no hubieran andado antes otros buscadores de libros.

Como mis años previos en Constanza no habían contribuido a afianzar mi alemán, más por mi displicencia que por falta de oportunidad, y para contar con alguien que me asistiera en mis recados y a quien pudiera ir enseñando el oficio de amanuense,¹ contraté para el viaje a un joven que me fuera recomendado por el abad de Saint Gall, de nombre Matheus. Dirigimos pues nuestro destino hacia la abadía de Fulda, muy al norte, y muy dentro de tierra germánica. Estos territorios que en la época de vuestra merced estaban más allá de la frontera norte del imperio, se transformaron, por un curioso giro del destino, en el barco en cuyas bodegas navegó vuestro poema las aguas del tiempo hasta alcanzar las costas de mis manos.

Fulda, mi señor, era un monasterio benedictino, fundado en el año 747 por san Sturn, discípulo de san Bonifacio, quien expandió el cristianismo por tierras alemanas. Bonifacio logró que el emperador Carlomagno le concediera la propiedad de esa tierra, en la que se instaló junto con otros siete monjes. Comenzaron a construir la iglesia y Bonifacio envió a Sturn al monasterio de Montecasino para aprender todo lo que fuera menester acerca del funcionamiento monacal. A su regreso, Sturn fue nombrado abad por Bonifacio y pronto se dedicó a engrandecer el destino de Fulda. La abadía creció y se abrió para aspirantes a monjes benedictinos, pero lo más importante fue que pronto la biblioteca del monasterio comenzó a poblarse de libros: algunos, regalos de reyes y príncipes; otros, producto de la paciente copia de los monjes, que entre libros de horas, misales y vidas de santos, copiaron algunos textos latinos muchísimo más antiguos. Esos eran los códices

1 Persona que tenía por oficio copiar escritos.

en los que esperaba encontrar el eco del diáfano del latín de vuestra merced y de otros ilustres poetas y filósofos.

Al llegar a Fulda nos instalamos con Matheus en la hospedería para visitantes de la abadía. Yo sabía que si quería conseguir el acceso a la biblioteca, primero tenía que lograr el acceso al abad Johann von Merlau, que era el dueño y señor de aquel pequeño reino. Al día siguiente a mi llegada me dirigí solo al convento. Sabía que a partir de su puerta podía hablar en latín, y para eso no requería el auxilio de Matheus. Como le contara antes a vuestra merced, mi trabajo con mi antiguo señor, el papa, consistía en poner por escrito sus palabras, registrar sus decisiones y llevar adelante su correspondencia. Todo eso, por supuesto, se hacía en latín. Esto me había dado un dominio de la lengua de Virgilio que sabía superior al de los benedictinos de Fulda. Entonces, me dirigí al monje que guardaba la puerta con un salmo que sabía que me granjearía su favor: "*Hodie si vocem eius audieritis, nolite obdurare corda vestra*",² y me presenté como un peregrino de Roma que quería ofrecer mis respetos al abad y rezar ante las reliquias de san Bonifacio.

El portero me llevó inmediatamente a un sencillo receptorio en el que esperé la presencia del abad. Johann von Merlau era una persona de casi sesenta años, pero todavía conservaba cierto aspecto jovial. Sus ojos eran oscuros y parecían transmitir un poco de tristeza. Me presenté y deslicé en medio de la conversación un comentario sobre mi antiguo puesto como secretario del depuesto Juan XXIII. Pronto, el abad Johann se dio cuenta de que mi visita podría ser de utilidad a su convento, sobre todo al enterarse de que yo había desarrollado una nueva caligrafía que permitía copiar los códices más rápidamente.³ Con la promesa de volver al día siguiente a enseñarles a los monjes amanuenses mi técnica, me retiré, luego de haber agradecido al abad la cortesía de haberme recibido.

La responsabilidad de la biblioteca y del *scriptorium* de la abadía de Fulda era del monje más sabio y anciano del convento, el adusto Georg Buchwald. Tenía muy poco cabello blanco alrededor de su tonsura y los ojos más grises que jamás haya visto. La inclinación de su espalda y las manchas de tinta sobre sus dedos eran una prueba de sus muchas horas de trabajo dedicados a la lectura y transcripción de códices. El *scriptorium*, para mi sorpresa, era una habitación muy bien iluminada por ventanas que daban al claustro, por un lado, y a un patio externo, por el otro. Allí habría unos treinta monjes trabajando en pupitres, algunos dedicados al arte de la iluminación,⁴ otros puliendo con piedra caliza las láminas vírgenes hechas con cueros de animales, y la mayoría transcribiendo algún viejo manuscrito. Para ganarme la confianza de Georg comencé a enseñarle a un joven monje mi técnica caligráfica. La técnica que había inventado tenía por objeto

² "Si hoy en día oyeras su voz, no querríais endurecer vuestros corazones".

³ Cabe señalar que todavía faltaban otros 23 años para que Gutenberg imprimiera el primer libro utilizando su imprenta de tipos móviles.

⁴ La iluminación era el arte de la ilustración, sobre todo, de libros religiosos, como misales y los denominados libros de horas (para oraciones).

normalizar el estilo de cada letra de la forma más sencilla posible, de manera de facilitar su lectura y agilizar su escritura. Al mismo tiempo, le pedí a Georg que me permitiera ver algunos códices canónicos, entre los cuales, particularmente, me llamó la atención un aburridísimo texto de san Isidoro de Sevilla titulado *De natura rerum* (*De la naturaleza de las cosas*), que pretendía ser un tratado de astronomía y filosofía natural.

Mi querido Lucrecio, tuve que dejar pasar así algunos días para que el buen bibliotecario y el resto de los monjes confiaran en mí. Pero la paciencia rindió sus frutos y finalmente me permitieron ver el catálogo de la biblioteca, un enorme códice atado con una cadena al escritorio de Georg. Repasé el catálogo pero no pude encontrar lo que buscaba, hasta que comprendí, viendo a un monje haciendo una arcada al bibliotecario, que lo que tenía que buscar en realidad eran los textos prohibidos (repugnantes). Esos textos no eran parte de la rutina de lectura de los monjes benedictinos y se guardaban en una habitación aparte y sin ningún catálogo. Pude convencer a Georg para que me permitiera acceder a la habitación de los libros inmundos, so pretexto de buscar textos antiguos que me permitieran seguir *aggiornando* mi latín. Mi corazón palpitaba aceleradamente la mañana en la que el mismísimo Georg me abrió con una llave que llevaba en su cinto la habitación de los textos prohibidos. A diferencia del *scriptorium*, esta habitación era particularmente oscura. Olía a humedad y desperdicios de ratas, y muchos códices estaban mordisqueados por estos enviados de Belcebú. Pasé toda una mañana revisando viejos textos tratando de encontrar alguno que no conociera, hasta que di con uno cuyo título era *De rerum natura*. Al principio creí que era la obra de san Isidoro, cuyo título había sido mal copiado. Pero no tenía ningún sentido que estuviera en la habitación de los textos prohibidos. La oscuridad era tal que no podía leer con claridad quién era el autor, por lo que pedí permiso para llevarme el códice a mi escritorio. Grande fue mi sorpresa, magno poeta, cuando vi vuestro nombre en la primera página. A mi memoria acudieron las referencias de Cicerón y supe que estaba en presencia de un descubrimiento importante. Qué decir cuando leí los primeros versos:

*AENEADV M genetrix, hominum divunque voluptas,
alma Venus, caeli subter labentia signa
quae mare navigerum, quae terras frugiferentis
concelabras, per te quoniam genus omne animantum
concipitur visitque exortum lumnina solis:
te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli
adventumque tuum, tibi suavis daedala tellus
summittit flores, tibi rident aequora ponti
placatumque nitet diffuso lumine caelum.*

*(Engendrada del romano pueblo,
placer de hombres y dioses, alma Venus:*

debajo de la bóveda del cielo,
por do giran los astros resbalando,
haces poblado el mar, que lleva naves,
y las tierras fructíferas fecundas;
por ti todo animal es concebido
y a la lumbre del sol abre sus ojos;
de ti, diosa, de ti los vientos huyen;
cuando tú llegas, huyen los nublados;
te da suaves flores varia tierra;
las llanuras del mar contigo ríen,
y brilla en la larga luz el cielo claro).⁵

Insigne maestro, debo confesaros que lloré, con discreción, sí, pero lloré, al leer vuestros bellos versos. A medida que seguí leyendo el texto me convencí por la brillantez de la gramática y la elegancia del estilo de que se trataba de una copia de un texto muy antiguo. Esa copia que tenía ante mí debía tener acaso cuatrocientos años, porque estaba en un estado de bastante deterioro y acusaba el ataque de la humedad y de las ratas.

Sabiendo que se trataba de un “texto pagano” y que el maese bibliotecario no me dejaría sacarlo de Fulda, le pedí a Matheus que dejara todo lo demás que estuviera transcribiendo y se dedicara a copiar vuestro maravilloso poema. Dado que no sabía en ese momento qué me deparaba el destino, decidí, al terminarse el manuscrito, ponerlo a resguardo y enviárselo a mi querido amigo Niccolò Niccoli en Florencia. En el medio de esta agitación debí volver a Constanza para ver si sobre el final del concilio el nuevo papa electo requeriría mis servicios como secretario o no. Os puedo adelantar, querido Lucrecio, que no me fue reconocido mi antiguo empleo.

Pero, afortunadamente, Matheus terminó la copia de *De rerum natura* y se la envió a Niccolò a Florencia, quien graciosamente bautizó esa copia como *Codex Poggianus*. Por supuesto, a partir de esa copia, Niccolò hizo, de propia mano, una para él mismo,⁶ y otras para hacer circular por Florencia. A los pocos años ya había unos cincuenta manuscritos circulando por toda Italia. Querido maestro, en ese momento su glorioso poema, que llevaba más de 1000 años dormido y que no había sido visto más que por unos pocos,⁷ volvió a ver la luz.

⁵ Lucrecio. *De la naturaleza de las cosas*. Edición de Agustín García Calvo. Madrid: Cátedra, 2015.

⁶ Hasta antes de la catástrofe nuclear podía verse en la biblioteca vaticana como *Codex Laurentianus* 35.50.

⁷ Solo se conservan completos de la época anterior al manuscrito de Poggio dos manuscritos más de *De rerum natura*, el *Oblongus* y el *Quadratus* (por sus formas), guardados en la biblioteca de la Universidad de Leiden desde 1689. Ignoro si habrán sobrevivido a la catástrofe.

Vuelto a Constanza y sabiendo que el manuscrito estaría a salvo con Niccolò, me dediqué a buscar trabajo. Como os había contado, había un nuevo papa electo, Martín V, quien no tenía mayor aprecio por la presencia de humanistas en la corte. Por este motivo me vi en la necesidad de buscar trabajo y, finalmente, conseguí que Henry Beaufort, obispo de Winchester y tío de Enrique V, me contratara como secretario. El profesor Montserrat me ha contado que, curiosamente, la lengua franca en el mundo de hoy es el inglés. En ese momento era el latín, y toda la correspondencia entre los príncipes de la Iglesia era en ese idioma. De todas maneras, mi decisión de viajar a Londres fue equivocada; pasé cuatro años en un país húmedo y frío que no apreciaba los textos antiguos, pero, sobre todo, con una pésima comida. Además, vuestra merced, estuve alejado de la transcripción de vuestro poema, que no había tenido tiempo de leer completamente, en la premura de sacarlo del convento. Pasaron más de diez años para que Niccolò me devolviera la copia que había hecho Matheus y entonces pude estudiar detenidamente vuestro texto. Querido Lucrecio, grande fue mi sorpresa por el contenido de su poema cuando pude analizarlo. Digo esto no solo por el brillo de su latín, sino sobre todo por la naturaleza de sus ideas. Tengo que confesarle, maestro, que soy cristiano, creo en Jesús y sus enseñanzas y mucho de lo que leí en su poema me produjo una cierta inquietud. ¿Cómo un pagano que no había conocido a nuestro Señor Jesucristo podía hablar tan bellamente en relación con unas supuestas verdades sobre la naturaleza? El profesor Montserrat me ha preguntado, en una amable charla que tuvimos las otras noches, cuáles eran las ideas que más me habían impresionado del poema, y yo redacté la siguiente lista:⁸

- Todo está hecho de partículas invisibles e indivisibles.
- Las partículas elementales de materia, “las semillas de las cosas”, son eternas.
- Las partículas elementales son infinitas en número, pero limitadas en cuanto a la forma y el tamaño.
- Todas las partículas están en movimiento en un vacío infinito.
- El universo no tiene creador ni ha sido concebido por nadie.
- Todo surge como consecuencia de un cambio de rumbo.
- El cambio de trayectoria es la fuente de la libertad de albedrío.
- La naturaleza experimenta sin cesar.
- El universo no fue creado por los humanos ni alrededor de los humanos.
- Los humanos no son seres únicos.
- La sociedad humana no comenzó en una edad de oro de calma y plenitud, sino en una lucha primigenia por la supervivencia.
- El alma muere.
- No existe el más allá.
- La muerte no es nada para nosotros.
- Todas las religiones organizadas son ilusiones de la superstición.

8 Tomado de Stephen Greenblatt. *El giro*, Barcelona: Crítica, 2011, pp. 162-172.

- Las religiones son invariablemente crueles.
- No hay ángeles, ni demonios ni fantasmas.
- El fin supremo de la vida humana es la potenciación del placer y la reducción del dolor.
- El mayor obstáculo para el placer no es el dolor, sino las ilusiones.
- Comprender la naturaleza de las cosas produce un profundo asombro.

Admirado poeta, mi fe cristiana, mi largo trabajo en la curia papal y también, debo confesarlo, mi ambición material (debo contarle que terminé mis días como canciller de Florencia poco antes de morir en 1452) me llevaron a considerar sus ideas como equivocadas y paganas. Pero el profesor Montserrat me cuenta que las ideas de vuestro poema, al menos las que refieren al mundo físico, están más cerca de la verdad que cualquiera de los conocimientos, teorías, explicaciones filosóficas y religiosas que tuviéramos en la época en la que me tocó vivir. Amado poeta, el profesor Montserrat me dice también que yo soy más recordado por la “resurrección” de vuestro poema de entre las tinieblas que por cualquier otro texto o acción que yo haya hecho en mi vida. También me cuenta que vuestro texto cambió el mundo que yo conocí, y que si bien yo quedé maravillado por la forma de vuestros versos y la elegancia de vuestro latín, fue el fondo de vuestro texto, sus ideas, las que ayudaron a establecer un giro en la historia del hombre.

El impacto de vuestro poema al poco tiempo de circular por Europa fue tal que en 1516 el sínodo de Florencia (un grupo de sacerdotes) prohibió la utilización de vuestra obra para la enseñanza del latín en los colegios por “lasciva e inmoral”, ya que trataba de demostrar por todos los medios la mortalidad del alma humana. Este intento de frenar el avance de la circulación de vuestro poema fracasó; para ese momento ya había ediciones impresas en latín (con la nueva tecnología de impresión germánica) en Bolonia, París y Venecia. Seguramente, alguna de esas copias fueron las que leyeron Montaigne, Tomás Moro, Giordano Bruno, Thomas Harriot, Shakespeare, Gassendi y Molière, la mayoría de ellos (excepto Bruno) cuidándose muy bien de coincidir públicamente en lo que vuestro poema proclamaba. La Iglesia intentó, por todos los medios, sacar de circulación vuestras ideas materialistas porque eran demasiado peligrosas para los preceptos centrales del credo. Pero ya era tarde. Si bien hasta el siglo XVII vuestro texto solo había circulado en latín, a mediados de ese siglo empezaron a imprimirse copias en inglés, francés e italiano, y por lo tanto se produjo un fenómeno literario reverso: despejado el latín, vuestras ideas pasaron a ser más importantes que vuestra poesía. Al desaparecer el latín en las traducciones, y con él la maravillosa elegancia que me había fascinado, vuestras ideas quedaron claramente expuestas, vuestro fondo pasó a ser más importante que vuestra forma.

Entonces, querido maestro, vuestras ideas se hicieron imparables. Y debo agregar más, el profesor Montserrat me cuenta que sobre finales de los siglos XVIII y XIX, con los trabajos de Boyle, Lavoisier y Dalton, se consolidó la idea de la materialidad de vuestros átomos. Ya no hubo más sustancia y accidente. Empezaron a

Carta primera La historia de un buscador de libros

haber razones “experimentales”, que así las llaman los denominados científicos, para creer que la naturaleza está constituida de vuestras pequeñas semillas indivisibles. Y si me permite contarle más, sobre los siglos XVIII y XIX vuestras ideas (ya sé que usted me dirá que son las de vuestro maestro, Epicuro) alentaron los proyectos políticos de grandes personajes como Thomas Jefferson y Karl Marx.

Querido Lucrecio, espero que este resumido recorrido por las aventuras que vivieron vuestro poema y un servidor le permita tener alguna perspectiva de lo que usted ha significado en la historia de las ideas.

Me despido cálidamente haciendo votos de que esta carta lo encuentre epicúreamente.

Su admirador de siempre,

*Poggio Bracciolini,
Florencia*

Carta segunda

Acerca de dioses y átomos

Querido Lucrecio:

Mi nombre es Javier Montserrat, probablemente Poggio Bracciolini le haya mencionado mi nombre. Soy profesor del Área de Química de la Universidad Nacional de General Sarmiento e intenté en días pasados localizarlo en Roma, pero realmente perdí su rastro a principios del siglo I a. C. y no pude encontrarlo en Facebook. Seguramente, siguiendo las recomendaciones de Epicuro, su maestro, ha decidido llevar una vida alejada de lo público. Por esta razón me tomé el atrevimiento de pedirle a Memmio¹ su dirección y aprovecho para escribirle esta carta, que hace mucho tiempo tenía pensado enviarle.

Empiezo por el final. Tenía usted razón. Usted, Leucipo, Demócrito y Epicuro tenían razón. La realidad última de la naturaleza son los átomos (hoy, en realidad, sabemos que son los *quarks*, los electrones y los fotones).² Para darle a usted una perspectiva de su triunfo, quisiera contarle que el “atomismo” se enseña hoy en los colegios (que son, o deberían ser, como escuelas filosóficas para los niños). Yo mismo enseño química (que es la disciplina que se ocupa de los átomos) en la universidad (que es algo así como la escuela filosófica para los jóvenes, o debería serlo...).

Maestro, quisiera confesarle que tengo una deuda intelectual con usted, pues acabo de publicar con el profesor Mario Lipsitz un libro que intenta homenajearlo³ y que toma prestadas sus palabras en el título. Además de esta deuda, me

1 Cayo Memmio es un aristócrata y pretor romano del siglo I a. C. y es a quien el poema *De rerum natura* está dirigido (es mencionado en once ocasiones). Según Cicerón, Memmio poseía la finca en la cual había estado la casa de Epicuro en Grecia, por lo que se desprende que compartía con Lucrecio la admiración por este filósofo.

2 Javier Montserrat y Mario Lipsitz. *De las cosas de la naturaleza y de la naturaleza de las cosas (de la ciencia a la metafísica)*, capítulos 1 y 2. Los Polvorines: UNGS, 2018, pp. 15-59. Disponible en: <https://ediciones.ungs.edu.ar/libro/de-las-cosas-de-la-naturaleza-y-la-naturaleza-de-las-cosas/>.

3 Ver Javier Montserrat y Mario Lipsitz, *op. cit.*

mueve a escribirle el profundo impacto que me produjo la lectura de su poema (*De rerum natura*).⁴ Las consecuencias de su atomismo sobre las preguntas filosóficas fundamentales: la vida, la muerte, la naturaleza de lo que existe, la inutilidad de los dioses, la mortalidad de nuestras almas, son realmente conmovedoras. Yo quisiera preguntarle: ¿por qué se hizo usted seguidor de Epicuro?, ¿por qué, a contracorriente de las escuelas filosóficas principales, adoptó esta visión de una radical materialidad del mundo?, ¿qué opinaron de esto sus contemporáneos? En todo caso, pienso que no debe haberle resultado sencillo escribir el poema, no solo por la profundidad de sus conceptos y la épica de sus versos, sino también por sus consecuencias personales (más adelante entraré en detalle sobre esto).

Pero, querido poeta, en esta carta quería referirme a dos temas que usted trata que son de mucho interés para mí, porque ambos tienen que ver con el problema del origen de lo que existe: los dioses y los átomos. Usted deja en claro que todo lo que existe está formado por los principios, llamados también cuerpos genitales o átomos. Además, nos dice que los átomos parecerían no tener mucho que ver con los dioses, que aparentemente están más preocupados por su existencia que por la suerte de los hombres. Usted nos señalaba en su poema:

*Porque serán materia de mi canto
La mansión celestial, sus moradores;
de qué principios la naturaleza
forma todos los seres, cómo crecen,
cómo los alimenta y los deshace
después de haber perdido su existencia:
los elementos que en mi obra llamo
la materia y los cuerpos genitales,
y las semillas, los primeros cuerpos,
porque todas las cosas nacen de ellos.
Pues la naturaleza de los dioses
debe gozar por sí con paz profunda
de la inmortalidad: muy apartados
de los tumultos de la vida humana,
sin dolor, sin peligro, enriquecidos
por sí mismos, en nada dependientes
de nosotros; ni acciones virtuosas
ni el enojo y la cólera los mueven.⁵*

Querido maestro, estos últimos versos se han usado para defenderlo frente a la hipotética afrenta de ser un ateo. En los años en los que su poema fue redescubierto

4 Lucrecio. *De la naturaleza de las cosas*. Edición de Agustín García Calvo. Madrid: Cátedra, 2015.

5 *Ibíd.*, p. 93, versos 70-87.

por Bracciolini, esta era una grave acusación. Sus supuestos defensores decían que usted creía que los dioses existían, pero, al mismo tiempo, que estos no se preocupaban por nuestra existencia. Ahora, yo quisiera preguntarle: ¿qué objeto tendría la existencia de unos dioses que no se preocupan por nosotros? Y si esos dioses tampoco explican los principios por los que la naturaleza existe, ¿de qué sirven? Tal vez creer en un dios que en nada se preocupa por su creación haya sido la forma elegante de considerarse un ateo, ya me lo contará usted. Y que los dioses no tenían nada que ver con las cosas del cielo y de la tierra, usted nos lo decía muy claramente:

*Por un principio suyo empezaremos:
ninguna cosa nace de la nada,
no puede hacerlo la divina esencia:
aunque reprime a todos los mortales
el miedo de manera que se inclinan
a creer producidas por los dioses
muchas cosas del cielo y de la tierra,
por no llegar a comprender sus causas.
Por lo que cuando hubiéramos probado
que de la nada nada puede hacerse,
entonces quedaremos convencidos
del origen que tiene cada cosa;
y sin la ayuda de los inmortales
de qué modo los seres son formados.⁶*

Querido maestro, siento una especial simpatía por los anteriores versos. También, como usted, creo que no hace falta invocar una causa divina para poder explicar el origen y el devenir de lo que existe,⁷ y también abrazo su convicción de que el miedo nos induce a creer producidas por los dioses muchas cosas del cielo y de la tierra.

Ahora, querido Lucrecio, quería repasar con usted algunas consideraciones sobre esta idea genial de Demócrito y Epicuro, y que usted también expusiera en su poema: que la naturaleza está formada por átomos. Usted imaginaba que:

*La extremidad de un átomo es un punto
tan pequeño, que escapa a los sentidos;
él es el más pequeño de los cuerpos,
ni estuvo ni estará jamás aislado;
es una parte extrema, que juntada*

⁶ *Ibíd.*, p. 98, versos 210-223.

⁷ Ver Javier Montserrat y Mario Lipsitz, *op. cit.*, capítulo 7.

*con otras y otras partes semejantes,
forman así del átomo la esencia.⁸*

No sabe, maestro, cuán acertado estaba con esas afirmaciones. Los átomos son extraordinariamente pequeños; para darle una idea, el átomo más pequeño, que es el átomo de hidrógeno, tiene un diámetro de 10⁻¹⁰ m y una masa de 1,7.10⁻²⁷ kg. Esto quiere decir que si pidiéramos a toda la población del mundo que vive en el siglo XXI (7.000 millones) que se pusiera una al lado de la otra y formara una larga fila, y si imaginamos que cada persona tuviera el diámetro de un átomo de hidrógeno, la fila solo tendría 70 cm.

También tiene razón en pensar que la mayoría de los átomos prefieren “estar acompañados” (los químicos decimos “formar compuestos y moléculas con otros átomos”), excepto algunos rebeldes como el átomo de helio, que prefiere la soledad.

Muchas veces me pregunté por qué creía usted en estas ideas que hasta el siglo XVII resultaron extrañas. Tal vez me pueda decir si en los siguientes versos hay una pista:

*Puesto que te he enseñado que los seres
no pueden engendrarse de la nada,
ni pueden a la nada reducirse;
no mires con recelo mi enseñanza,
al ver que con los ojos no podemos
descubrir los principios de las cosas;
sin embargo, es preciso que confieses
que hay cuerpos que los ojos no perciben.
La fuerza enfurecida de los vientos
revuelve el mar, y las soberbias naves
derriba, y desbarata los nublados;
con torbellino rápido corriendo
los campos a la vez, saca de cuajo
los corpulentos árboles, sacude
con soplo destructor los altos montes;
el ponto se enfurece con bramidos,
y con murmullo aterrador se ensaña.
De aquí seguramente inferiremos
que los vientos son cuerpos invisibles,
que barren tierra, mar, y en fin el cielo,
y esparcen por el aire los destrozos:
no de otro modo corren y destrozan,
que cuando un río de tranquilas aguas*

⁸ Lucrecio, *op. cit.*, p. 114, versos 598-605.

*de repente sus márgenes ensancha
enriquecido de copiosas lluvias
que los montes a torrentes bajan
amontonando troncos y malezas:
ni los robustos puentes la avenida
impetuosa sufren de las aguas;
en larga lluvia rebosando el río,
con ímpetu estrellándose en los diques,
con horroroso estruendo los arranca,
y revuelve en sus ondas los peñascos,
con furor arrollando todo obstáculo;
del mismo modo los furiosos vientos
semejantes a un río impetuoso
se arrojan sobre un cuerpo, y le sacuden,
y le llevan delante con gran fuerza,
en remolino a veces le arrebatan;
mil vueltas le hacen dar a la redonda.
Diré y repetiré yo que los vientos
son cuerpos invisibles: sus efectos
y su naturaleza nos lo muestran,
puesto que emulan a los grandes ríos.
Sentimos, además, varios olores,
y en la nariz tocando no los vemos;
ni el calor percibimos, ni los fríos,
ni las voces tampoco ver solemos
que la naturaleza de los cuerpos
es preciso que tenga, porque pueden
impeler los sentidos; nada puede
tocar y ser tocado sino el cuerpo.⁹*

Efectivamente, querido Lucrecio, el viento está formado por cuerpos invisibles, fundamentalmente por moléculas de nitrógeno y de oxígeno, cada una constituida por dos átomos del correspondiente elemento. Esta idea, la de que hay átomos de diferente tipo, como en el caso del aire, creo que también estaba embrionariamente escrito en su poema cuando decía:

*Ora procede que tu mente indague
las cualidades de los elementos,
cuán diferentes sean en sus formas
y cuál la variedad de sus figuras:
no porque haya un gran número que sea*

9 *Ibíd.*, pp. 103-104, versos 263-305.

*de formas diferentes; mas los seres
que ellos componen nunca se asemejan.*¹⁰

Lo único que tal vez deberíamos aclarar un poco es aquello a lo que se refería en los siguientes versos:

*Mas la razón y la naturaleza
esta verdad nos hacen que entendamos:
óyeme en pocos versos: los principios
que componen el gran todo criado
tienen un cuerpo sólido y eterno.*¹¹

Lo que deberíamos discutir un poco es el hecho de que “los principios (átomos) tienen un cuerpo sólido y eterno”. Empecemos por la última afirmación: los átomos son eternos. Debería contarle, querido maestro, que hemos descubierto que los átomos en realidad no son “los últimos principios” de aquello que llamamos materia. Los átomos están formados por partículas más pequeñas: protones y neutrones en el centro, y electrones “girando” alrededor de estos. Pero ni los protones (vida media de 1035 años), ni los neutrones ni los electrones (vida media de 7,1028 años) son eternos. Es más, los neutrones varían su existencia dependiendo de si están aislados (vida media de 15 minutos) o en un núcleo atómico. Para darle un panorama más acabado, debería decirle que, a su vez, protones y neutrones están formados por tríadas de partículas llamadas *quarks*, que aisladas son extraordinariamente mortales (vida media de 10-25 segundos), pero que en estas tríadas, cuando forman protones y neutrones, son mucho más longevas. Como verá, querido Lucrecio, las partículas que constituyen los átomos en algunos casos pueden vivir muchos años, pero muchos años es distinto de eterno. Por supuesto, no tenía usted forma de saber esto en su época.

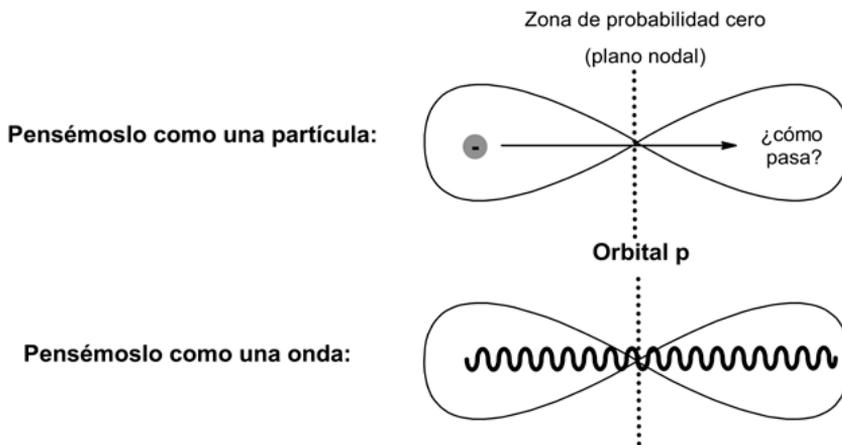
Vayamos ahora a la afirmación de que “los átomos tienen un cuerpo sólido”. Es cierto que, de forma simplificada, tendemos a imaginar a los átomos como pequeñas bolitas macizas, como si fueran pequeñas esferitas sólidas que constituyen el último refugio de la solidez de la materia. Ahora, debo contarle que los propios átomos, más que ser sólidos, están constituidos por vacío. En una conocida metáfora, podríamos imaginar al átomo de hidrógeno, constituido por un protón en su núcleo y un electrón que gira alrededor de este, como un huevo de gallina (el protón) ubicado en el centro del Coliseo romano (monumental anfiteatro construido después de su muerte), mientras que el electrón tendría el tamaño de una cabeza de alfiler y giraría en una trayectoria alrededor de la pared más externa del estadio.

10 *Ibíd.*, p. 152, versos 335-341.

11 *Ibíd.*, p. 111, versos 497-501.

Seguramente estará pensando que el átomo tal vez no sea sólido porque tiene vacío, pero el electrón, que tiene masa y no está formado por ninguna otra partícula más simple seguramente será sólido. Maestro, déjeme contarle el siguiente experimento mental. Los electrones se encuentran en zonas del espacio en las que hay una probabilidad superior al 95% de encontrarlos, que se denominan orbitales. Uno de esos orbitales se llama “Orbital p” y tiene la forma de dos aceitunas que se tocan por la punta (figura 1). Entre esos dos lóbulos existe lo que se llama un plano nodal, que es una zona del espacio en que la probabilidad de encontrar el electrón es cero (estrictamente). Ahora, existe la misma probabilidad de encontrar el electrón en el lóbulo de la derecha o en el de la izquierda. Pero ¿cómo puede pasar el electrón de un lóbulo al otro por una zona de probabilidad cero si es una partícula? Sería equivalente a poner una bolita de vidrio dentro de un globo, inflarlo y atarle a la punta otro globo. La bolita de vidrio quedaría eternamente confinada en el globo en el que la pusimos originalmente. Pero hay una solución para este aparente problema, que se llama “principio de dualidad onda-partícula”, y fue postulado por el físico francés Luis de Broglie a principios del siglo XX.

Figura 1. Principio onda-partícula aplicado a un electrón



Fuente: elaboración propia.

Lo que el principio onda-partícula dice es que las partículas elementales (las del mundo de los átomos) pueden comportarse como partículas o como ondas electromagnéticas. Pero si pueden comportarse como ondas podremos imaginar una cuyo valor sea justo cero en el plano nodal (debido a su comportamiento periódico), y de esta forma podemos pensar cómo se las arregla el electrón para pasar de un lado al otro.

Ahora, querido poeta, seguramente me preguntará: entonces, ¿en qué quedamos?, ¿el electrón es una partícula o una onda? No es ni una cosa ni la otra, se comporta (o se puede describir) algunas veces como una partícula y otras veces como una onda, pero en realidad es una tercera “cosa”, distinta de las anteriores. Querido Lucrecio, la idea de solidez se desvanece en el reino de las partículas elementales.

No sabe usted, maestro, la cantidad de años y de esfuerzo que fueron necesarios para probar la existencia de los átomos. Cuando me refiero a “probar” debo aclarar que es el paso desde la enunciación argumentativa de su metafísica a una enunciación de los principios que incluye la experimentación sobre la naturaleza, entendiendo esto último como la realización de una serie de operaciones sobre lo que existe, es decir, la materia, a partir de la cual podemos sacar conclusiones. Esta nueva forma de pensar separó la filosofía natural de la filosofía y convirtió a la primera en ciencia, una disciplina que es hoy un componente central de nuestra cultura (o debería serlo...). Ese gran cambio se lo debemos a un filósofo inglés llamado Francis Bacon, quien defendió con firmeza este método de pensamiento inductivo a partir de la experimentación y la observación.

Probablemente, el primer texto (nosotros lo llamamos libro) donde esta nueva “ciencia de los átomos” empieza a tomar forma es uno llamado *El químico escéptico*, escrito por Robert Boyle en 1661. Este es uno de los grandes textos del inicio de la revolución científica de los siglos XVI y XVII, y marcó la transformación de la alquimia en química. Querido Lucrecio, creo que Boyle le habría caído a usted muy bien, porque fue contra las ideas dominantes de Aristóteles acerca de la composición de la naturaleza. Boyle se dedicó a probar las transformaciones de distintos materiales, como sugería la literatura alquímica, con el auxilio del calor, que se sabía era necesario para este proceso, y sistematizó los resultados que le parecían más destacables. Este inglés tenía un profundo interés por el atomismo (corpularismo). Seguramente había sido influenciado por su poema y por eso estaba preocupado por desentrañar la naturaleza física de la materia, como queda claro en el siguiente párrafo:

Para evitar equivocaciones, debo aclararles que ahora quiero decir por elemento ciertos cuerpos primitivos y simples, o perfectamente no mezclados; que no formados por ningún otro cuerpo, son ingredientes de los que están compuestos todos aquellos denominados cuerpos perfectamente mixtos, y en los que se disuelven en última instancia.¹²

Está perfectamente claro que Boyle está hablando de sus átomos, querido maestro. Y esto es particularmente importante porque todavía en ese momento se sostenía que la naturaleza estaba constituida por los cuatro elementos aristotélicos:

12 Robert Boyle. *El químico escéptico*. Edición de Javier Ordóñez y Natalia Pérez-Galdoz. MUNCYT. Barcelona: Crítica, 2012.

el fuego, la tierra, el agua y el aire, o, en todo caso, los tres elementos de Paracelso: sal, azufre y mercurio. Claramente, es en contra de estas ideas, carentes de sustento experimental, que argumenta Boyle, sobre todo cuando dice:

Resulta que aquellos aristotélicos (al menos, aquellos con los que se encontró)¹³ que escribieron en contra de los químicos parecen haber tenido tan poco conocimiento experimental en asuntos de química, que por sus frecuentes errores y su manera poco hábil de oponerse se han expuesto con demasiada frecuencia a la burla de sus adversarios, por haber escrito con tanta confianza contra lo que parecen entender tan poco.¹⁴

Pero, en mi opinión, querido Lucrecio, el primer libro verdaderamente moderno sobre química es el que escribió Antoine-Laurant de Lavoisier en 1789, cinco años antes de su ejecución, y del cual hay una edición española de 1798.¹⁵ Lavoisier fue guillotinado en una revolución (vuestra merced tiene mucha experiencia en convulsiones políticas)¹⁶ por haber formado parte de la Ferme Générale, una organización encargada de la recaudación de impuestos durante el reinado de Luis XV. Pero volviendo a lo que nos preocupa, maestro, creo que Lavoisier habría sido una persona con la que usted habría congeniado también. Él tenía una especial preocupación por el uso adecuado de la palabra –como usted–, tanto que dedicó parte de su tratado al establecimiento de las bases de una nomenclatura química, una cuestión que ha perdurado hasta nuestros días. Esto nos decía en su introducción al *Tratado elemental de química*:

La imposibilidad que se encuentra en separar la nomenclatura de la ciencia y la ciencia de la nomenclatura depende de que toda ciencia física se forma precisamente de tres cosas: de la serie de hechos que constituyen la ciencia, de las ideas que los recuerdan y de las palabras que los expresan. La palabra debe hacer nacer la idea, y esta debe pintar el hecho, de suerte que son como tres estampas de un mismo cuño, y como las palabras son las que conservan y transmiten las ideas, resulta que no puede perfeccionarse la lengua sin perfeccionarse al mismo tiempo la ciencia, ni la ciencia sin la lengua; y que por más ciertos que sean los hechos y más exactas las ideas que produzcan, siempre harán falsas impresiones si faltan expresiones exactas para manifestarlos.¹⁷

13 Se encontró Carneades, uno de los personajes en su diálogo.

14 Robert Boyle, *op. cit.*

15 Antoine-Laurant de Lavoisier. *Tratado elemental de química*. Madrid en la Imprenta Real (por D. Pedro Julián Pereyra, impresor de la Cámara de S. M.), 1798.

16 Durante su vida, Lucrecio presencié el conflicto entre Cicerón y Catilina, que terminó a favor del primero.

17 Antoine-Laurant de Lavoisier, *op. cit.*, “Discurso preliminar”.

Querido Lucrecio, el discurso preliminar del tratado de Lavoisier está tan lleno de enseñanzas para un químico que me he permitido transcribirlo en el apéndice 1 de este libro, por si usted en algún momento quisiera leerlo. Entre otras cosas, Lavoisier introdujo la idea de “elemento” (ya adelantada por usted), es decir, el concepto de que existen distintos tipos de átomos con distintas propiedades, y en particular prueba y describe todos los que se conocían hasta ese momento. Me parece interesante repasar lo que usted decía 1800 años antes que él:

*Ora procede que tu mente indague
las cualidades de los elementos,
cuán diferentes sean en sus formas
y cuál la variedad de sus figuras:
no porque haya un gran número que sea
de formas diferentes; mas los seres
que ellos componen nunca se asemejan:
tampoco esto es extraño, pues he dicho
ser su número inmenso, ilimitado;
no deben, pues, tener las mismas formas
exactamente con igual contorno.¹⁸*

Efectivamente, querido maestro, no estaba equivocado en esto tampoco. Existen átomos de diferentes clases, y el señor Lavoisier no solo lo sabía, sino que lo probó, y así transformó vuestra metafísica en una nueva física, la química. Pero no fue sino hasta principios del siglo XIX que encontramos en un texto de química una representación de vuestros átomos. Este texto pertenece al señor John Dalton y lleva un nombre que creo que a usted le habría gustado: *Un nuevo sistema de filosofía química*. El señor Dalton nos enseñó la representación de la constitución de la naturaleza a través de los elementos que se conocían hasta ese entonces. Dalton determinó experimentalmente varios pesos relativos de algunos elementos (en relación con el átomo de hidrógeno), y además representó y explicó cómo estaban constituidos lo que él llamaba los átomos compuestos, sustancias que hoy conocemos con el nombre de moléculas. Querido Lucrecio, en el apéndice 2 de este libro traduzco para vuestra merced el capítulo del mencionado libro del señor Dalton, e incluyo la figura con la representación de los elementos y algunas moléculas sencillas, como el agua, el amoníaco, el dióxido de carbono y el ácido nítrico, para que usted pueda apreciar el impacto de vuestro poema en el pensamiento del señor Dalton.

Maestro, en los cien años que siguieron al mencionado texto se concatenaron una serie de descubrimientos, uno más maravilloso que el otro, que permitieron terminar el siglo XIX y comenzar el XX con una descripción acabada de la constitución de la materia (eso que a usted le preocupaba tanto). Sin embargo, las

18 Lucrecio, *op. cit.*, p. 152, versos 429-439.

Carta segunda Acerca de dioses y átomos

consecuencias de entender que absolutamente todo el universo –incluidos nosotros mismos– está constituido por átomos no fue discutido ni por el señor Boyle, ni por el señor Lavoisier ni por el señor Dalton. Y para serle completamente franco, y pese a que no hay razones para temer en proclamar las consecuencias de una naturaleza material de lo que existe, no estoy muy seguro de que haya mucha gente dispuesta a pensar en esos términos hoy en día. Es que estamos hablando de nuestra propia vida y nuestra propia muerte. Pero seguramente esto será materia de discusión en una próxima carta.

Me despido atentamente.

*Prof. Javier Montserrat
Los Polvorines, Buenos Aires*

Carta tercera

La herencia

*Y por fortuna en el ayuntamiento,
cuando ordeñó con suma ligereza
y el viril semen embebió la hembra,
al padre o a la madre se parecen
los hijos, en razón que dominare
el semen de uno u otro; y si de entrambos
fueren los hijos un retrato vivo,
de la sangre más pura de sus padres
fueron formados, cuando las semillas
excitadas por Venus en los miembros
el recíproco ardor equilibrara,
y con igual influjo concurrieron.*

*A las veces sucede parecerse
a los abuelos, o a los bisabuelos,
porque encierran los padres de ordinario
en su cuerpo muchísimos principios
que, de padres a hijos transmitidos,
vienen de un mismo tronco: después Venus
varía las figuras y remeda
el semblante, la voz y los cabellos
de los abuelos, porque son formadas
aquestas partes de nosotros mismos
no menos que la cara, cuerpo y miembros
de germen fijo. Y la viril semilla
en producir el sexo femenino
influye, y los varones engendrados
son del materno semen; porque el hijo
resulta siempre de las dos semillas,
y aquel a quien el hijo más saliere*

*suministró más partes de elementos,
como en varones y hembras verlo puedes.¹*

Estimado Lucrecio:

Me tomo el atrevimiento de escribirle estas páginas pues mi colega, el Dr. Javier Montserrat, me habló con mucho entusiasmo sobre su libro *De la naturaleza de las cosas*. En estos últimos meses he estado leyendo sobre la transmisión de características a través de las generaciones, y descubrir que usted había dedicado una parte de su poema al tema de la herencia desencadenó en mí interrogantes que me gustaría compartir en esta carta, con la esperanza de que estas conversaciones nos sean a ambos de interés. En primer lugar, me sorprende gratamente que usted haya dedicado unas estrofas a remarcar que los hijos se parecen a sus padres, abuelos, bisabuelos; que en todos ellos existe un tronco que permite que algunas características pasen de una generación a otra. Esto nos parece tan natural y obvio que habría sido fácil no mencionarlo y menos aún considerarlo merecedor de ser incluido en *De la naturaleza de las cosas*. En su libro hay muchas ideas desarrolladas sobre elementos o principios tal vez más abstractas, como pueden ser la identidad del átomo o la existencia del vacío, sin dudas mucho más difíciles de imaginar o de aceptar, y sin embargo usted también menciona y explica muchas observaciones cotidianas: el color, los olores, que el mar no desborda, la presencia de las nubes en el cielo... Por supuesto, el hecho de que algo sea cotidiano de ninguna manera implica que sea simple o carezca de interés. Como usted sabiamente dice, sucede que nos acostumbramos a lo cotidiano y dejamos de admirarlo. Hartos de ver el cielo, ya ni siquiera lo miramos:

*... mas ¿quién podría
sentir ahora admiración tamaña?
de la hartura de ver ya fatigados
nadie se digna levantar sus ojos
a la luciente bóveda del cielo.²*

Y lo mismo sucede con las cosas extraordinarias, que nos sorprenden, aunque esa sorpresa y admiración naturalmente vayan menguando con el tiempo; nada hay tan admirable y tan extraordinario en sus principios que con el tiempo deje de admirarse:

¹ Lucrecio. *De la naturaleza de las cosas*. Edición de Agustín García Calvo. Madrid: Ediciones Orbis, 1984. Libro IV, versos 1666-1696 (según la numeración de la edición de Menéndez Pelayo). Disponible en: <https://mediosyhumanidades.files.wordpress.com/2019/02/201823590-de-la-naturaleza-de-las-cosas-lucrecio-siglo-i-a-c-pdf.pdf>.

² Lucrecio, *op. cit.*, Libro II, versos 1337-1341.

*Aplicáte ahora la sabiduría
pues deseo que entiendas las verdades
nuevas que va a exponer ante tus ojos
con nuevo orden de cosas; sin embargo,
como tan fácil opinión no haya
que no sea difícil adoptarla
al principio, y nada hay tan admirable
y tan extraordinario en sus principios
que con el tiempo deje de admirarse...³*

Creo que hay mucha sabiduría en la capacidad de ver estas verdades nuevas y descubrir el nuevo orden de las cosas, también y sobre todo en lo cotidiano, pues eso que está ante nuestros ojos suele encerrar mucho de extraordinario. Pero también me interesan y preocupan las verdades nuevas que con el tiempo dejarán de admirarse, en particular aquellas vinculadas al tema de la herencia. ¿Por qué, siendo ciudadana del siglo XXI, este tema además de mucha fascinación me produce tanta inquietud? Intentaré explicárselo. Pero para llegar a eso, necesito hacer un poco de historia. Le prometo que seré breve.

Entonces, volvamos a lo nuestro: el parecido entre padres e hijos. Hablemos de los *muchísimos principios que, de padres a hijos transmitidos, vienen de un mismo tronco*. Pero ¿qué tronco es este y qué pueden ser estos principios?, ¿habrá algo de extraordinario en todo ello?

Para comenzar con mi historia, me gustaría contarle algunas cosas que hizo un monje agustino, católico y naturalista, a mediados del siglo XIX. Gregor Mendel –este es su nombre–, siendo sacerdote, se había doctorado en matemática y ciencias. Fue un vanguardista en las ciencias biológicas, pues además de diseñar con maestría una serie de experimentos muy rigurosos que llevó a cabo sobre la herencia de ciertas características, introdujo la novedad de emplear métodos estadísticos para analizar sus resultados. Para sus experimentos, que realizó en el jardín del monasterio, utilizó una planta que se encuentra habitualmente en las huertas: la arveja. Esta elección fue muy astuta, ya que las arvejas crecen rápido y con facilidad, producen muchas semillas y además se pueden autofecundar. En una primera fase de preparación de los experimentos, Mendel justamente utilizó esta característica de la autofecundación para recoger metódicamente sus semillas, asegurándose de que correspondieran a plantas con caracteres puros de dos formas diferentes de una misma característica: que las semillas sean lisas o arrugadas, que las plantas sean altas o bajas, que las flores sean blancas o coloreadas, etc. O sea, obtuvo semillas de variedades de arvejas bien caracterizadas, las cuales, si eran cultivadas y fecundadas entre ellas, estaba seguro de que iban a producir plantas con caracteres iguales a los de las plantas madres. Pero ¿para qué hizo esto? Pues para luego cruzar diferentes variedades mediante polinización

3 Lucrecio, *op. cit.*, Libro II, versos 1318-1326.

artificial en forma controlada y observar qué sucedía con esos caracteres en las plantas hijas: lo sorprendente fue que se manifestaba solo una de las características de cada par seleccionado y no una “mezcla de caracteres”. O sea, cuando cruzó plantas puras de arvejas altas con otras bajas, todas las plantas hijas resultaron altas (a la característica que prevalecía la llamó “dominante”, y a la que no se observaba en las hijas la denominó “recesiva”). Destaco que no se obtuvieron plantas de altura mediana, que sería el resultado esperado para una “teoría de mezcla”. En una segunda serie de experimentos estudió qué pasaba en la siguiente generación... ¡y allí descubrió que en una proporción definida de plantas reaparecían los caracteres recesivos, que no se observaban en las plantas madres, pero sí en las “abuelas”! Al obtener un registro meticuloso de las características y de la cantidad de plantas en las que aparecían, pudo analizar estos datos cuantitativos con una lógica estadística y logró descubrir el patrón subyacente. Esta forma tan novedosa para su época de analizar sus experimentos empleando la estadística le permitió formular una serie de reglas sobre el factor hereditario y así comenzar a entender por qué “*A las veces sucede parecerse / a los abuelos, o a los bisabuelos...*”. Sin embargo, para que estas ideas fueran entendidas en un marco más general sobre la herencia hubo que esperar unos 40 años más, ya comenzado el siglo XX.

Sí, Lucrecio, me parece escuchar sus comentarios sobre esto de hacer ensayos con plantas... Mientras le estoy contando esta historia, usted seguramente va a traer a colación otro de sus versos, en los que describe cómo surge la agricultura:

*Pero enseñó también naturaleza,
el arte de plantar y los injertos;
ella dio estas lecciones la primera,
mostrando las semillas y bellotas
que cada una a su tiempo producía
al pie del árbol mismo do cayera
un enjambre de arbustos: desde entonces
gustaron ingerir ellos en ramas
renuevos de otra especie, y por los campos
les agradó plantar arbustos nuevos.
Hicieron nuevo ensayo cada día
en la cultura de su dulce campo,
y veían los frutos más silvestres,
con el blanco cultivo y cuidado,
llegar a suavizarse.⁴*

4 Lucrecio, *op. cit.*, Libro V, versos 1966-1980.

“El arte de plantar y los injertos” nos remite al concepto de domesticación,⁵ un proceso evolutivo dirigido por el ser humano (consciente o inconscientemente) en el que por selección natural se logró la adaptación de plantas y animales a su cultivo y cría, consumo y/o utilización. Esto comenzó en diversos lugares del planeta hace unos 10.000 a 12.000 años, después de la última glaciación. Resulta interesante que el cultivo sea una condición absolutamente imprescindible para domesticar una planta. En un entorno natural, esta debe competir con otras plantas por luz, agua y nutrientes, mientras que en un ambiente controlado, como un cultivo, la menor competencia, unida a una selección de las semillas por parte del agricultor, se traduce a la larga en una mayor productividad. Seguramente, la domesticación fue un proceso extremadamente lento y nada fácil, que duró miles de años, durante el cual el comportamiento del ser humano y de las plantas se fue modificando para adecuarse uno a cultivar y las otras a ser cultivadas. Para adaptarse a la domesticación y convertirse en cultivables, las plantas salvajes sufrieron dramáticos cambios en sus características, como usted menciona en su poema: “*En la cultura de su dulce campo, y veían los frutos más silvestres, con el blanco cultivo y cuidado, llegar a suavizarse*”. Por citar solo unos pocos ejemplos, en el Cercano Oriente fueron domesticados el trigo, las lentejas, las cebollas, la vid; en el Lejano Oriente, el arroz y los cítricos; en África, el café y la sandía; en América Central, el tomate, el maíz y la batata; en la zona andina de Sudamérica, la papa, el zapallo y la frutilla.

La agricultura surgió cuando las tribus humanas comenzaron a desarrollar una tendencia al sedentarismo y pasaron de ser cazadores-recolectores a cultivar la tierra y a criar animales en vez de cazarlos. Lucrecio, la agricultura, que nos parece tan “natural”, es una de las actividades humanas que más ha modificado el ambiente físico, biológico y social de nuestro planeta. No podemos exagerar su importancia. Desde la antigüedad hasta nuestros días, la alimentación de las sociedades humanas ha dependido de un número llamativamente bajo de cultivos: aproximadamente el 70% de las calorías ingeridas son suministradas por unos 15 cultivos. Por supuesto, los que encabezan la lista, según la mayor cantidad de calorías aportadas, son el arroz, el trigo, el maíz, la caña de azúcar, la soja y la papa. Actualmente, la vida en la Tierra resultaría inimaginable sin todos los cambios que comenzaron con la domesticación: al disponer de mucho más alimento, fue natural que aumentara la densidad poblacional. El excedente de alimentos es un prerrequisito para el desarrollo de sociedades estables, políticamente centralizadas, económicamente complejas y tecnológicamente innovadoras.⁶

Pero también el desarrollo de la agricultura como actividad humana tiene un alto precio ecológico. Aproximadamente un tercio de la superficie continental del planeta se destina a la agricultura, lo que trae aparejados la destrucción de

5 P. Gepts. “Domestication of Plants”, en *Encyclopedia of Agriculture and Food Systems*, vol. 2, pp. 474-486. San Diego: Elsevier, 2014.

6 P. Gepts, *op. cit.*

hábitats, la reducción de la biodiversidad tanto en sistemas naturales como agrícolas, la contaminación de suelos y aguas y el incremento de la emisión de gases de efecto invernadero. Todo tiene su costo.

Imagino que usted piensa que me estoy yendo por las ramas (¿qué será eso de los gases de efecto invernadero?) y que se está impacientando con esta historia. Como dijimos antes, volvamos a lo nuestro, a los muchísimos principios que, transmitidos de padres a hijos, vienen de un mismo tronco.

¿Qué podemos decir de esos muchísimos principios y qué pasó con los descubrimientos de Mendel? Basado en sus observaciones, Mendel había sugerido la existencia de “unidades discretas”, en las que estaría contenido lo heredable de un ser vivo. Recién a fines del siglo XIX, con el desarrollo del instrumental óptico adecuado, fue posible comenzar a estudiar qué había y qué sucedía en el interior de las células. Hacia 1902, Walter Sutton y Theodor Boveri, en forma independiente, estudiando la división celular, se dieron cuenta de que esas unidades (llamadas “genes”) debían encontrarse en lugares específicos dentro de los cromosomas. Y aquí volvieron a reaparecer las leyes de Mendel: el comportamiento de estos cromosomas durante la meiosis (una de las formas en que se produce la división celular) podía explicar el patrón de las características heredadas descrito por las leyes de Mendel. En esa época estaba claro que el factor hereditario debía tener una base molecular, pero ¿cuál era?

Lucrecio, le comento que para nosotros, hoy en día, es cosa sabida que se trata del ácido desoxirribonucleico, más conocido por su sigla ADN. Sus aplicaciones prácticas lo ponen en el tapete cada dos por tres: se lo menciona con frecuencia en los análisis forenses en las series de televisión en las que se investigan escenas de crímenes, o, por ejemplo, cuando aparecen nuevos hijos de Maradona y se deben realizar las correspondientes pruebas de paternidad. Sin embargo, hace menos de cien años, ni siquiera la comunidad científica sabía de la importancia de esta molécula.

Pensemos en la gran variedad de seres vivos y en la enorme diversidad de sus características que necesariamente están ligadas a la herencia y a la evolución. ¡Y toda esta información está contenida en el ADN de las células de cada uno de los seres vivos! A través de la reproducción y el flujo de las generaciones, la información genética se transmite y a la vez se modifica lo suficiente como para haber podido crear esta diversidad a partir de alguna célula primigenia.⁷

El Premio Nobel de Química del año 2020 fue conferido a las investigadoras Jennifer Doudna y Emmanuelle Charpentier, quienes en agosto de 2012 publicaron, junto con otros autores, un artículo que revolucionó la genética: habían desarrollado una tecnología relativamente simple de utilizar que permitía editar el

⁷ Javier Montserrat y Mario Lipsitz. *De las cosas de la naturaleza y de la naturaleza de las cosas*. Los Polvorines: UNGS, 2018.

genoma de una bacteria.⁸ ¿Qué es esto de editar el genoma? Estimado Lucrecio, deseo detenerme un poco en esta idea, ya que no solo es revolucionaria, sino que además es tan poderosa que seguramente tendrá consecuencias extremadamente profundas en nuestro destino como humanidad.

El concepto base de la edición genómica radica en poder alterar selectivamente algún sector del ADN. Las investigadoras Doudna y Charpentier desarrollaron esta herramienta biotecnológica, conocida como CRISPR/Cas9, con la que se puede suprimir, añadir, modificar o corregir una anomalía en un segmento específico del ADN de animales, plantas y microorganismos con el fin de introducir mutaciones a voluntad y con una precisión extremadamente elevada. Esta herramienta biotecnológica de edición genómica utiliza una molécula de “RNA guía”, diseñada para reconocer el sitio particular del ADN donde se va a realizar la modificación, y un complejo proteína-RNA que actúa como una “tijera molecular” capaz de cortar ambas hebras de ADN en ese sitio específico del genoma, de forma tal que se puedan remover o insertar trozos de ADN.⁹ Lucrecio, este descubrimiento es más que extraordinario. Las investigadoras trabajaron con microorganismos. Muy poco tiempo después de la publicación del mencionado artículo científico, varios grupos de investigación pusieron en práctica esta tijera genómica y demostraron que podía usarse con éxito para modificar el genoma de células de organismos superiores. Antes de esta herramienta, realizar cambios en el material genético de una célula era una tarea extremadamente laboriosa, muchas veces imposible de llevar a cabo. La edición genómica permitió, en principio, hacer cortes en el sitio del ADN que se deseaba y luego, utilizando el sistema natural de reparación de ADN, reescribir el código de la vida a voluntad. Sí, Lucrecio, me doy cuenta de que usted entiende a qué me refería al comienzo de mi carta cuando le hablé de interrogantes sobre la herencia. ¿Qué implicancias tiene esta capacidad de la que ahora dispone el ser humano? Claramente, se trata de algo muy poderoso, es mucho más que una simple herramienta.

Vivimos en un momento de grandes cambios debido a la edición genómica, que junto con la inteligencia artificial están alterando cada aspecto de nuestras vidas. Estos avances tecnológicos presagian cambios de orden práctico, una verdadera revolución tecnológica. Lucrecio, supongo que usted ya me estará diciendo que las ideas solo pueden cambiar el mundo cuando son capaces de cambiar nuestro comportamiento. Coincido con usted: para que se pueda dar una mejor idea de los alcances de esta tecnología, le voy a comentar algunos ejemplos de orden práctico en los que se está aplicando. Como imaginará, la revolución no quedó circunscripta a los laboratorios de investigación básica de punta. La tecnología

8 M. Jinek, K. Chylinski, I. Fonfara, M. Hauer, J. Doudna y E. Charpentier. “A programmable dual-RNA-guided DNA endonuclease in adaptive bacterial immunity”. *Science*, vol. 337 (6096), pp. 816-821, 17 de agosto de 2012.

9 “The Ethics of Transformative Technology”, en *Cultures*, American Society for Microbiology, vol. 4(4), 2017.

es relativamente fácil de usar y ya forma parte de las herramientas de trabajo de muchos laboratorios de investigación. Es más, existen ejemplos de uso a nivel comercial. Con estas tijeras genómicas, las ciencias de la vida han entrado en una nueva era, con posibilidades asombrosas, muchas de las cuales redundarán en beneficios incalculables para la humanidad. Uno de los ámbitos en que se ven logros profundos es la medicina. Se usa la edición genómica para modificar las células de animales de laboratorio con el objeto de comprender cómo funcionan los diversos genes y cómo interactúan entre sí, por ejemplo durante el curso de una enfermedad. En medicina se han abierto las puertas para el desarrollo de novedosas y diferentes inmunoterapias, tanto contra el cáncer como contra muchas enfermedades hereditarias. El sueño de encontrar la cura y/o minimizar la incidencia de estas enfermedades está más cerca de cumplirse.¹⁰ Pero no solo es cosa de pensar en sueños a futuro. El año 2020 ha sido difícil debido a la pandemia del Sars-CoV-2, que modificó la vida cotidiana de todos nosotros. En este caso, tenemos un ejemplo muy interesante del empleo de esta herramienta biotecnológica en nuestro país, en el marco de la Unidad Coronavirus COVID-19 impulsada por el Ministerio de Ciencia y Tecnología de la Nación, el CONICET y la Agencia I+D+i. En abril de 2020, un grupo de investigadores informó sobre avances en la validación de un método rápido y portátil de diagnóstico molecular del Sars-CoV-2 que usa tecnología CRISPR, al ser probado con éxito en muestras extraídas de pacientes aportadas por la Administración Nacional de Laboratorios e Institutos de Salud “Dr. Carlos G. Malbrán”, dependiente del Ministerio de Salud de la Nación. La ventaja que ofrecen los tests de diagnóstico basados en CRISPR es que se pueden adecuar sin grandes costos para detectar la presencia de cualquier virus, siempre y cuando se conozca la secuencia de los componentes de su genoma.¹¹

Ahora, retomemos lo que conversamos previamente sobre el desarrollo de la agricultura. Mejorar un cultivo, ya sea para otorgarle mayor resistencia a patógenos y a factores de estrés ambiental, incrementar su calidad nutricional u organoléptica o aumentar su rendimiento, implica incorporar algún tipo de variación genética. La forma tradicional de hacerlo es por cruzamientos y selección de plantas con características deseadas, como lo hizo Mendel en sus experimentos. Ya vimos que la domesticación de las plantas con el fin de adaptarlas para ser cultivadas fue un proceso muy largo. La edición genómica permite introducir cambios genéticos que controlan alguna característica en particular, con la gran ventaja adicional de que esta herramienta biotecnológica posibilita testear rápidamente las hipótesis sobre el rol de diferentes variantes genéticas. Pero el problema siguiente, de orden netamente práctico para que se pueda pensar en un uso concreto, es que una vez editado el genoma de una célula es necesario regenerar la

10 <https://www.nobelprize.org/uploads/2020/10/popular-chemistryprize2020.pdf> (consultado el 9/12/2021).

11 <https://www.conicet.gov.ar/avances-en-la-validacion-de-un-test-rapido-y-portatil-de-coronavirus-sars-cov-2-en-base-a-tecnologia-crispr/> (publicado el 8/4/2020).

planta a partir de esa célula, un proceso que presenta numerosas dificultades y no siempre se puede lograr. Un innovador desarrollo tecnológico, realizado en forma conjunta por investigadores estadounidenses, argentinos e ingleses, permitió regenerar con alta eficiencia varios cultivos con el genoma editado. Estos investigadores pudieron, por ejemplo, generar una gran cantidad de plantas de trigo editadas en genes críticos para regular la floración y mejorar su desarrollo.¹²

Otro ejemplo interesante es el caso del arroz, que constituye una de las bases de la alimentación humana. Este vegetal, cuando crece en suelos que contengan trazas de elementos como cadmio y arsénico, tiende a retener y concentrar estas sustancias en sus tejidos, también en los granos. El arsénico es sumamente tóxico, y lamentablemente lo encontramos distribuido de forma natural en el suelo y en las aguas de muchas regiones del mundo, siendo el sudeste asiático y la llanura chaco-pampeana dos de las áreas de nuestro planeta más afectadas.¹³ Es así que el arroz, probablemente, sea uno de los alimentos de mayor impacto en la ingesta de arsénico a través de la dieta.¹⁴ Se han editado las partes del genoma de este grano, responsables de la absorción de metales tóxicos del suelo (en particular cadmio y arsénico), de la resistencia al frío, a las sequías, a los herbicidas y a la regulación del momento de la floración, entre muchos otros factores que puedan ser de interés para su cultivo.¹⁵ Modificar el ADN de las plantas de arroz para que no retengan cadmio ni arsénico del ambiente es una forma absolutamente revolucionaria de encarar el problema que afecta a millones de personas al brindarnos una herramienta capaz de disminuir la presencia de estos elementos en el alimento.

Mi estimado Lucrecio, voy a introducir algunas cuestiones más a tener en cuenta. Y para ello vuelvo al tema de la medicina, en este caso, a las enfermedades contagiosas, a las cuales usted hace referencia en su poema:

*Ahora voy a explicarte yo la causa
de las enfermedades contagiosas;
de estas plagas terribles, que derraman
sobre hombres y ganados de repente
La mortandad.¹⁶*

12 <https://www.conicet.gov.ar/combinan-dos-tecnologias-novedosas-y-logran-avances-en-la-edicion-genica-de-cultivos-de-importancia-agronomica/> (publicado el 15/10/2020).

13 H. Nicolli, J. Bundschuh, M. Blanco, O. Tujchneider, H. Panarello, C. Dapeña y J. Rusansky. "Arsenic and associated trace-elements in groundwater from the Chaco-Pampean plain, Argentina: results from 100 years of research". *Sci. Total Environ*, 429, pp. 36-56, 2012.

14 A. Maharg y A. Raab. "Getting to the bottom of arsenic standards and guidelines". *Environ. Sci. Technol*, 44, pp. 4395-4399, 2010.

15 F. Romero y A. Gatica-Arias. "CRISPR/Cas9: Development and application in rice breeding". *Rice Science*, 26(5), pp. 265-281, 2019.

16 Lucrecio, *op. cit.*, Libro VI, versos 1608-1612.

Estamos viviendo una época difícil y confusa a causa de la propagación del virus Sars-CoV-2. La pandemia ha afectado tal vez uno de los aspectos más significativos de lo que caracteriza al ser humano: la necesidad de sociabilizar. Lo que hasta hace poco era el estilo de vida habitual, encontrarnos con amigos, un abrazo, hoy se ha convertido en un lujo, en lo que se añora. De este virus aún hay mucho por estudiar, entender y descubrir para que podamos convivir con esta enfermedad. Todo es demasiado nuevo. Por eso me voy a referir a otra enfermedad que se conoce hace mucho tiempo, la malaria, que sigue siendo un flagelo: en 2016 se estima que a nivel mundial hubo alrededor de 216 millones de episodios clínicos, que produjeron la muerte de unas 445.000 personas, en su mayoría niños menores de cinco años en África.

Sir Robert Ross¹⁷ descubrió en 1897 que la hembra del mosquito *Anopheles* era la responsable de la transmisión de la malaria. El mosquito pica porque la sangre de un vertebrado es esencial para el desarrollo de sus huevos. Cuando un mosquito pica a un individuo infectado, la forma sexual del parásito *Plasmodium* de la malaria entra, junto con la sangre, al sistema digestivo del insecto, donde finaliza su ciclo reproductivo. Allí se forman los esporocitos del parásito, que se acumulan en las glándulas salivares del mosquito. Cuando este mosquito pica a otra persona, le inocula los esporocitos y le transmite la enfermedad.

La lucha tradicional contra la malaria se ha basado en el uso de insecticidas para eliminar los mosquitos. El DDT fue extremadamente exitoso. Sin embargo, las consecuencias ambientales de este producto afectaron a insectos y a animales que se alimentaban de ellos, como las aves, por lo que el empleo del DDT fue prohibido y los esfuerzos se volcaron hacia compuestos menos tóxicos. En 1955, la Organización Mundial de la Salud propuso un plan muy ambicioso para la erradicación de la malaria, a través de la fumigación con insecticidas, el tratamiento con drogas antimalaria y el monitoreo de la situación. Se lograron buenos resultados en regiones de clima templado, donde el mosquito aparecía estacionalmente. En países como la India y Sri Lanka se observaron reducciones drásticas de la incidencia de la malaria. Sin embargo, se produjeron nuevos incrementos ni bien se suspendieron las acciones, y en otros países los resultados fueron magros o directamente no se realizaron las campañas. En las últimas décadas, en África el parásito de la malaria ha desarrollado resistencia a las drogas y a los insecticidas basados en piretroides.

Como mencioné previamente, para producir la malaria el parásito *Plasmodium* debe completar un complejo ciclo de infección en el interior de la hembra del mosquito *Anopheles gambiae* y llegar a sus glándulas salivares, y con la picadura transmitir el parásito al huésped humano. La vía alternativa que se propone al uso de los insecticidas para luchar contra la malaria es utilizar la herramienta de edición genómica para inactivar genes del ADN del mosquito que intervengan en el ciclo de infección del *Plasmodium*. Se hicieron diversos ensayos y se encontró

17 <https://www.cdc.gov/malaria/about/history/ross.html> (consultado el 9/12/2021).

una modificación muy prometedora que altera la susceptibilidad del mosquito hacia el parásito. Estos mosquitos mutantes demostraron tener una muy importante capacidad de supresión de la infección del parásito. Sin embargo, también se vieron alteraciones en el propio ciclo de vida del insecto. Los mosquitos mutantes presentaron menor fecundidad y menor producción de huevos, un desarrollo retardado de la larva y disminución de la longevidad después de haberse alimentado con sangre.¹⁸

Otro grupo de investigación ha propuesto un método aún más radical de vencer esta enfermedad:¹⁹ en un experimento de laboratorio, logró eliminar una población de mosquitos *Anopheles gambiae* aislada en una jaula después de unas pocas generaciones, liberando en ella unos pocos mosquitos con una mutación editada. Los mosquitos machos mutados y parte de las hembras, con una sola mutación, no presentan ningún cambio en su comportamiento. La clave está en que una vez alterado el ADN, las mutaciones se heredan y habrá hembras con dos copias del gen mutado. Estas hembras ya no pueden picar ni poner huevos. En definitiva, en el lapso de varias generaciones se logra el colapso de la población. El objetivo es que en un futuro se puedan liberar al ambiente mosquitos que tengan esta mutación genética.²⁰ Es muy posible que se pueda erradicar a los mosquitos portadores de la malaria en unas once generaciones (aproximadamente un año), lo que detendría la transmisión de la malaria sin necesidad de utilizar insecticidas cada vez más potentes u otros productos que afecten el ambiente.

En el mundo de los insectos es frecuente observar el tipo de secuencias genéticas sobre las que se hicieron las mutaciones, lo que sugiere que la tecnología podría tener en la mira otros insectos transmisores de enfermedades. Pensemos en el mosquito *Aedes aegypti*, que transmite el zika, el dengue y la fiebre chikungunya. ¡Podríamos liberarnos de todas esas enfermedades!

Lucrecio, seguramente usted se dará cuenta de las maravillas, de lo extraordinario que resulta esto, ante lo que nos encontramos como sociedad. Es fascinante el mundo de posibilidades que se nos abre: mejorar la calidad nutricional de los alimentos, incrementar la medicina de precisión que posibilite la generación de terapias adecuadas y específicas para cada individuo en particular, modificar la genética de animales para la provisión ilimitada de órganos para trasplantes y utilizar genes dirigidos para erradicar plagas son algunos ejemplos de desarrollos que ya están en marcha.

18 Y. Dong, M. L. Simões, E. Marois y G. Dimopoulos. "CRISPR/Cas9 –mediated gene knockout of *Anopheles gambiae* *FREP1* suppresses malaria parasite infection". *PLoS Pathog* 14(3): e1006898, 2018. Disponible en: <https://doi.org/10.1371/journal.ppat.1006898>.

19 <https://www.imperial.ac.uk/news/188291/mosquitoes-that-carry-malaria-eliminated-experiments/> (publicado el 24/9/2018).

20 K. Kyrou, A. M. Hammond, R. Galizi, N. Kranjc, A. Burt, A. K. Beaghton, T. Nolan y A. Crisanti. "A CRISPR–Cas9 gene drive targeting doublesex causes complete population suppression in caged *Anophelesgambiae* mosquitoes". *Nature Biotechnology* 36 (11), pp. 1062-1066, noviembre, 2018.

Pero ¿cuál es el límite? Para el caso de situaciones como la de los mosquitos transmisores de la malaria, todavía no hay regulaciones ni legislación para la introducción de una tecnología capaz de dispersarse por sí misma entre especies salvajes. Uno de los aspectos controversiales de estos genes dirigidos es que tenemos la herramienta para erradicar especies. A propósito, he evitado usar hasta ahora la palabra “extinción”. Las especies se extinguen de continuo, pero ¿es ético erradicar una especie voluntariamente? A las especies que queremos salvar podríamos incorporarles genes dirigidos que sean beneficiosos, como los de resistencia a las enfermedades. En cambio, a aquellas que odiamos, que sean genes que dificulten su supervivencia. Pero ¿quién decide qué especies queremos y cuáles odiamos? ¿Salvaríamos al panda porque es tan lindo? ¿Erradicaríamos cucarachas, mosquitos, moscas, vinchucas, plagas agrícolas y todo bicho o planta que nos moleste? Claro, podríamos guardar el ADN en un banco de material genético antes de erradicar una especie... Lucrecio, hemos llegado a la parte de la historia que me inquieta. Son muy ciertas sus palabras, no podemos desechar estas novedades tecnológicas porque nos asusten, debemos examinar lo que hay del otro lado de los muros:

*Deja de desechar, despavorido
de aquesta novedad, la razón misma;
pésalo tú con juicio más delgado,
abrazas mis verdades si son ciertas,
o ármate contra ellas, si son falsas;
con la razón el ánimo examina
lo que hay del otro lado de los muros
del orbe, en los espacios infinitos,
hasta do quiera penetrar la mente,
y el espíritu libre remontase.²¹*

¡Sería maravilloso liberar a la humanidad del cáncer! Es fantástico poder modificar la planta de arroz para que deje de retener elementos tóxicos del suelo. ¿Qué juicio vamos a emitir sobre la erradicación del mosquito? Vayamos un paso más allá. ¿Aceptaríamos que se modifique el genoma de un ser humano? Probablemente nuestra primera reacción al escuchar esto sea ¡de ninguna manera! ¡La edición de genes no debería usarse para crear “bebés de diseño”, modificando su aspecto físico o personalidad! Sin embargo, a principios del año 2019, el investigador chino de la Universidad de Ciencia y Tecnología del Sur (SUST), en Shenzhen (China), He Jiankui, afirmó que habían nacido los primeros bebés modificados genéticamente. Se trataría de dos hermanas gemelas cuyos genomas fueron editados en su fase embrionaria para que, según este investigador, se elimine de su ADN el gen CCR5 y así hacer que estas personas resulten resistentes al VIH (el

21 Lucrecio, *op. cit.*, Libro II, versos 1342-1351.

padre de las niñas padece esta enfermedad). ¿Afectará esta modificación genética alguna otra característica de los niños? No se sabe. Si bien tampoco hay certeza de que He Jiankui efectivamente haya logrado hacer esta edición del genoma, la tecnología está disponible. El doctor He Jiankui fue criticado duramente por la mayoría de los investigadores en tecnologías de edición genética y por las diversas academias científicas del mundo. La Sociedad de Genética de China, la Sociedad China de Biología Celular y otras entidades científicas de ese país salieron a manifestar su desacuerdo con He Jiankui por haber cometido una “violación ética grave”.²² Una cuestión que no debemos olvidar es que este juego es muy peligroso: una vez modificado el ADN, las generaciones futuras heredarán los cambios introducidos en los embriones. Por ahora, todas las voces que se escucharon sobre este temerario experimento fueron de censura, hay un fuerte consenso en la comunidad científica de que se atravesaron límites éticos y que no se conocen los riesgos involucrados ni sus posibles consecuencias. Sin embargo, ¿qué pasará cuando la edición genómica deje de parecernos algo extraordinario y forme parte de nuestra vida cotidiana? Sí, Lucrecio, tomo nuevamente sus palabras, que cité al comienzo de esta charla:

*... nada hay tan admirable
y tan extraordinario en sus principios
que con el tiempo deje de admirarse...²³*

Por otra parte, me parece que resulta relativamente cómodo pensar en esto y censurarlo cuando el caso no nos involucra emocionalmente: son unas niñas en China. Sin embargo, recordemos que el padre de las niñas vive con VIH y quiere liberar a sus hijas de la crueldad de ese destino. Por eso, cambiemos un poco la perspectiva: ¿qué opinaría de la edición genética si fuera usted quien padece una enfermedad incurable que le produce dolores e incapacidad?, y siendo que la herramienta existe, que ha sido desarrollada, ¿no querría hacer uso de ella para que sus hijos fueran sanos?, ¿no estaría tentado de usarla? Y si decidiera que no corresponde jugar a ser Dios, y luego de unos años viera a sus hijos atormentados por esta enfermedad que usted habría podido evitar, ¿cómo se sentiría? Y si usted fuera ese hijo enfermo y se enterara de que su padre decidió en su momento, existiendo la tecnología, no hacer nada para evitarle el sufrimiento, ¿lo perdonaría?

¿Y qué pasaría si usted pudiera hacer que sus hijos fueran más inteligentes, más atractivos, excelentes músicos, matemáticos brillantes o los mejores

22 <https://www.infobae.com/salud/ciencia/2020/01/03/por-que-son-peligrosos-los-experimentos-de-he-jiankui-el-cientifico-condenado-a-prision-por-edicion-genetica-de-embriones/> (consultado el 9/12/2021).

23 Lucrecio, *op. cit.*, Libro II, versos 1324-1326.

deportistas?²⁴ No hablamos de ciencia ficción. Si bien hace años se han redactado y aprobado leyes y regulaciones que controlan la aplicación de la ingeniería genética, incluyendo prohibiciones expresas de modificar el genoma humano de una manera que permita heredar los cambios, el desarrollo de la tecnología nos enfrenta a nuevos dilemas. Los experimentos que involucran a humanos y animales siempre deben ser revisados y aprobados por comités de ética antes de que se lleven a cabo. Pero estas tijeras genéticas nos afectan a todos y cortan por donde ni siquiera nos imaginamos. Enfrentaremos nuevos problemas éticos. Uno de los desafíos del saber, del conocimiento, de los descubrimientos, es que una vez descubiertos no existe la posibilidad de vuelta atrás, un camino de retorno:

*El tiempo de este modo poco a poco
trae los descubrimientos de las cosas,
y la industria adelanta sus progresos;
pues vemos que el ingenio perfecciona
las artes sin cesar unas con otras,
hasta que logran perfección cumplida.²⁵*

El mundo está cambiando a una velocidad cada vez mayor, estamos inmersos en un océano de datos y de información, muchas veces irrelevantes, que crecen vertiginosamente y que se vuelven imposibles de manejar. Nuestros pensamientos y nuestras acciones suelen estar limitados por las ideologías y los sistemas sociales imperantes. Se nos hace muy difícil pensar y comportarnos de nuevas formas ante situaciones inéditas. Con frecuencia nos terminamos adaptando a los cambios porque la vorágine cotidiana nos pasó por encima, sin meditar en la importancia de esos cambios y en sus consecuencias, sin discriminar a qué asuntos se debería prestar más atención. Lucrecio, usted me responde con estos versos, que describen en pocas palabras la historia de la sociedad humana. Reconozco la verdad de sus observaciones. Sin embargo, parecería que el tiempo en que suceden los descubrimientos de las cosas, los progresos de la industria, el ingenio y las artes ya no transcurre de este modo, *poco a poco*. Me fascina y a la vez me aterra pensar siquiera en la posibilidad de *lograr perfección cumplida*.

Me despido con un saludo cordial,

Anita Zalts

24 Michael J. Sandel. *The case against perfection. Ethics in the age of genetic engineering*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2007.

25 Lucrecio, *op. cit.*, Libro V, versos 2108-2113.

Carta cuarta

Imagen y persuasión en el epicureísmo

Caro Tito:

Ante la necesidad de tener certezas que favorezcan el desarrollo de mi tesis doctoral –me queda poco menos de dos años de la beca que me ha otorgado el CONICET–, un amigo en común me sugirió que recurriera a la fuente. Para ser franco, Antonio de La Paternal,¹ maestro mío y discípulo tuyo, no solo me sugirió que te escribiera, sino que fue el primero en recomendarme que leyera e investigara tu poema. Eso aconteció allá por 2015, cuando llevé a cabo mi tesina de licenciatura en filosofía. Debo decir que, por aquellos días, la propuesta me tomó por sorpresa, ya que tras 2100 horas presenciales de cursada, no recordaba que algún profesor hubiese trabajado al menos un desarrollo filosófico de tu poema. De hecho, las pocas veces que tuve la suerte de leer algún verso tuyo no fue precisamente en una clase de filosofía. Antes bien, esos afortunados hechos tuvieron lugar en las clases que, entre los años 2007 y 2008, Antonio dedicara con devoción a la enseñanza de tu adorada *lingua patria*.

Dados los numerosos factores que desde siempre han alejado tu obra de la humanidad, en la actualidad no me extraña en absoluto que por aquellos días, estando a un paso de terminar el grado en filosofía, no supiera nada de vos ni de tu obra. Lo lamentable es que hoy, con varios años de investigación encima, he llegado a la conclusión de que al menos una parte de esos factores provienen de quienes tienen autoridad para hablar en tu nombre. Sí, Tito, muchos de los

1 Creemos que el remitente de esta carta se está refiriendo a uno de los más grandes –sino al más grande– de los latinistas y pedagogos que tuvo la Argentina: el generoso y humilde Dr. Antonio Tursi. Él, junto con su inseparable amigo, el Dr. Luis Ángel Castello, supieron enseñar el latín apelando al método inductivo, desarrollado por el maestro de ambos: el Dr. Mascialino.

especialistas en tu poema son los que más han contribuido a minimizar, casi hasta su anulación, la originalidad de tu labor poético-filosófica.

Si bien es cierto que tu simétrico hexámetro dactílico, el carácter heroico de tu encomiado Epicuro y el léxico predominante, entre otros tantos rasgos, responden al medio empleado por un Empédocles varios siglos atrás, pocos reparan en las razones que te condujeron a cambiar el vehículo del conocimiento empleado por la tradición epicúrea. Solo reparar en esta posibilidad, a la que, como bien sabés, podemos sumar otras más, vuelve injusto el hecho de que, como poeta, tu figura intelectual se vea reducida a la del habilidoso imitador de la poesía épica y didáctica griega.

Si bien es cierto que te autoproclamás fiel seguidor de Epicuro y jurás reproducir al pie de la letra su doctrina física, pocos se detienen a indagar en cuántos de los desarrollos epicúreos que conocemos, solo a partir de tu obra, no derivan acaso de una inducción de sus principios. Desde que he comenzado a leerme me pregunto cuántos de tus desarrollos nos permiten ampliar al día de hoy lo dicho por tus antepasados y contemporáneos en las esferas que orbitan, sinérgicamente, alrededor del núcleo de su filosofía, es decir, su física.

A mi juicio, venerado Tito, tu poema es más que una masa de versos con la que es posible rellenar los baches de los deteriorados manuscritos que de tu tradición filosófica se conservan. Y en esto está de acuerdo también nuestro Antonio de La Paternal, con quien en más de una oportunidad hemos debatido sobre los aportes de tu obra, sobre la maleabilidad de una doctrina enseñada y ejercida en un contexto diferente al de aquel jardín que, situado en Atenas, reunía a quienes al día de hoy podemos considerar como cofundadores del epicureísmo: Hérmaco, Metrodoro y Polieno. Cada vez que hablamos de ello en algún pasillo de la universidad, nos preguntamos si cabe la posibilidad de considerar que los brillantes desarrollos de la cosmología epicúrea no terminen por opacar los potenciales aportes que el poema lucreciano brinda en otros ámbitos de la filosofía epicúrea. La gran mayoría de tus lectores actuales, Tito, llega a tu obra sabiendo del influjo de la cosmología epicúrea en la gestación del renacimiento. La gran mayoría llega a tu obra poniendo en valor el vuelo especulativo de todos ustedes, sobre todo, en sus planteos atomistas. Sumando esto a lo que te comentaba previamente, tu lector actual –especializado o no– se pierde de contemplar, en toda su extensión, la originalidad de tus aportes al pensamiento epicúreo.

Tal hecho es lo que al día de hoy me mueve a trabajar a fondo en tu obra. Y, como dije al inicio, la búsqueda de certezas en pos de esta causa es la que, a su vez, me ha movido a dirigirte esta epístola. Para ser más preciso, mi búsqueda apunta a determinar si tu poema presenta indicios que nos permitan ampliar lo que sabemos de la doctrina epicúrea en esferas aparentemente distantes –y no por ello desarticuladas– de la cosmología que pregonan. Particularmente, me interesan tus aportes a la retórica epicúrea, disciplina sobre la que siquiera hacés una mención explícita. Ya me corregirás si me equivoco, pero, a mi modo de ver, tu obra presenta elementos suficientes como para recrear una consideración de la que

no se perciben rastros en los tratados de retórica epicúrea conservada: la aptitud persuasiva que vos y los tuyos le adjudican a las imágenes mentales creadas, vehiculizadas y proyectadas por la palabra de quienes resultan ser los principales adversarios de tu escuela, es decir, todos aquellos que encarnan y fomentan lo que en tu querida lengua denominás *religio* y/o *superstitio*. Se trata de una consideración que guarda una llamativa compatibilidad con la concepción que los tratados de retórica de tu vecino, el epicúreo Filodemo de Gádara, esbozan en torno al acto de persuasión y la pluralidad de medios y modos para conseguirla

A pesar de que en ninguno de tus versos aludís a la disciplina en cuestión, desde fines de la década del ochenta hay quienes, indagando en tus estrategias compositivas y en diversas reflexiones, han sabido hallar importantes correlatos con lo que al día de hoy se concibe como la retórica epicúrea. De aquí que los nexos establecidos giren en torno a lo que se supone es su máxima aspiración: la búsqueda de la *claritas* / *σφρήνεια* (claridad), cualidad esencial de todo discurso que se preste a ser el vehículo de la enseñanza epicúrea. A mi juicio, si algo ha alentado a indagar y, en definitiva, a establecer estos nexos es tu manifiesto interés por las aptitudes persuasivas de tu propio discurso, el que, desde el punto de vista retórico, pretende emular al de tu maestro.

En línea con este hecho, lo que me mueve a contemplar la posibilidad de que tu poema me brinde los elementos suficientes como para recrear una consideración ampliatoria de la retórica epicúrea es el marcado interés que depositás en las aptitudes persuasivas de aquellos discursos constituidos esencialmente por determinado tipo de constructos imaginarios. Tal vez, la muestra más cabal de la manifestación explícita de este interés –y quizás la muestra explícita más cabal de todos los testimonios epicúreos conservados– la he encontrado al inicio de la segunda centena de versos del primero de los seis libros que componen tu poema. Me refiero a la declaración que esgrimís en forma de una alarmante advertencia, aquella que dirigís a tu queridísimo Memmio. Te la recuerdo para evitarte la molestia de andar desenrollando papiros: “Tú mismo, en cualquier momento, vencido por las terribles palabras de los vates, buscarás desertar de nosotros. ¡Puesto que, ciertamente, pueden moldear para tí muchas fantasías, las que mediante el temor pueden revertir los criterios de vida y turbar todas tus dichas!” (Lucr. DRN I. 102-106).²

2 La edición del *De rerum natura* (DRN) que probablemente el remitente empleó en esta carta es la de Munro, H. (2009 [1864]). *Titi Lucreti Cari. De Rerum Natura Libri Sex*. Cambridge: Cambridge University Press. Nuestra presunción se basa en dos artículos que Robero Mattos escribió en el mismo período en que redactó la carta: “El potencial persuasivo de los montajes poético-imaginarios: una consideración retórico-lucreciana”, en *Revista de estudios clásicos*, 46, pp. 97-118, Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo; y “La utilitas de la poesía en la retórica epicúrea: fundamentos filosóficos de los beneficios de su sonoridad según Lucrecio”, en *Ágora. Estudios Clásicos em Debate*, 23 (fecha desconocida). En la bibliografía de ambos artículos, el autor hace uso de la mencionada edición del DRN. Estos documentos fueron hallados en un

Habida cuenta de las consonancias que esta advertencia mantiene con la concepción que los tratados de retórica de Filodemo plantean en torno al acto de persuasión y la diversidad de medios y modos para conseguirla, te pregunto: ¿acaso aquí no esgrimís los términos medulares a partir de los cuales es posible recrear la consideración retórico-epicúrea que te acabo de mencionar? Según interpreto, aquí reconocés y advertís que los vates son capaces de mentar aquello que denominás *somnia* (constructos imaginarios/fantasías) de tal modo que generen un temor que les permita persuadir a cualquier destinatario. Y lo hace al punto de manipular su voluntad. Cuando me refiero a “cualquier destinatario”, incluyo también a los que en mayor o menor medida hemos sido influenciados por tu doctrina. Si esto es así, estos *somnia* tendrían el potencial persuasivo para revertir, incluso, todos los efectos benéficos del influjo de tus estrategias pedagógicas, retóricas y psicagógicas. Dicho de otro modo, el accionar de estos *somnia* tendrían el potencial persuasivo para afectar, incluso, a los que ya transitamos la senda de la verdad epicúrea, único camino que tiene como destino la felicidad.

Por la riqueza que este pasaje presenta –te lo digo desde una perspectiva integral de tu obra–, hace tiempo deseo hacerte tantas preguntas. Puesto que no es mi intención abrumarte, en esta ocasión he escogido apenas un puñado de dudas en torno a los fundamentos sobre los que se sustenta el influjo que los *somnia* ejercerían sobre sus destinatarios.

La cuestión de la que nacen estas dudas es si cabe la posibilidad de que buena parte de dichos fundamentos los pueda hallar en los desarrollos de tu versión de la doctrina epicúrea de la imagen, aquella que todos conocemos como la teoría de los *simulacra* (simulacros). Y digo “tu versión” porque tanto en el planteo de la teoría propiamente dicha como en sus alcances he encontrado elementos que no están presentes en la versión que Epicuro enseñó a su querido Heródoto en la célebre carta conservada por Diógenes Laercio.

Si afirmo, ínclito Tito, que en los citados versos esbozás los términos a partir de los cuales es posible concebir la aptitud persuasiva que le adjudicás a las imágenes mentales creadas, vehiculizadas y proyectadas por la palabra de quienes son los principales rivales del epicureísmo, ello se debe a que, a la luz de dicha teoría, los *somnia* son, en sentido estricto, imágenes mentales. Si esto tiene las implicancias que estimo, quería preguntarte si en virtud de su naturaleza y del mecanismo de percepción mental, esas imágenes, independientemente de sus contenidos, poseen en sí mismas buena parte de las aptitudes persuasivas que le atribuí al influjo de los *somnia*.

Para plantearte de modo más preciso mis inquietudes al respecto, voy a tomar un caso que te preocupa: el de los *somnia* configurados para promover el miedo a la muerte. Un inventario de las imágenes que recopilás a lo largo de tu poema permite ver el peso que le atribuí a los *somnia* con los que los vates intentan

archivo situado en las ruinas de una conocida unidad ejecutora del CONICET: el Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas (LICH), Universidad Nacional de San Martín.

persuadir a la humanidad de un terrorífico mundo *post mortem*. Me refiero a la apariencia que la superstición le habría dado al infierno, que vos recreáis señalando, sobre todo, su espeluznante topografía. Su punto de acceso, la puerta del Orco, lo describís como el lugar del que emanarían vapores tóxicos hacia el mundo de los vivos. En buena parte de su superficie predominarían cavernas y llameantes depresiones abismales. Una porción de su geografía estaría atravesada por el fantasmagórico río Aqueronte. Además, la atmósfera de cada uno de estos espacios estaría constantemente atiborrada de tinieblas.

En estos términos, me decís, la superstición diseña e impone el escenario de la vida *post mortem*, en el que tienen lugar los ficticios hechos que terminan de configurar los contenidos de los *somnia* que explotan el temor con fines persuasivos. Cito estos hechos en tus propias palabras:

Y sin duda de las cosas maravillosas, las que revelan que hay en el vasto Aqueronte, todas están en la vida. Ni a la gran roca suspendida en el aire teme, según relatan, el mísero Tántalo, estupefacto por un miedo absurdo [...]. Tampoco a Ticio acostado en el Aqueronte se lanzan los buitres, ni pueden estos ciertamente rapiñar su inmenso pecho perpetuamente (III. 981-994).

En el guion de cada uno de estos montajes imaginarios se aprecia el fin para el que, según vos, fueron configurados: inducir el temor a la muerte. Ambos representan un acontecimiento en común, el que proyectado en la mente humana suscita la sensación psicofisiológica que influye en la voluntad humana: tras la muerte, el hombre debe afrontar castigos eternos. La causa de la pena impuesta a cada personaje es siempre el resultado de su conducta en vida. Así, en la medida en que el montaje imaginario diseñado por los vates determina qué actos son condenables y representa, a su vez, la forma en que son penalizadas, induce el temor que manipula la voluntad humana: lo coacciona de modo que el ser afectado desea emprender un curso de acción que, a la luz de la ética epicúrea, resulta perjudicial para sí mismo y para quienes lo rodean. Al menos eso es lo que interpreto de tus palabras:

... los hombres, mientras son coaccionados por un falso terror, desean escapar y retirarse lejos, incrementan su patrimonio con la sangre de los ciudadanos y ávidos duplican sus riquezas acumulando masacre sobre masacre, crueles gozan en el triste funeral del hermano y odian y temen los banquetes de sus consanguíneos. Por la misma razón, por el mismo temor, a menudo los atormenta la envidia [...] con el pecho afligido, se matan olvidándose de que la fuente de sus preocupaciones es este temor: este que veja el pudor, rompe los vínculos de amistad y, en suma, persuade a subvertir la piedad. Pues, a menudo, los hombres han

traicionado a su patria y a sus queridos padres para evitar los templos del Aqueronte (III. 68-86).

Esbozado a grandes rasgos uno de los casos concretos en los que, según tu visión, es posible apreciar en todo su esplendor los efectos del influjo de los *somnia* de tus contrincantes, ahora sí me parece pertinente profundizar en los términos en los que interpreto que, conforme a su naturaleza y al mecanismo por el que tiene lugar la imaginación, las imágenes mentales proyectadas por un tercero, independientemente de sus contenidos, poseen en sí mismas buena parte de las aptitudes persuasivas que le atribuí a este tipo de *somnia*. Mi interpretación –sabrás corregirme si me equivoco– se basa en una consideración que atraviesa múltiples esferas de la doctrina epicúrea: tanto la posibilidad de que el hombre goce de voluntad como la efectivización del acto voluntario de imaginar dependen del constante, veloz e inagotable devenir de una multitud de imágenes corpóreas, las cuales, gozando de una existencia autónoma respecto de quien las imagina, entran en contacto material con su mente. A mi juicio, una y otra dependencia surgen de tu pretensión de plantear el proceso de percepción de imágenes mentales –el acto de imaginar– en términos análogos al visual. Para ser claro en lo que quiero decirte, es imprescindible que revisemos juntos algunos aspectos básicos no solo en torno al proceso de percepción de imágenes visuales, sino también al modo en que vos y los tuyos conciben su generación.

En principio, tanto vos como Epicuro aseveran que todas las imágenes están compuestas de unas partículas materiales que, a causa de su extraordinaria pequeñez, no pueden percibirse en su individualidad: los *simulacra*. Recurriendo al imaginario biológico, describís estos *simulacra* como membranas o cortezas que son eyectadas o emitidas, ordenada y simultáneamente, a modo de capas sucesivas que conservan la forma, la apariencia y la materia de la superficie del cuerpo emisor. Tales capas de *simulacra* son las que hacen visibles los objetos percibidos.

En consonancia con este planteo, comprendiendo la mecánica básica de la visión en términos de experiencia háptica, establecés que el ojo solo puede ser estimulado a causa de un contacto material con aquellos *simulacra* que, emanados desde una multitud de cuerpos circundantes, continuamente se abalanzan sobre el receptor transmitiendo el acontecer de la naturaleza en su literalidad. A la luz de este hecho, creo entender con claridad cuál es el rol que le atribuí a cada una de las partes: mientras a la imagen le asignás un rol activo, al receptor le das un rol pasivo. En este marco, la única operación que llevan a cabo los ojos es distinguir una o múltiples imágenes del conjunto. Es, por cierto, un acto que implica mantener el contacto material con unas y perderlo con las restantes.

Planteados como mecanismos análogos, la percepción mental de imágenes también la concebís en términos de experiencia háptica: la mente es activada por un contacto material con los simulacra que, poseyendo la misma naturaleza material que los visuales, difieren en tamaño, textura y velocidad. Teniendo la mente su sede, según la teoría anatómica con la que congeniás, en el interior del pecho

del cuerpo humano, proponés que los *simulacra* que logren ponerse en contacto con aquella deben ser capaces de penetrar los poros del cuerpo en el que se encuentra envasada.

Si tenemos en cuenta que la mente posee una aptitud de la que carecen los ojos, a saber, la de percibir voluntariamente imágenes de objetos reales ausentes, de situaciones que no acaecen en el presente del receptor, tu pretensión de justificar el funcionamiento análogo de ambos mecanismos atraviesa una seria dificultad. Consciente de ello, la solución que proponés, interpreto, parte del supuesto de que existe un depósito inagotable de imágenes mentales que se genera y acrecienta a partir de la experiencia visual previa. Bajo estos lineamientos, pretendés salvar la similitud entre ambos procesos estableciendo que la mente es constantemente estimulada por el conjunto total de imágenes almacenadas. Si la mente permanece activa, incluso, durante el sueño, es porque todas las imágenes juntas se presentan e impactan al mismo tiempo y sin cesar, suceso concebible conforme a su tamaño, abundancia y movilidad. En tanto que la percepción voluntaria de imágenes es concebida, igual que en el mecanismo de percepción visual, como un acto de distinción, vos afirmás que la mente es activada indefinida y simultáneamente por todas las imágenes percibidas en el pasado por los ojos. De aquí que, en el intervalo de tiempo que lo disponga, la mente es capaz de distinguir solo aquellas imágenes con las que desea mantener el contacto material, acto que implica perderlo con las restantes.

Si esto es como lo interpreto, querido Tito, ¿acaso en la actividad y en la pasividad que respectivamente le adjudicás a la imagen mental y a su destinatario, no es posible apreciar buena parte de la aptitud persuasiva que le atribuí a las fantasías de los vates? Más aún si a esto, como acabamos de ver, sumamos el acoso constante que la mente sufre ante el interminable advenimiento de imágenes. A la luz de estos hechos, ¿qué posibilidades tiene el destinatario de defenderse de la fantasía que un representante de la superstición proyecte sobre cualquier ser humano? Si establecés que la mente es la parte del cuerpo que, entre diversas aptitudes, encarna y ejecuta la voluntad humana, ¿acaso de lo dicho no se desprende la idea de que la consumación del acto voluntario de imaginar depende del influjo de las imágenes mentales?

No resultaría extraño que así lo sea, ya que para vos incluso las acciones voluntarias más elementales, como la locomoción del cuerpo humano, dependen del influjo de las imágenes. En el Libro IV de tu poema, afirmás que para que un hombre pueda mover un miembro a voluntad debe, desde un primer momento, entrar en contacto material, a través de la mente, con la imagen de dicho movimiento. Al hacerlo tiene lugar una cadena de estímulos que comienza en el instante en que la imagen pulsa a la mente. Luego, esta, excitada, procede a estimular el alma –fluido distribuido a lo largo de todo el cuerpo–, la cual, subordinada a la orden de la primera, estimula al cuerpo para que se efectivice el movimiento premeditado.

Así como las imágenes habilitan la posibilidad de que el hombre goce de voluntad y de que la mente pueda efectivizar las operaciones voluntarias más

primitivas, en virtud de los mecanismos antes indicados y de la provocación de ciertas sensaciones psicofisiológicas, según tu doctrina de los simulacros, algunas imágenes tienen la capacidad de incitar acciones que repercuten en las actividades cotidianas de quien se expone a ellas.

Antes de manifestar mi interpretación, debo decirte que en este punto de tus desarrollos creo haber encontrado el último aspecto relevante de los fundamentos sobre los que se asentaría la aptitud persuasiva que vos y los tuyos le adjudican a los *somnia* creados, vehiculizados y proyectados por la palabra de los principales adversarios de tu escuela. El caso más emblemático del tipo de imágenes que tienen la capacidad de incitar acciones que repercuten en las actividades cotidianas de sus receptores lo he encontrado también en el Libro IV. Me refiero a la instancia en la que fundamentás el origen, el sostenimiento de la pasión amorosa y sus negativas consecuencias extendiendo tus desarrollos de la doctrina de los *simulacra*. Y lo hacés apelando al influjo que sobre un receptor tiene la imagen del cuerpo humano que bien puede ser considerado bello y deseable. Según tu visión, la imagen –la capa de *simulacra* eyectada– hereda del cuerpo una fuerza capaz de suscitar el apetito sexual, el cual es concebido como una serie de estímulos fisiológicos que derivan de su percepción. Esta serie comienza con la moción del fluido seminal de aquellos que han alcanzado la edad para producirlo. Luego, el semen, el que se encuentra diseminado entre los distintos miembros y órganos, fluye hacia el genital, se concentra en este y lo hincha. Según vos, este apetito generado a través de la imagen es el que incita al hombre a llevar a cabo un curso de acción que desemboca en un proceso circular, proceso en el que se funda tu polémica concepción del amor.

La primera acción, de la que son subsidiarias las restantes, es la que se produce como respuesta inmediata y necesaria a la excitación sexual: eyacular el semen en el cuerpo proyectante. De este acto derivan los dos hechos en los que se basa la circularidad del proceso: su consumación, por un lado, suscita placer y, por el otro, sacia el apetito por un breve período de tiempo. A causa del primero, aunque el ser amado esté ausente, opera en el enamorado la propensión de la mente a revivir constantemente toda experiencia placentera. Por ello, el enamorado limita su actividad diaria a imaginar al ser amado, acontecimiento que reabre el apetito. Cuando esto sucede, el enamorado realiza toda una serie de acciones para volver a satisfacer al ser amado y obtener con ello su dosis de placer. En consecuencia, su curso de acción desemboca en el constante e interminable cortejo del ser amado, algo que, según tus propias palabras, no resulta nada auspicioso:

Los enamorados consumen sus fuerzas y sucumben a la fatiga; añade que transcurren la vida al antojo de otro. Entretanto, su patrimonio se disipa transformándose en cobertores babilónicos, los deberes se descuidan y la vacilante reputación sufre merma. Los ungüentos y el hermoso calzado de Sición resplandecen en sus pies, por supuesto también grandes esmeraldas con verdes reflejos se engarzan en el oro, su vestido

de color marino se desgasta con el uso continuo, y agotado bebe el sudor de Venus. La herencia honrosamente adquirida por los padres se convierte en cintas y mitras para la cabeza, a veces se transforma en mantos de mujer y en tejidos de Alinda y Ceos. Se preparan festines con eximios manteles y viandas; juegos, copeo abundante, perfumes, coronas y guirnaldas, pero en vano, porque en medio de la fuente del deleite surge una cierta amargura que angustia entre las mismas flores, o porque acaso a su mente le remuerde llevar una vida en la desidia y perderse en orgías, o porque su amada, habiendo proferido una palabra, la deja en la ambigüedad, la cual, clavándose en su corazón ansioso, se aviva como el fuego, o porque piensa que agita demasiado la mirada, o que contempla a otro y descubre en su rostro la señal de la sonrisa (IV. 1121-1140).

Tales son los términos, maestro, en los que tanto Antonio de La Paternal como yo entendemos que se basa buena parte de la aptitud persuasiva que le atribuí a los *somnia* de los que se nutre la superstición. A la luz de lo que antes te expuse, creemos que, independientemente de su diseño, en virtud de su naturaleza y del mecanismo por el que tiene lugar su percepción, las imágenes mentales tienen en sí mismas buena parte del potencial persuasivo.

Si esto es como lo interpreto, eximio poeta, claramente el vuelo especulativo de tu poema, ese vuelo que todos admiran por su relativa vigencia, no debería limitarse solo a tus desarrollos cosmológicos. Y es que acaso la naturaleza atómico-material de la imagen que propusiste hace tanto tiempo en tu doctrina de los simulacros no encuentra hoy cierto correlato con los lumínicos píxeles emitidos por una pantalla. ¿Cuántos han advertido ya su correlato con la fotografía, con la tecnología de los primeros proyectores de cine? *Grosso modo*, ¿la actividad y la pasividad que respectivamente le atribuí a la imagen y a su destinatario no ha llegado a su máxima expresión en el presente? Tito, creo que hoy en día somos más vulnerables que en tu tiempo. Las imágenes que nos acosan a cada segundo, las imágenes de todas las pantallas que nos rodean, están diseñadas pura y exclusivamente para convencernos de algo: consume esto, cree en aquello, admira a este, odia a aquel... Todos aquellos que ocupan un espacio de poder –corporaciones, medios de comunicación, redes sociales, etc.– ejercen su influencia a través de topo tipo de montajes visuales –propagandas, películas, memes, *fake news*, etc.–, los cuales generan una diversidad de impactos de los que difícilmente nos podemos defender. Y no lo digo desde una perspectiva conspiranoica, sino en virtud de la vigencia de tus propuestas, las cuales, a mi juicio, permiten comprender en un sentido más amplio la retórica epicúrea y, por qué no, la esencia del dispositivo retórico más importante de este tiempo: el marketing, dispositivo al que quizás me dedique –lo digo en sentido amplio– cuando termine el doctorado. Hace años que me cautiva la capacidad que la imagen tiene para convencer, para influir en la voluntad humana más allá de sus contenidos y sus medios de reproducción. La vigencia de tus brillantes versos, querido Tito, sobre todo la vigencia

Cartas a Lucrecio

de los desarrollos que la mayoría desconoce, es la que hoy en día tanto a mí como a mi MAESTRO nos maravillan.

En un año que no dista en demasía de la écfrasis con que cerrarás tu poema, esperando consejos que nutran mi investigación doctoral, a destiempo te saludo en mi nombre y en el del eterno Antonio de La Paternal.

Roberto Mattos

Carta quinta

Lucrecio y la política

Los Polvorines, febrero de 2021

Querido Lucrecio:

La vida nos da sorpresas. La muy gentil invitación del profesor Montserrat a incluir un texto sobre la cuestión de la política en *De Rerum Natura* entre las cartas que, según me anunció, se dispone a hacerle llegar (no me atreví a preguntarle cómo, pero tengo plena confianza en las habilidades de Montserrat, a quien hace años que veo entrar y salir de los laboratorios de química de la UNGS con cara de traerse algo serio entre manos: si él dice que puede hacerle llegar estas cartas, y que usted puede recibirlas y leerlas, le creo), esta gentil invitación, digo, me llega en medio de dos circunstancias sobre las que me gustaría decirle unas pocas palabras. Por un lado, “la dirección de mis investigaciones” (como escribió en el famoso prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* un cierto lector suyo, querido Lucrecio, de mediados del siglo XIX de nuestra era –de la era de Montserrat y mía, no de la suya–) me había llevado de un tiempo a esta parte a la lectura de un poema y tres tristes tragedias de William Shakespeare sobre el ciclo histórico de la república romana, que se abre (no se lo voy a contar a usted, querido Lucrecio, que escribió “*ergo regibus occisis subversa iacebat / pristina maiestas soliorum et sceptrum superba*”: “... y los soberbios cetros” [DRN, 5.1136-7]) con la expulsión de los Tarquinos y se cierra con el encumbramiento (esto sí se lo voy a contar, porque le apuesto que no se la ve venir ni por casualidad) del joven Octaviano, quien se volverá emperador –qué me dice– bajo el nombre de César Augusto. El tal Shakespeare (tiene que leerlo, Lucrecio: le voy a pedir a Montserrat que meta en sus tubos de ensayo una linda edición) dedicó a todo ese ciclo sus obras *La violación de Lucrecia*, *Coriolano* (ya sé, Lucrecio, no me diga nada: el tipo era un mala onda que no merecía ni un soneto, pero Shakespeare vuelve oro todo lo que toca, ¡tiene que ver la maravilla que hizo con la vida y la “obra” de este odioso personaje!), *Julio César* (contemporáneo suyo, Lucrecio: un poco más joven, pero usted sabe bien de quién le hablo –y no quiero preocuparlo, Lucrecio, pero si lo ve

por ahí hágame la gauchada de pedirle de mi parte que se cuide de los *idus* de marzo, que le dé bola a Calpurnia, que no se haga el canchero-) y *Antonio y Cleopatra*. Me interesa pensar una cuestión que está muy presente en los debates actuales en mi país, la Argentina, que es la cuestión de la república, y cuando uno dice “república” dice Roma, y cuando yo digo Roma pienso, usted me disculpará, en Shakespeare. Además, hay un buen amigo, Andrés Rosler, con el que ando con ganas de discutir un poco desde que sacó un libro que si usted entendiera algo de política argentina le diría, para ahorrar tiempo, que es una gorilada que no se puede creer, y para discutir con Andrés también me sirve Shakespeare. Bueno: lo cierto es que ando dando vueltas por esa época de la crisis de la república romana que es la suya, y por eso me entusiasmó la idea de escribirle unas pocas líneas, a ver si a usted le da ganas, me responde (no se caliente: Montserrat se ocupa de que me llegue, y con el latín todos, por acá, más o menos nos las rebuscamos...) y me ayuda a entender todo eso un poco más.

Por otro lado, Lucrecio, hace un tiempo, antes de que llegara por acá una peste que ríase de la de Atenas que contó Tucídides y que inspiró la última sección de su poema, me había llegado, a la mesa de redacción de un pasquín institucional que, como quien dice, tengo el honor de dirigir aquí en mi universidad (*Noticias UNGS*, se llama: le mando un número, también, por Montserrat), una contribución de una colega, Dora Inés Dueri, que algunas veces colabora con nosotros escribiendo reseñas de los libros que publica nuestro sello editorial o proponiendo problemas de ajedrez que son muy interesantes, aunque nunca hayan logrado despistar a nuestro imbatible Pablo Bonaldi, sobre... ¿adivine qué?: “Lucrecio y la política”. ¡Increíble! Lo íbamos a publicar en la revista, pero vino la pandemia y el tema quedó fuera del campo de intereses más inmediatos de los lectores y las lectoras. No se ofenda, Lucrecio, pero no le voy a macanear. Lo cierto es que el texto de la profesora Dueri es mucho mejor que cualquier cosa que pudiera escribir yo para satisfacer el pedido del amigo Montserrat, de manera que me pareció que lo que podía hacer era mandárselo para que usted lo viera, y para que me dijera qué le parece. Si usted es tan atento de decirme si la colega anda muy despistada en sus reflexiones sobre su poema, le prometo que tan pronto como termine esta pesadilla, que nos obliga a hablar con barbijo y a dos metros de distancia, la invito a tomar un café y le hago conocer sus apreciaciones. En su artículo se nota que la profesora Dueri consultó alguna bibliografía especializada, pero al mismo tiempo, teniendo en cuenta la naturaleza de nuestra publicación, evitó abusar de los *cfr.*, los *ibid.*, los *op. cit.*, los *supra* y los *passim*, ridículas expresiones tomadas de su dignísima lengua, querido Lucrecio, para que las tonterías que escribimos en otro tipo de revistas (unas que aquí se llaman “referateadas”: ríase, nos lo tenemos merecido) parezcan serias. Discúlpennos, le pido por favor, en nombre de Quintiliano, de su amigo Cicerón (ya sé que tienen sus diferencias, pero admítame que le trató muy bien su poema: no se puede quejar) y de Virgilio, que debe andar por ahí escribiendo ya sus primeras cositas. Como sea, le indico más abajo, por si su vanidad lo lleva a interesarse en el asunto, las referencias de los textos que ha utilizado la

colega, que pensé que tal vez podía usted querer conocer. Resulta que entre esos textos uno resultó ser de un joven y talentoso amigo mío, de apellido Sánchez, oriundo de una provincia del interior mediterráneo de mi país que se llama Córdoba, que es un experto en el asunto (“el asunto”: usted) y que me indicó los datos que me faltaban de los otros. En fin: va el texto de la amiga Dueri, querido Lucrecio, a ver qué le parece. Se titula, le decía, “Lucrecio y la política”, y dice así:

A mediados del siglo I antes de Cristo, Lucrecio, del que sabemos poco y nada, escribe un libro (un poema) extraordinario, *De Rerum Natura* (en adelante, *DRN*), que quiere difundir en la Roma de su tiempo la filosofía del griego Epicuro y dar cuenta, conforme a esa doctrina, de la totalidad de las cosas del mundo. La época en que lo hace es una de disturbios políticos en Roma, de luchas civiles que anuncian la crisis de la república, que había durado ya cuatro siglos y medio desde el derrocamiento de los reyes Tarquinos y que no tardaría en llegar, por su parte, a su final. Es, en efecto, una época de sobresaltos sociales y políticos, de enfrentamientos y de luchas, y en ese contexto es grande la tentación de leer *DRN* como una obra política, o por lo menos de preguntarnos por su intención política y por su sentido en relación con la situación política de su país y de su tiempo. Nos invita a ello el hecho de que Lucrecio se refiere *expresamente*, y en más de un sitio, a los “tumultos” y las “fatigas” de los asuntos humanos, y dedica todo un libro, el penúltimo de los seis que componen la obra, a una especie de reconstrucción conjetural de la historia política de los pueblos civilizados de la Tierra y a una consideración de los problemas de la vida política romana, y culmina su poema con una sección –la última del libro seis– dedicada a reflexionar sobre los males de una sociedad organizada cuando una peste como la que azotó Atenas en el siglo V antes de Cristo se lanza sobre ella. Nos aleja en cambio de esa pretensión, o nos sugiere que tal vez la idea de leer *DRN* como una obra política no sea al fin y al cabo una buena idea, la circunstancia bien conocida de que el núcleo de las ideas políticas contenidas en la filosofía de Epicuro es la recomendación de no tomar parte en las luchas políticas, la piedad (en el mejor de los casos) o la burla (en el peor) hacia los políticos y la sugerencia de que es mejor obedecer en paz a quienes detentan el poder que involucrarse en la pelea por ejercerlo: “Debe, por tanto, el ánimo prudente anteponer la quieta servidumbre a la ambición del trono” (5.1129-30). Quizás, lo que pueda sugerirse, sumando todo esto, es que la idea de Lucrecio es desalentar a sus lectores a intervenir en las luchas políticas que estaban desangrando Roma (“el bélico tumulto y las fatigas de espantosa guerra” [1.29-30]), mostrar la “enfermedad” política de su propio tiempo y proponer una solución para ello en el conocimiento de la filosofía epicúrea. Vamos a presentar entonces el modo en que Lucrecio, a su vez, presenta esta filosofía, y vamos a tratar de encontrar *allí*, en

el modo mismo de esa presentación y en sus consecuencias, lo que podemos llamar la “dimensión política” de su pensamiento.

Que no es, por cierto, un pensamiento sobre la política, sobre la *práctica* ni sobre las *instituciones* que solemos calificar como “políticas”, sino un pensamiento sobre la totalidad de las cosas que existen en el mundo y sobre el mundo mismo como un conjunto articulado (como una totalidad compuesta y fluctuante, dice Santiago Sánchez) de esas cosas, presentadas a partir de sus unidades mínimas, de las que está hecho (de cuyas combinaciones está hecho) todo lo que hay, y que desde los antiguos griegos en los que se inspira Lucrecio recibían el nombre de “átomos”. El problema es que los átomos son muy chiquitos y, por lo tanto, no se ven, y Lucrecio necesita que nosotros “veamos” esas composiciones (múltiples pero no infinitas) entre ellos, que “veamos” los modos en que esos átomos se conciertan, y por eso elige, para –digamos– “volver visible lo invisible”, un conjunto de metáforas, de figuras, que cuando se repiten y se consolidan forman lo que podemos llamar “motivos”, que nos los presenta de modo mucho menos lejano a nuestra comprensión, como ocurre cuando compara los átomos de cuya combinación está hecho el mundo con las letras de cuya composición están hechas las palabras y los versos de su propio poema. [Perdón que interrumpo su lectura, querido Lucrecio, pero no resisto la tentación de llamarle la atención sobre el gran estilo del texto de la profesora Dueri. “El problema es que los átomos son muy chiquitos” es una frase excelente, que revela la extraordinaria gracia y el infinito donaire de nuestra colaboradora, así como su perfecta comprensión del perfil de los lectores y de las lectoras de *Noticias UNGS* y de las exigencias retóricas y expositivas de la divulgación científica. Me gustaría, alguna vez, alcanzar ese gran estilo. Perdón, pero como sé que este problema del estilo no le es indiferente, me pareció que podía compartir con usted este comentario. No interrumpo más. Sigue Dueri. E. R.]. En el artículo en el que aquí nos estamos apoyando, Sánchez analiza con detenimiento otros dos de esos motivos, por cierto muy tradicionales: el de la navegación (asociada en Lucrecio a los de la tormenta y el naufragio) y el de la guerra, para mostrar la manera en que su uso por parte de nuestro poeta sirve para representar el carácter conflictivo que tiene siempre (por detrás, por decir así, de las apariencias) la naturaleza: “El poeta parecería sugerir que detrás de la estabilidad de los fenómenos se encuentra el devenir constante de la realidad atómica, regida por choques, fuerzas, alianzas y guerras; del mismo modo en que detrás de las olas sonrientes (*ridentes undae* [5.1005]) se encuentra la tormenta”, escribe Sánchez. El análisis que propone el filósofo cordobés de estos dos motivos, el de la navegación y el de la guerra, es particularmente feliz y refinado: ambos campos metafóricos permitirían destacar el trasfondo de conflicto, de contraposiciones de fuerzas, de luchas entre potencias

enfrentadas que anima siempre la realidad, contingente e inestable, de las cosas de la naturaleza. Sin embargo, para nuestro propósito, estas figuras de los choques, las fuerzas y la guerra [perdón, Lucrecio, ya sé que le prometí no volver a meterme, pero no resisto la tentación, y pienso que esta vez puede interesarle. Le confesé mi interés en la obra de William Shakespeare, autor de una cantidad de dramas extraordinarios. El más famoso, posiblemente, sea uno que se titula *Hamlet*, que cuenta la historia de un muchacho que está más loco que una cabra y que vive torturado por la lucha, en su interior, entre dos mandatos morales contrapuestos. No importa: sería largo. Lo que sí importa es que a cierta altura el pibe tiene una tremenda conversación con su mamá, que después de eso queda sola en su recámara. Llega su esposo, le pregunta: “¿Cómo está Hamlet?”, y ella le responde: “Loco como el mar y el viento, cuando disputan / cuál es más fuerte” (4.1.7-8). Digamé, Lucrecio, si no es esto Lucrecio puro. Bueno: ya está. Por recomendación médica tengo que citar *Hamlet* al menos una vez por día, y esta vuelta le tocó a usted. Juro que es la última interrupción. Sigue Dueri. E. R.] tienen menos importancia que otra figura que también encuentra un lugar muy central en la obra lucreciana, que Sánchez no deja de mencionar en su enumeración de los impulsos que rigen la realidad de las combinaciones de los átomos en el mundo, y que nos conduce de modo muy directo al lenguaje clásico de la política. Me refiero a la figura de los pactos o de las alianzas.

Que más allá de que Lucrecio vaya a utilizar después cuando hable, en el ya mencionado Libro V de su poema, “de política”, utiliza en realidad desde el comienzo cuando habla sobre la naturaleza de las cosas, de todas las cosas, productos siempre de “pactos” o de “alianzas” entre los átomos que las componen. En su excelente introducción a su edición de estudios clásicos sobre Lucrecio para la Oxford University Press, Monica R. Gale ha mencionado un influyente artículo, en el que H. S. Davies llama la atención sobre el hecho de que Lucrecio presenta las configuraciones de átomos en un lenguaje metafórico tomado de las esferas legal y política, usando palabras como *coetus* (asamblea), *congressus* (congregación), *foedus* (pacto) y otras. Es posible que Lucrecio haya querido representar la máquina del universo –escribe Davies y cita Gale– a través de una simbología tomada de la maquinaria legal y política de la república romana de su tiempo. ¿Lo vuelve esto un “republicano”? Ciertamente que no, pero sí lo aleja de una comprensión de las cosas que las haría responder a un designio divino o trascendente, a unas “leyes de la naturaleza” que le habrían sido dictadas a esta por Dios o por los dioses, para acercarlo a una comprensión secular de las cosas que no necesita la hipótesis de ningún dador de leyes anteriores a los movimientos y las articulaciones contingentes de los átomos. Como dice Alessandro Schiesaro, las leyes de la naturaleza no existen fuera ni por sobre los movimientos

combinatorios de esos átomos, ni responden a ningún inescrutable proyecto teológico, sino que cristalizan *post factum* el trabajo de la propia naturaleza. Estamos en el corazón del proyecto “racionalista” de Lucrecio: el conocimiento de los modos en que se despliega ese trabajo de la naturaleza y la posibilidad de prescindir de la hipótesis de que es la voluntad de los dioses la que determina el movimiento de las cosas, aleja a los hombres de la superstición, hija de la ignorancia y del miedo a la muerte, y los acerca a la felicidad. La felicidad, en efecto, la única forma verdadera y digna de la felicidad, solo puede conquistarse para Lucrecio cuando se superan esa ignorancia y ese temor, que conducen a los hombres, aterrorizados por la idea de su propia muerte, insomnes en la búsqueda, noche y día (*noctes atque dies*), de un consuelo frente a ella, a aferrarse desesperadamente a una vida falsamente sostenida sobre un bienestar artificial, una riqueza fatua y unos poderes políticos perfectamente vanos. El hombre sabio no tiene nada que hacer con todo eso. “Mejor obedecer que procurar el trono”, habíamos visto que decía Lucrecio. De acuerdo. Pero ¿obedecer a quién? Nuestro poeta no puede prescindir de un pensamiento, de una indicación, al menos, sobre este problema, que es el que lo ocupa en el ya anunciado Libro V de su poema.

No tenemos espacio aquí, en las páginas de esta querida revista, para considerarlo con detalle. Digamos apenas, siguiendo en este punto el análisis de Schiesaro, que Lucrecio, que nos había dicho, como vimos, que los átomos establecían entre ellos pactos y alianzas para formar en sus variables combinaciones todas las cosas de la naturaleza, nos dice ahora, llegado al punto en que las ideas de pactos y de alianzas no son ya metáforas de la vida social para pensar la vida física, sino *el asunto* del que en un sentido literal se trata, que es justamente esa la vía por la que se forman las primeras comunidades. En ellas, los hombres buscan defender a los miembros más débiles y establecen lazos de amistad y de concordia. Espontáneamente aparecen en la primitiva historia de estas comunidades el lenguaje, que permitió “nombrar las cosas” (5.1029), y el fuego, que hizo posible “cocer y ablandar los alimentos” (1106). En esas condiciones, más benévolas que las iniciales, comienzan a destacarse “aquellos que tenían más ingenio” (1107), una especie de aristocracia natural de cuyo seno surgirían los primeros reyes, encargados de levantar ciudades y de repartir tierras y ganados “conforme a la belleza y al ingenio y la fuerza y valor de cada hombre” (1111-12). En el medio de unas comunidades originarias, bien gobernadas por los mejores y todavía preocupadas por la defensa de los más débiles, empiezan a surgir las primeras jerarquías, asociadas a las dotes naturales de cada quien, pero en las que parece incubarse ya el comienzo de la erosión de esos buenos tiempos primeros, que principia con el reemplazo de la naturaleza por la convención y con la aparición de la propiedad, que es “inventada”

(“*inventast*” [1113]), y el establecimiento del valor del oro, que no sirve para nada, pero vale como indicador artificial de la riqueza. Todo cambia, todo se corrompe. Cuando la riqueza se vuelve un fin en sí mismo, observa Schiesaro, también lo hacen el poder, la fama y todo el conjunto de “falsas opiniones” que terminan de alejar a los hombres de la naturaleza. La vida se convierte en una correría llena de ansiedades y peligros, la concordia es reemplazada por la ambición y por la envidia, y los reyes se convierten en tiranos. Lucrecio parece aludir vagamente a la efectiva historia del fin de la monarquía romana cuando utiliza el adjetivo “soberbio” (Tarquino “el Soberbio” fue el último rey de los romanos) [a esto me refería al comienzo, querido Lucrecio: a la profesora Dueri, que no tiene un pelo de tonta, no se le ha pasado por alto la importancia de este “*superba*” (1137), E. R.] para calificar a los cetros derrocados y pisoteados “por los pies del pueblo” (1138), aunque se aleja de ella para indicar que después de esas monarquías derrocadas sigue un período de anarquía en el que nadie podía gozar de tranquilidad, y en contra de la cual comienzan entonces los hombres a establecer vínculos (*nexus*), suscribir pactos (*foedera*) y darse leyes (*leges*) que les permitirán mantener sus uniones (*concilia*) y vivir en paz.

En Lucrecio, entonces, la anarquía no está –como sí lo está en tantos otros autores antiguos y modernos, entre los cuales, por supuesto, sobresale por su importancia el nombre de Thomas Hobbes– al comienzo, antes del establecimiento del poder y de las leyes. Al comienzo, en una edad de oro que no hay duda que es la que Lucrecio considera más virtuosa, está en *DRN* la monarquía, una monarquía natural y buena, pero después los inventos y las convenciones de los hombres vuelven soberbios a los reyes y obligan a los pueblos a expulsarlos. Entonces, adviene la anarquía, contra la cual surgen los acuerdos, los pactos y las leyes: la *res publica*. Esta brevísima reconstrucción que hemos realizado (sistematizando apenas un segmento del poema de Lucrecio, que a decir verdad no es mucho más extenso) nos permite advertir, adicionalmente, la diferencia entre nuestro poeta y su contemporáneo Cicerón, el gran teórico de la república de esos años. Porque si para Cicerón –decididamente más “aristotélico” que Lucrecio– los hombres están habitados por un instinto natural que los lleva a buscar la compañía de sus semejantes, y la noción de *res publica* está sostenida sobre la noción de leyes naturales, Lucrecio, resume Schiesaro, “no asigna ningún valor intrínseco a la organización política”, y basta para él la más primitiva y elemental forma de convivencia que garantizara la ayuda mutua y, sobre todo, la protección de los más débiles. Esta (la piedad hacia los débiles) es, si acaso, la única “ley natural” en la que puede pensar nuestro poeta, lejos de toda metafísica y de todo trascendentalismo. Si por Lucrecio fuera, bastaría con ese sentimiento y con un buen monarca para que los hombres

podieran realizarse en sociedad. El problema es que todo eso solo puede imaginarse en un pasado muy remoto; hoy lo único que nos protege de la anarquía y de los peligros de la vida son las leyes y las instituciones de la república. Muchísimos siglos más tarde, un gran lector y admirador de Cicerón, el buen barón de Montesquieu, escribiría que para él la forma ideal de gobierno de los hombres era la república, pero que ese tipo de organización solo podía tener lugar en un tipo ya superado de sociedad, que era la sociedad antigua, la sociedad romana, y que en los tiempos modernos en los que él escribía la mejor “segunda opción” era la monarquía. Lucrecio parece reflexionar justo al revés: la mejor forma de gobierno, dice, es la monarquía, pero ese tipo de organización solo pudo tener lugar en un tiempo sepultado para siempre, que fue el de los orígenes, antes de la tiranía primero y de la anarquía después, y hoy, cuando todo está podrido, cuando los hombres están envenenados de ambición y todo el mundo anda corriendo detrás de la fama y el poder, la mejor “segunda opción” es la república.

Así, si alguna forma de “republicanismo” puede encontrarse en el pensamiento de Lucrecio, esta parece ser más bien hija de la resignación que de la convicción, y no está exenta de ácidas críticas contra las formas efectivas de ejercicio del poder en la república romana de su tiempo. Su crítica de la ambición no puede sino convertirse en crítica de los poderes públicos, su crítica de la religión no puede sino volverse crítica de los fetiches de la gloria militar, su crítica de la violencia no puede sino devenir crítica del imperialismo. Y por supuesto que no valdría preguntarle a Lucrecio *qué otro partido político diferente* del de los grupos que gobernaban Roma él prefería, porque su pregunta no era esa. El ataque de Lucrecio –escribe Schiesaro– no era un ataque a una facción ni a una época: era un ataque al Estado romano en sí mismo, al cual, en cambio, Cicerón se obstinaba en tratar de defender a fuerza de llenar de metafísica su sistema teórico y político. En las antípodas de semejante intento, el de Lucrecio es proponer un retorno a la naturaleza, un nuevo contrato basado en el respeto mutuo, la no agresión y el rechazo de los falsos ídolos. De todos ellos: la fama, el honor, las armas, el dinero, la religión. Lo que Lucrecio pensaba que era necesario no era una reforma política, sino una reforma moral e intelectual, filosófica, general. Que podía encontrar sus motivos, sin duda, en una reflexión, como la que propone Lucrecio en la última sección de su poema, sobre la plaga que había afectado a la Atenas del siglo V antes de Cristo, de la que había hablado Tucídides y que a nuestro poeta le sirve para reflexionar sobre las miserias de la vida romana de su propio tiempo. El lenguaje con el que nos refiere la historia de aquella antigua plaga (un lenguaje que habla de tormentos y de ansiedades y de fiebres, y que no deja por cierto de recordarnos a nosotros el que usa para expresar su preocupación por la anomia de su propio

tiempo el Émile Durkheim de *El suicidio*) propone un ostensible paralelo entre la realidad física de la peste ateniense y la enfermedad metafórica de la ambición política que gobierna Roma. Mismos diagnósticos, mismas soluciones: la eliminación de todas las supersticiones, el derrumbe de todos los ídolos y una forma de organización de nuestros comportamientos en relación con los demás inspirada en la piedad y presidida por la luz de la razón.

Aquí termina el escrito de la profesora Dueri, y aquí, querido Lucrecio, tengo que terminar yo también, para no hacer esta carta demasiado extensa. Solo dos cosas más, antes de despedirme. La primera, que le había prometido, la bibliografía: la profesora Dueri lo cita a usted en la edición de *De la naturaleza de las cosas*, de Agustín García Calvo (traducción del Abate Marchena, notas de Domingo Plácido), Cátedra, Madrid, 2ª ed.: 1990. Del *Lucretius* de las Oxford Readings in Classical Studies, editado por Monica R. Gale (OUP, Oxford, Nueva York, 2007), ha utilizado la introducción de la editora (pp. 1-17) y el muy importante y por todas partes referido “Lucretius and Politics”, de D. P. Fowler (pp. 397-431). Del *Cambridge Companion to Lucretius* (ed.: Stuart Gillespie y Philip Hardie), CUP, Cambridge, 2010, la colega ha aprovechado el texto de Alessandro Schiesaro, “Lucretius and Roman politics and history” (pp. 41-58). Viniendo a América Latina, ha utilizado un artículo del académico chileno Miguel Ruiz Stull, “La política de *De Rerum Natura*. Efectos del *clinamen* en la idea de comunidad de Lucrecio”, aparecido en *Atenea*, nº 500, segundo semestre de 2009, pp. 41-54, y otro del investigador argentino Santiago Sánchez, “Los motivos de la navegación y la guerra en *De Rerum Natura*: la naturaleza y los hombres en conflicto”, publicado en *Auster. Revista del Centro de Estudios Latinos*, nº 25, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 2020, pp. 47-64. El resto supongo que a usted le interesa menos: Jean-Baptiste de Secondat, barón de la Brède y de Montesquieu, vivió y escribió en Francia en el siglo XVIII, se ocupó de las causas de la grandeza y de la decadencia de ustedes, los romanos, de los peligros del despotismo en su país (aunque, como no era zonzó, y como la soberbia del rey de Francia en ese tiempo no tenía nada que envidiarle a la de Tarquino, situó su relato en otro país: en Persia) y del origen (que él llamó “espíritu”) de las leyes. La lectura que propone sobre él la profesora Dueri está notoriamente inspirada en un librito precioso que escribió en 1959 un filósofo –también francés– extraordinario, que se llamó Louis Althusser: *Montesquieu, la politique et l’histoire* (PUF, París, 1959), y si lo menciono no es para abrumarlo con indicaciones bibliográficas que a usted le resultarán perfectamente prescindibles, sino porque el tal Althusser, querido Lucrecio, fue también un atento lector suyo. Un gran sociólogo de mi país, Emilio de Ípola, ha escrito sobre el particular un libro notable: *Althusser, el infinito adiós* (Siglo XXI, Buenos Aires, 2007), donde creo que leí por primera vez en mi vida la palabra *clinamen*. Lo otro: no sé cuánto puede interesarle a usted, querido Lucrecio, a tanta distancia en el espacio y en el tiempo. Pero me veo obligado a aclararlo

en previsión de que alcance sus oídos una maliciosa versión, que ya ha llegado a la dirección de *Noticias UNGS*, según la cual la profesora Dora Inés Dueri padecería la enojosa complicación de inexistir, ridícula pretensión que solo se basa, hasta donde he podido averiguar escrutando con mil mañas a quienes la sostienen, en la circunstancia perfectamente baladí de que su nombre es un anagrama perfecto del de Irina E. de Osrud (*también* colaboradora de nuestra revista, *también* autora de reseñas y de problemas de ajedrez que *tampoco* han hecho perder el sueño a nuestro bravo vicerrector en ejercicio del rectorado), como si usted y yo, querido Lucrecio, no supiéramos perfectamente bien que esos átomos que son las letras que forman nuestras palabras y nuestros nombres pueden combinarse de mil modos distintos sin que ello nos autorice a formular fantasiosas hipótesis cuyo mismo despropósito ofende el buen nombre de una publicación de la seriedad de la que me complace dirigir. Discúlpeme la vehemencia, querido Lucrecio, pero hay cosas que me dan una bronca bárbara. Sin más, aprovecho para saludarlo con toda mi consideración y afecto.

Eduardo Rinesi

Carta sexta

Los átomos y el amor

Querido Lucrecio:

Aprovecho la confianza establecida en las cartas anteriores para comenzar con usted una discusión sobre un tema que creo importante: el amor. Si bien en un primer análisis el problema del amor parecería no estar relacionado con el eje central de su poema: la constitución material de lo que existe, que usted haya elegido esa magnífica invocación a Venus, la diosa del amor, en el comienzo:

*Engendradora del romano pueblo,
placer de hombres y dioses, alma Venus:
debajo de la bóveda del cielo,
por do giran los astros resbalando,
haces poblado el mar, que lleva naves,
y las tierras fructíferas fecundas;
por ti todo animal es concebido¹*

y que en el Libro IV planteara con tanto ardor la necesidad urgente del deseo:

*Bulle en nosotros, como dije, el semen
cuando la juventud nos robustece:
cada órgano es movido y provocado
por el objeto propio: humana imagen
el órgano prolífico conmueve;
cuando de sus depósitos se sale
el semen esparcido por el cuerpo,
y se junta en los nervios destinados
y penetra de pronto el mismo sitio*

¹ Lucrecio. *De la naturaleza de las cosas*. Edición de Agustín García Calvo. Madrid: Cátedra, 2015, p. 91, versos 1-7.

*engendrador, se atiesan los conductos,
quiere arrojarlo la naturaleza
do el bárbaro deseo se encamina:
y el alma se dirige a aquel objeto
que la hirió con sus flechas amorosas:
todos salen heridos del combate
y los tiros asestan hacia aquella
que hiriéndonos se dio ella por vencida
y el mismo vencedor ensangrentado
en medio de su triunfo se presenta.
Así, pues a quien Venus ha llagado,
ya tomando los miembros delicados
de un muchacho, o haciendo que respire
una mujer amor por todo el cuerpo,
se dirige al objeto que la hiere,
impaciente desea a él ayuntarse
y llenarle de semen todo el cuerpo:
el deleite presagia la ansia ciega²*

me dan un pie literario para contarle algunas ideas, en las que creo, sobre la relación que existe entre el amor, los átomos y nuestra alma material. Maestro, usted no podría haber escrito más claramente el carácter urgente de la pasión que se desata frente al ser deseado. Ese ardor que incendia todo nuestro cuerpo, que perturba nuestro raciocinio y que solo encuentra calma en el cuerpo del otro. Debo contarte que las malas lenguas (san Jerónimo en el siglo IV) hicieron correr el rumor, para desacreditarlo, de que se había vuelto loco por amor, y que finalmente se había suicidado al no ser correspondido. Quería entonces proponerle, si no lo considera un tema demasiado personal, si consideramos como objeto filosófico y científico al amor y aplicamos sobre él la misma fuerza escrutadora que aplicamos sobre el resto de la naturaleza. Los versos sobre el amor que escribió en *De rerum natura* me generan algunas preguntas: ¿lo que describe es amor o deseo?, ¿el amor es lo mismo que el deseo?, y si no es así: ¿qué es el amor?, ¿cuál es su naturaleza?, ¿dónde reside en nosotros?, ¿es una fuerza exclusiva de los hombres o existe de alguna forma en otros animales?, ¿hay alguna relación entre nuestros átomos y el amor?

En cuanto a la pretensión de encontrar una definición sobre el amor y dar con su naturaleza, tal vez esta sea una empresa demasiado ambiciosa; si ni siquiera Platón (y ya sé que esta referencia no le debe causar gracia...) pudo hacerlo, ¿qué nos queda al resto de los mortales? Pero empecemos entonces por una pregunta más sencilla: ¿el amor es un objeto o es una función? Cuando les decimos “mi amor” a nuestras novias, esposas, amantes o concubinas, ¿qué estamos

2 Lucrecio, *op. cit.*, pp. 278-279, versos 1409-1435.

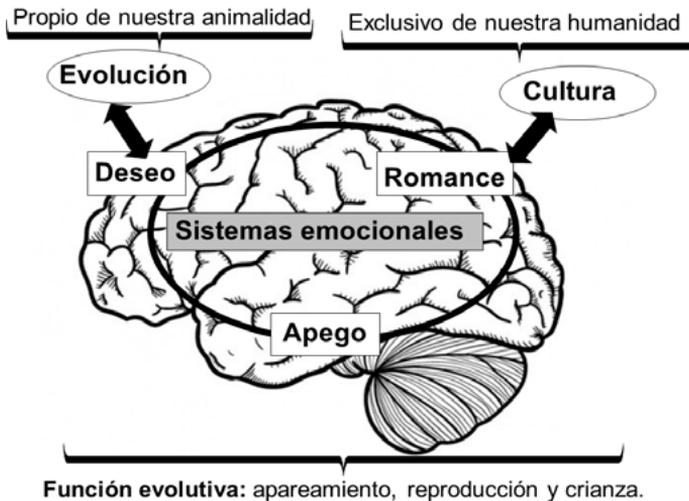
afirmando? Lo que digo es: ¿el amor es un sentimiento tan específico que solo puede darse entre dos personas determinadas, o es una función más general de nuestra naturaleza humana? En nuestra sociedad existe como paradigma bastante establecido la idea de que el amor es posible “cuando encontramos a un ser especial y único”, “nuestra media naranja, nuestro príncipe azul”. La televisión (maestro, la televisión es una tecnología maravillosa que nos permitiría ver las tragedias de Eurípides en nuestras casas...) repite hasta el hartazgo historias en las que una pobre sirvienta desdichada, una huerfanita inocente o una agobiada burguesa de Nueva York encuentran “finalmente” su verdadero amor. ¿Esto es así? ¿El amor es esto? Hay una definición sobre el amor de un humanista del siglo XX que creo que le habría gustado mucho, Erich Fromm, que dice que el amor es una función central de nuestra capacidad humana relacionada con un modo de fusión interpersonal sin pérdida de la individualidad. Es decir, el amor nos permite conectarnos con otro ser humano, pero sin renunciar a lo que somos como individuos. Esta comunicación profunda es esencial porque nos salva de los peligros de la soledad, el aislamiento y la angustia, tres terribles tragedias (tres tristes tigres) del hombre contemporáneo.³ Esto quiere decir, entonces, que el amor tiene un sentido evolutivo, aparece en la naturaleza para darnos una ventaja como especie frente a una presión de selección: la soledad, el aislamiento y la angustia, que surgen como consecuencia de nuestra naturaleza humana, es decir, de la constitución de nuestro cerebro (ya volveremos sobre este tema).

Ahora, quisiera discutir con usted el siguiente punto: ¿la soledad, el aislamiento y la angustia son solo característicos del *homo sapiens* o son dimensiones mucho más generales que compartimos con el resto de los seres vivos?, ¿podemos pensar en el amor como un impulso animal? Aquí tengo que contarle lo que algunos científicos (filósofos naturales) afirman en relación con el amor. Helen Fisher,⁴ una renombrada antropóloga norteamericana, sostiene (sobre la base de la evidencia reunida también por otros científicos) que los mamíferos y los pájaros tenemos tres sistemas emocionales individuales, pero a su vez interrelacionados: el amor romántico (o romance), el deseo y el apego (figura 1). En particular, el propósito evolutivo del amor romántico, o simplemente romance, es seleccionar la mejor pareja posible. El deseo, naturalmente, tiene por fin conducir a la reproducción; y el apego, mantener a la pareja unida mientras se produce la crianza de los nuevos miembros de la especie.

3 Erich Fromm. *El arte de amar*. Buenos Aires: Paidós Studio, 1989.

4 Helen Fisher. “Lust, Attraction, Attachment: Biology and Evolution of the Three Primary Emotion Systems for Mating, Reproduction, and Parenting”. *J. Sex Ed. Ther.* 25, pp. 96-104, 2000; Helen Fisher. “Lust, attractions, and attachment in mammalian reproduction”. *Human Nature* 9, pp. 23-52, 1998.

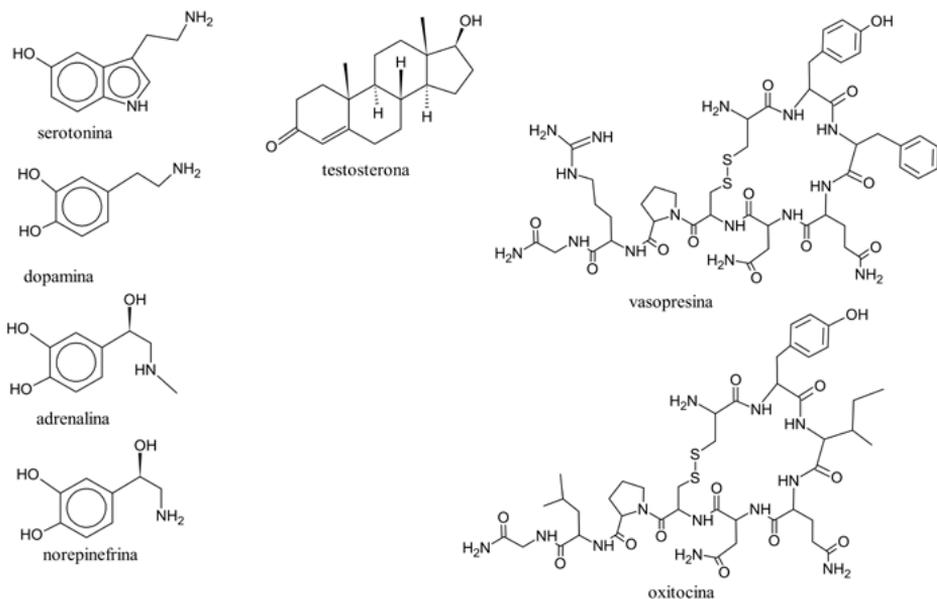
Figura 1. Sistemas emocionales en mamíferos y pájaros



Fuente: elaboración propia.

Es decir, por un lado, compartimos el conjunto de sistemas emocionales, localizados en nuestro cerebro, con una buena parte de nuestros hermanos animales, pero, por otro lado, sobre esa base animal, nuestra cultura (algo únicamente humano) ha complejizado esos sistemas emocionales con una profundidad y matices únicos en el reino animal. Es decir, ha transformado un fenómeno biológico (deseo, romance y apego) en un fenómeno cultural: el amor. Lo que también es interesante es que, además de compartir estos sistemas emocionales con los animales, compartimos “su base química”. Es decir, las moléculas (que son grupos de átomos conectados en formas específicas) que permiten que estos sistemas emocionales funcionen son las mismas en diferentes especies de animales (figura 2).

Figura 2. Las moléculas del amor



Fuente: elaboración propia.

Algunas de estas moléculas son las que le presento, querido maestro, en la figura 2: la serotonina, la dopamina, la adrenalina, la norepinefrina, la testosterona, la vasopresina y la oxitocina. Para mí, este punto es particularmente relevante porque me parece que constituye una evidencia más de que los *homo sapiens* somos solo animales, muy sofisticados por haber inventado la cultura,⁵ pero sin nada más que nuestra animalidad, es decir, sin un alma inmortal, cuestión que creo que a usted también le preocupaba.

Maestro, permítame que le cuente brevemente cuáles son estas bases químicas para cada uno de los tres sistemas emocionales. Analicemos primero el deseo sexual. Imagino, querido Lucrecio, por los versos que escribió, que, como todos nosotros, sintió el ardor del deseo:

*¿Por ventura no ves también aquellos
que un deleite recíproco ayuntara
en mutua ligadura atormentados?*

⁵ Ver la cultura como mecanismo de evolución extragenómico en Javier Montserrat y Mario Lipsitz. *De las cosas de la naturaleza y de la naturaleza de las cosas*. Los Polvorines: UNGS, 2018, p. 183.

*¿Y queriendo los perros desligarse,
en las encrucijadas muchas veces
cada uno tira mucho por su parte
cuando los tiene Venus aún pegados
con fuertes ataduras? No lo harían
si no fueran comunes los contentos
que en aquel dulce lazo los unieron,
teniéndolos a entreambos en prisiones.
Solo el placer recíproco es deleite.⁶*

Esa sensación de fuego interior, que suele nublar nuestra racionalidad, ¿cómo se produce? En el caso de los hombres (en el sentido de machos), esta emoción se origina en el cerebro. Sí, el cerebro es el órgano de lo erótico. Una serie de científicos⁷ lograron determinar, usando una técnica que se conoce como resonancia magnética funcional de imágenes (fMRI), que cuando a una serie de hombres se los exponía a videos sexuales eróticos, en su cerebro se activaban (en todos los casos) secciones específicas en la región subinsular derecha. Ahora, para que el deseo sexual se transforme en una acción, debe enviarse una señal a los órganos sexuales, para que, por ejemplo, se logre la turgencia peneana. Pero ¿cómo se las arregla el cuerpo para producir un efecto a más de un metro de distancia del cerebro? La respuesta es que este utiliza un mensajero químico, en este caso una hormona: la testosterona (figura 2), la cual desencadena toda una serie de efectos sobre los órganos sexuales masculinos. Se ha podido comprobar⁸ que el aumento de los niveles de testosterona en hombres con deficiencia de esta hormona produce un mejoramiento de la función sexual y un incremento de la masa muscular y la fuerza. Por otro lado, la baja concentración de testosterona está asociada en las mujeres a una disminución de su deseo sexual.⁹ Lo interesante es que esta misma función, y esta misma molécula, están conservadas en otras especies animales tan distantes de nosotros como las ratas y los conejos.¹⁰ Curioso, ¿no?

6 Lucrecio, *op. cit.*, p. 28, versos 1654-1665.

7 B. A. Arnow, J. E. Desmond, L. L. Banner, G. H. Glover, A. Salomon, M. L. Polan, T. F. Lue y S. W. Atlas. "Brain activation ad sexual arousal in healthy heterosexual males". *Brain* 125, pp. 1014-1023, 2002.

8 C. Wang, R. S. Swerdloff, A. Iranmanesh, A. Dobs, P. J. Snyder, G. Cunningham, A. M. Matsumoto, T. Weber y N. Berman. "Transdermal testosterone gel improves sexual function, mood, muscle strength and body composition parameters in hypogonadal men". *J. Clinical Endocrinol. Metabol.* 85(8), pp. 2839-2853, 2000.

9 S. Davis. "Testosterone and sexual desire in women". *J. Sex Education and Theraphy* 25(1), pp. 25-32, 2000.

10 Ver, por ejemplo, Y. H. Zhang, S. Filippi, A. Morelli, L. Vignozzi, M. Luconi, S. Donati, G. Forti y M. Maggi. "Testosterone restores diabetes-induced erectile dysfunction and Sildenafil responsiveness in two distinct animal models of chemical diabetes". *J. Sex Med.* 3,

Querido maestro, le propongo que pasemos a pensar brevemente acerca de lo que denominamos romance (o amor romántico). El romance tiene por función principal elegir una pareja. Aquí debemos distinguir entre la búsqueda de una pareja ocasional para tener sexo de la búsqueda de una pareja estable con quien podamos procrear y criar hijos (proliferar la especie). Helen Fisher sostiene que “el romance facilita la elección de compañero y permite a los individuos seleccionar entre potenciales parejas, y concentrar la atención en aquellos individuos genéticamente superiores”.¹¹ Esto tiene un sentido evolutivo, especialmente pensando en los síntomas que acompañan el romance: excitación, insomnio, pérdida del apetito, pensamiento obsesivo, cambios de humor. Maestro, imagine usted si esto nos pasara todo el tiempo: quedaríamos agotados. Ya lo ponía usted en verso: *Todos salen heridos del combate...*

Pero hace unos versos decíamos que podíamos distinguir entre el deseo y el amor romántico. ¿Cómo podríamos describir el amor romántico? Tal vez coincidiría conmigo en que una emoción que lo caracteriza es la aparición de pensamientos obsesivos por otra persona. Esa persona nos parece que es única y especial, y además expresamos una preocupación constante por ella. Es decir, el amor romántico, o romance, produce una sensación de euforia obsesiva a la que solemos denominar *enamoramiento*.

Lo interesante es que ese estado emocional está asociado con altos niveles de dopamina y bajos niveles de serotonina (figura 2) en el cerebro. Es decir, enamorarnos cambia el estado químico de nuestro cerebro, entendiendo por esto último un delicado balance de moléculas específicas. Ahora, quisiera aclararle que, en realidad, estas moléculas no son ni productos mágicos ni una mezcla del tipo *posición de amor*. Estas moléculas pueden producir un estado de enamoramiento porque existe en nuestro cerebro un circuito neuronal preexistente (un conjunto de neuronas conectadas de una manera específica) que en presencia de ciertas moléculas dispara la producción de dopamina y baja la de serotonina. Es decir, hay una cierta “programación neuronal” de estas emociones en los cerebros de todos los *homo sapiens* (y de otras especies también). Por otro lado, existen otros circuitos neuronales en los que el aumento de dopamina y la baja de serotonina producen efectos específicos: euforia obsesiva, atenuación de los defectos del ser amado. Respecto de este último punto, me acordaba de sus versos:

*si es negra su querida, para ellos
es una morenita muy graciosa;
si sucia y asquerosa, es descuidada;
si es de ojos pardos, se asemeja a Palas;
si seca y descarnada, es una corza*

pp. 253-266, 2006; Y. S. Palka y C. H. Sawyer. “Induction of estrous behaviour in rabbits by hypothalamic implants of testosterone”. *Am. J. Physiol.* 221(1), pp. 225-228, 1966.

11 Helen Fisher, *op. cit.*, 2000, pp. 96-104.

*del Ménalo; si enana y pequeñita,
es una de las gracias, muy salada;
si es alta y agigantada, es majestuosa,
llena de dignidad; tartamudea
y no pronuncia bien, es un tropiezo
gracioso; taciturna, es vergonzosa;
colérica, envidiosa, bachillera,
es un fuego vivaz que no se reposa;
cuando de puro tísica se muere
es de un temperamento delicado;
y con la tos se ahoga y desfallece,
entonces es beldad descaecida:
y si gorda y tetuda, es una Ceres,
la querida de Baco: si chatilla,
es silla de placer; ¡nadie podría
enumerar tan ciegas ilusiones!¹²*

Este efecto, la morigeración de los defectos del ser amado, también tiene una explicación científica. Lo que ocurre es que cuando estamos en un estado de enamoramiento, se suspenden parcialmente, o al menos se relajan, las áreas del cerebro asociadas a los criterios y el juicio (córtex frontal).¹³ La zona cortical junto con la corteza parietal y partes del lóbulo temporal están asociadas a las emociones negativas, y sus actividades durante el enamoramiento están más controladas, por lo que también somos más tolerantes con nuestro ser amado.

Querido Lucrecio, el último componente de este sistema emocional, del cual quería hablarle, es el apego. Los etólogos (estudiosos del comportamiento animal) lo definen como una emoción específica, tanto en humanos como en otros mamíferos, que incluye el hecho de mantener proximidad entre las parejas de crianza y producir ansiedad durante la separación. En las especies en que hay “parejas”,¹⁴ habitualmente el macho se encarga de la defensa territorial y colabora con la construcción del nido. En el caso de parejas humanas consolidadas, estas habitualmente reportan sensaciones de intimidad, seguridad, paz, adaptación social y calidez. Si bien la neuroquímica de esta emoción es compleja, recientemente se ha reportado que está asociada a altos niveles de oxitocina en las mujeres (hembras) y vasopresina en los hombres (machos, figura 2). Digo, casi provocativamente en esta época de corrección de género: hombres/machos (ahora diríamos hombres-cis) y mujeres/hembras (mujeres-cis) porque evidencia reciente indica que las moléculas involucradas en el funcionamiento bioquímico de esta emoción son

¹² Lucrecio, *op. cit.*, p. 283, versos 1585-1605.

¹³ S. Zeki. “The neurobiology of love”. *FEBS Lett.* 501, pp. 2575-2579, 2007.

¹⁴ En el sentido de macho (XY) / hembra (XX).

las mismas en el hombre y en otros mamíferos, como los ratones monógamos de pradera.¹⁵

Ahora, querido maestro, ¿qué podría significar el hecho de compartir una bioquímica común de nuestros sentimientos con los ratones?, ¿es posible hacer alguna hipótesis sobre la base de la existencia de un sistema emocional común en los mamíferos?, y ¿qué decir sobre el hecho de que este sistema comparte una buena parte de su bioquímica (es decir, de sus moléculas y de las reacciones en las que intervienen) entre diferentes especies animales? La primera hipótesis, en orden creciente de audacia, es que los *homo sapiens* somos animales. Pero cuando digo animales quiero decir: solo animales. Es decir, todos nuestros atributos y capacidades están insinuados en otras especies, incluso la capacidad de amar. El grado en que hemos desarrollado esas capacidades no ha sido consecuencia más que de la contingencia, el azar y la necesidad. Aquí, querido maestro, deberíamos hacer algún comentario sobre aquellos que consideran nuestra capacidad amorosa como una “capacidad superior”, o, en otras palabras, un reflejo de lo divino.¹⁶ Si nuestra capacidad amorosa, querido Lucrecio, puede explicarse por vuestros átomos, esto querrá decir que tanto en los ratones de pradera como en nosotros es una capacidad natural, y que, por lo tanto, no requiere un “alma inmortal” para explicarla, sino que es el resultado de nuestra actividad cerebral. Cuando digo “cerebral” no quiero decir solo “racional”, sino también “emocional”, ya que los antropólogos como Helen Fisher han demostrado que cuando “amamos”, a todos los hombres se nos activan las mismas regiones cerebrales. Esto, a su vez, significa que tenemos un conjunto de “circuitos” neuronales comunes que sustentan esta función de amar. La palabra *circuito* es injusta, nos remite a un circuito electrónico, y probablemente pensemos en un “robot”. Esto es muchísimo más complejo, sutil y hermoso, pero no por todo ello menos material. Por otro lado, en los humanos, como he dicho antes, el componente biológico del amor ha alcanzado un grado de desarrollo superlativo como consecuencia de ese fenómeno única y extraordinariamente humano, la cultura, que nos permite romper los límites de la biología y resignificar sus funciones. Insigne poeta, parecería que estoy solo defendiendo la “animalidad” de nuestra naturaleza, y si bien es cierto que la estoy reivindicando, al mismo tiempo estoy tratando de transmitir el maravilloso resultado devenido del camino de lo posible: la aparición del hombre. Esto debería llevarnos a un estado de asombro permanente y de respeto y admiración por nuestra existencia y la del resto de la naturaleza.

15 C. S. Carter. “Oxytocin and sexual behavior”. *Neuroscience and Biobehavioral Reviews* 16, pp. 131-144, 1992.

16 “Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada”. San Pablo, primera carta a los corintios.

No quería terminar esta carta sin dejar de contaros la relación que existe entre el olfato, el amor y vuestros átomos. Yo sé, querido maestro, que el problema del funcionamiento del olfato ha sido materia de vuestra atención:

*Trataremos ahora de qué modo
hiere un cuerpo oloroso nuestro olfato.
Precisamente existen muchos cuerpos
que despiden olores infinitos;
que estos fluyen y corren, y se esparcen.
De continuo debemos presumirnos:
que es mayor o menor su analogía
con unos animales que con otros
según la diferencia de figuras:
el olor de la miel desde muy lejos
convida a las abejas, y a los buitres
convidan los cadáveres podridos,
y los galgos se van en pos del rastro:
el guarda del romano Capitolio,
el blanco ganso, humano olor ventea:
así el olor que es propio a cada especie
dirige al animal a pastos buenos
y le hace huir del mortífero veneno,
conservándose así los animales.*

Tenéis profunda razón en pensar que el olfato condiciona el comportamiento de muchos animales: el acecho de una presa, la cercanía de un semejante, la presencia de pastos frescos y también, querido Lucrecio, el “ayuntamiento”, es decir, la pasión amorosa. Vos habíais planteado la idea del funcionamiento de los sentidos pensando que existía un “espectro” que se desprendía de las cosas para alcanzar nuestros sentidos. Pues en el caso del olfato, este espectro no es más que una serie de moléculas volátiles, es decir que pueden alcanzar en fase vapor nuestras narices, y unirse en ellas a una serie de “receptores” y desencadenar una respuesta específica. En el reino animal, cuando la respuesta que se intenta desencadenar es la sexual, esas moléculas reciben el nombre de “feromonas”.¹⁷ Habitualmente, estas moléculas son volcadas en secreciones externas, como la orina o el sudor, por glándulas especializadas.

Si bien este sistema de comunicación para regular el comportamiento de las parejas sexuales está extendido por todo el reino animal,¹⁸ recientemente ha ha-

17 P. Karlson y M. Luscher. “Pheromones: a new term for a class of biologically active substances”. *Nature* 183, pp. 55-56, 1959; A. Semwal, R. Kumar, U. Vir Singh Teotia y R. Singh. “Pheromones and their role as aphrodisiacs: a review”. *Journal of Accute Disease*, pp. 253-261, 2013.

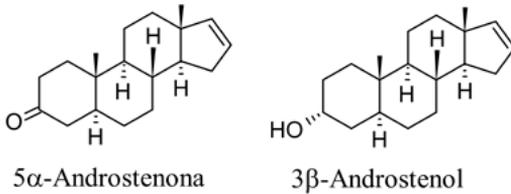
18 T. D. Wyatt. *Pheromones and animal behavior. Chemical Signals and signatures*. Segunda edición. Cambridge: Cambridge University Press, 2014.

bido alguna controversia sobre su posible existencia en los humanos.¹⁹ Es por esto que quisiera contarle, querido Lucrecio, al menos algunos hechos curiosos.

Hoy está aceptado que en los mamíferos hay dos sistemas olfatorios con diferentes funciones: el sistema olfatorio principal (el que todos conocemos) y el sistema vomeronasal, que se especializa en el sentido de las feromonas. En el caso de los humanos, el sistema vomeronasal existe pero como un vestigio evolutivo (como el apéndice). Es decir, contiene las neuronas receptoras, pero estas no están “cableadas” a nuestro sistema nervioso central. Pero que esto sea así no necesariamente quiere decir que no existan feromonas con efectos específicos en los humanos, ya que su detección podría llevarse a cabo en las células del epitelio olfativo, que es el que genera mucosa en nuestra nariz.

Una cosa interesante es que en el caso de los humanos, el principal órgano productor de olor es nuestra piel, a través de sus glándulas sebáceas. Estas glándulas están concentradas en axilas, pezones, pubis, labios y alrededor de los ojos y las orejas. En el caso de las axilas y el pubis, la existencia de bello colabora con la liberación al ambiente de estas sustancias olorosas. Hay cierta evidencia de que la feromona masculina secretada en estas zonas para atraer a las mujeres es la androsterona, mientras que la secretada por las mujeres es el androstenol²⁰ (figura 3).

Figura 3. Estructura química de la androsterona y el androstenol



Fuente: elaboración propia.

¹⁹ T. Mostafa, G. El Khouly y A. Hassan. “Pheromones in sex and reproduction: Do they have a role in humans?”. *Journal of Advanced Research (Cairo University)* 3, pp. 1-9, 2012.

²⁰ Ver, por ejemplo, S. Jacob y M. K. McClintock. “Psychological state and mood effects of steroidal chemosignal in women and men”. *Horm. Bev.* 37, pp. 57-78, 2000; J. N. Lundström, M. Gonçalves, F. Esteves y M. J. Olsson. “Psychological effects of subthreshold exposure to the putative human pheromone 4,16-androstadien-2-one”. *Horm. Bev.* 44, pp. 395-401, 2003; M. Bensavi, T. Tsutsui, R. Khan, R. W. Levenson y N. Sobel. “Sniffing a human sex-steroid derived compound affects mood and autonomic arousal in a dose-dependent manner”. *Psychoneuroendocrinology* 29, pp. 1290-1299, 2004; C. Wyart, W. W. Webster, J. H. Chen, S. R. Wilson, A. McClary y R. M. Khan. “Smelling a single component of the male sweat alters levels of cortisol in women”. *J. Neurosci.* 27, pp. 1261-1265, 2007.

Querido maestro, se ha encontrado evidencia que indica que la exposición a estas feromonas tiene efectos sobre fenómenos como la sincronización del ciclo menstrual en las mujeres que conviven en grupo,²¹ el reconocimiento de los bebés del olor de sus madres,²² la edad de la menarca,²³ el humor de las mujeres²⁴ y la motivación sexual.²⁵ Por supuesto, no estoy diciendo que estas conductas estén reguladas exclusivamente por nuestro olfato. Gracias a Dios (dice un ateo), los humanos somos seres complejos y en nuestras relaciones sociales integramos una serie de estímulos que van desde nuestra apariencia física, nuestros modales, nuestra forma de hablar y nuestra pertenencia social, a nuestro olor.

Entonces, querido Lucrecio, vuestros átomos agrupados en moléculas son responsables, al menos parcialmente, de algunas de nuestras conductas. Es entonces que me pregunto: si vuestros átomos nos permiten explicar no solo de qué están hechas las estrellas, sino también qué ocurre en nuestro cerebro cuando nos enamoramos o por qué el aroma de algún otro puede relajarnos, ¿acaso es necesario invocar algo más para explicar la naturaleza que vuestros átomos? Si lo que consideramos superior en el hombre: la capacidad de razonar y la capacidad de amar, también pueden explicarse con vuestros átomos, ¿es necesaria la idea de un alma inmortal que dé origen a estas capacidades? Y si no es necesario recurrir a la idea de un alma inmortal para explicar cómo somos los hombres, ¿tiene sentido entonces la idea de un dios que crea esas almas? Y si no hace falta pensar que dios es necesario, ¿qué hacemos entonces? Pero esto, maestro, me parece que será materia de otra carta.

Me despido afectuosamente hasta pronto.

*Prof. Javier Montserrat
Los Polvorines, Buenos Aires*

21 M. K. McClintock. "Menstrual synchrony and suppression". *Nature* 229, pp. 244-245, 1971.

22 M. J. Russell. "Human olfactory communication". *Nature* 260, pp. 520-522, 1976.

23 A. Comfort. "Likelihood of human pheromones". *Nature* 230, pp. 432-433, 1971.

24 G. Preti, C. J. Wysocki, K. T. Barnhart, S. J. Sondheimer y J. J. Leyden. "Male axillary extracts contain pheromones that affect pulsatile secretion of luteinizing hormone and mood in women recipients". *Biol. Reprod.* 68, pp. 2107-2113, 2003.

25 N. A. Spencer, M. K. McClintock, S. A. Sellergren, S. Bullivant, S. Jacob y J. A. Mennella. "Social chemosignals from breastfeeding women increase sexual motivation". *Horm. Behav.* 46, pp. 362-370, 2004.

Carta séptima

Las sendas de Lucrecio: conocimiento y literatura

Querido y no tan lejano Lucrecio:

Entre tu tiempo y el mío, más precisamente en el siglo XVII, un poeta español que dejó huella en el mundo de las letras –Francisco de Quevedo y Villegas, se llamaba– escribió un soneto que me gustaría pudieras conocer. Como se dice ahora (simpática transformación verbal mediante), *te lo comparto*:

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos,
y escucho con mis ojos a los muertos.*

*Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.*

*Las grandes almas que la muerte ausenta,
de injurias de los años, vengadora,
libra, ¡oh, gran don Joseph!, docta la imprenta.*

*En fuga irrevocable huye la hora;
pero aquella el mejor cálculo cuenta,
que en la lección y estudios nos mejora.*

No te resultará extraño que Roger Chartier, un historiador de mi época que estudia prácticas sociales de leer y escribir, haya retomado el último verso de la

primera estrofa para abrir una de sus conferencias: “Escuchar a los muertos con los ojos. Lección inaugural en el Collège de France”, de 2007. La cita le permitió homenajear a dos colegas suyos fallecidos hacía poco. Luego de reconocer también los aportes de otro autor (en este caso, vivo) y antes de plantear la pregunta que guió su conferencia, Chartier declaró seguir a los estudiosos que nombró. Continuidad entendida como una senda, dice: “Siguiendo sus pasos, me esforzaré por comprender la pregunta de qué lugar ha tenido lo escrito en la producción de saberes, en el intercambio de emociones y sentimientos, en las relaciones que los hombres han mantenido unos con otros, con ellos mismos o con lo sagrado”.¹ Seguir o no seguir los pasos de los maestros, he aquí la cuestión –o, al menos, una fundamental– cuando se trata de alcanzar el conocimiento. Explicitarla constituye una convención de los *discursos del saber*.

Seguro coincidirás conmigo, Lucrecio, en que tanto la declaración de Chartier de seguir a quienes destaca en sus méritos como la pregunta que formula suponen la idea de que lectura y escritura se relacionan entre sí en clave de –sigo a Quevedo– una “conversación”. Entonces, “escuchar a los muertos con los ojos” es un modo de pensar (no solo de decir) qué es leer, en el que se prevé la escritura como respuesta. Como puede cruzar el tiempo, tal conversación conjura los estatutos más opuestos de interlocutores vivos/muertos. Y el soneto de Quevedo lo celebra.

De aquí imagino también otro acuerdo entre nosotros: como en tu caso con Epicuro, justamente esa conversación es la condición de posibilidad para que el conocimiento y las emociones –a los que Chartier enfoca en su pregunta– sucedan. Mirá, como si me lo trajeras a cuento vos mismo, ahora veo exactamente esto en los trece primeros versos del Libro III de tu impresionante poema *De rerum natura*, cuando le decís justamente a Epicuro:

1 Las notas suelen ser una pesada costumbre académica, Lucrecio. Algunas pocas veces son otra cosa: en un maravilloso cuento que se llama justamente “Nota al pie”, Rodolfo Walsh (un querido y destacado escritor de mi país) supo dar autonomía a la voz subsidiaria de la nota como para que pudiera disputar el poder al texto principal. Claro, es la escritura literaria la que puede hacer esas cosas. En mi carta, las notas registrarán (como en la academia) las referencias de los textos que te vaya mencionando. Es que con los compañeros con los que compartimos escribirte, esperamos que nuestras cartas se publiquen como un libro en tu homenaje para un público que, tal vez, esté interesado en acudir a algunas fuentes. Por otro lado, como también se estila, daré lugar a alguna digresión, más o menos pertinente en mi caso, como esta misma, más a modo de conversación. Para vos y para nuestros futuros imaginarios lectores, entonces, va la información sobre el libro de Roger Chartier: se llama *Escuchar a los muertos con los ojos. Lección inaugural en el Collège de France*, publicado por Katz Editores en Madrid en 2008. ¡Ah, y por supuesto, también la referencia de “Nota al pie”!: está en el libro de cuentos *Un kilo de oro* de Rodolfo Walsh, que se publicó en 1967 y que posteriormente tuvo varias ediciones; la que tengo en casa es de Ediciones de la Flor, de 1996; y la del poema de Quevedo la tomo de su *Antología poética*, con selección y notas de José María Pozuelo Yvancos, Ediciones B, Barcelona, 1989, pág. 105.

¡Oh, tú, el primero que pudiste levantar una luz tan clara del fondo de tinieblas tan grandes e iluminar los verdaderos bienes de la vida!, a ti te sigo, honor de la gente griega, y pongo ahora mis pies en las huellas que estamparon los tuyos, no tanto por deseo de rivalizar contigo, como por amor, pues ansío imitarte [...]. Tú, padre, eres el descubridor de la verdad, tú nos das los preceptos paternos, y como en los bosques florales las abejas van libando una flor tras otra, así vamos nosotros a tus libros, oh, illustre, a apacentarnos en tus áureas palabras, áureas y dignas siempre de vida perdurable.²

Te leo y te asocio enseguida con concepciones que vendrían mucho después, en el siglo XX, en el campo de las teorías del lenguaje y de la literatura. Por ejemplo, desde una perspectiva sociocrítica, el teórico ruso Mijaíl Bajtín comprendió todo enunciado como respuesta, inmediata o diferida. En cadena, los enunciados conversan y se replican en ambos sentidos: se discuten y se imitan; justamente, vos le decís a Epicuro que seguís sus huellas “no tanto por deseo de rivalizar, como por amor, pues ansío imitarte”.

En esta línea y entre otras cosas, el soneto de Quevedo es respuesta a la reformulación renacentista española de los tópicos horacianos (después te cuento un poco sobre esto; no quiero perder el hilo ahora): los continúa (es decir, los imita) a la vez que los desajusta (los cuestiona, rivaliza). Y tu poema es una respuesta confirmatoria hacia atrás, para Epicuro, y una impugnación para, entre otros, los vates de tu tiempo, a quienes seguramente viste manipular a la gente a través de fantasías atemorizantes.³ Desde una perspectiva pragmática, conjeturo que es muy posible que aquella confirmación se oriente hacia esta impugnación. Es así que rige la lógica comunicativa de la contemporaneidad y del porvenir, o sea, inexorablemente hablamos o escribimos para nuestros contemporáneos y para los que, según entrevemos, vendrán. Entonces, la conversación que parte de la lectura va como respuesta al pasado y –al mismo tiempo y sobre todo– como intervención para el momento en el que se escribe y para adelante.

Pienso también en Roland Barthes, quien advierte en la lectura el Deseo de escribir (la mayúscula marca su típico cruce francés entre semiología y psicoanálisis, dos disciplinas claves en el siglo XX). Mi carta busca, como en una espirol fragmentaria, que conversemos mientras voy tirando del hilo de otras conversaciones que mantuvieron con vos algunas voces de la literatura y que quiero

2 Son los versos del 1 al 13 del Libro III, como te decía arriba. Los cito de la edición bilingüe de Eduardo Valenti Fiol, *De la naturaleza*, publicada por la editorial Bosch en Barcelona en 1976.

3 Confieso, Lucrecio, que he podido espiar la interesante lectura que hace al respecto nuestro compañero Roberto Mattos en su carta (tené en cuenta que nuestros imaginarios futuros lectores podrían leer todas).

contarte. ¡Conversar sobre la lectura y la escritura “en una senda” es casi conversar sobre la conversación!⁴

Empecemos justamente con Quevedo. Primero, tres curiosidades que los estudiosos han sabido registrar. Por un lado, en un artículo que se llama “Quevedo y su elogio de la lectura”, Antonio Carreira señala que “Retirado en la paz de estos desiertos” es uno de los pocos sonetos del madrileño de los que existe borrador autógrafo y fue encontrado por Astrana Marín en las guardas de un ejemplar del *Trattato dell' amore humano* de Fiaminio Nobili. Por otro lado, en un libro fascinante que habla de vos, *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*, varias veces referido en estas cartas que ha pergeñado nuestro compañero Javier Montserrat y te estamos escribiendo, Stephen Greenblatt rastrea la circulación de ejemplares de tu poema en la Edad Moderna. Sobre Quevedo, anota que compró por un real una copia de tu *De rerum natura* en 1625. A ver, calculemos: unos diez años antes de que escribiera “Retirado en la paz de estos desiertos”. Y último (¡no lo vas a creer!): Quevedo es autor, entre varios y muy valiosos textos, de una “Defensa de Epicuro”, de la que, creo, podría interesarte conversar.⁵

En esa defensa, Quevedo contrapone la *mala prensa* (vos tal vez dirías *mala fama*) contra Epicuro, con quienes reconocieron el valor de su obra. Entre estos últimos, destaca a Séneca, un estoico que nació en el año 4 a. C. en Córdoba (en aquel entonces, parte del Imperio romano y tierra árabe desde el siglo VIII hasta el XIII, cuando la “recupera” la España católica). Séneca murió en el 65 d. C. Con él, Quevedo parece ajustar un nexo fundante entre, por un lado, ustedes los antiguos (dicho ampliamente: el mundo antiguo, modelo para las letras del Renacimiento) y, por otro lado, su propio mundo, el de los españoles del Siglo de Oro.⁶

4 Acá, para no cortar la lectura con tantos numeritos y correspondientes bajadas al pie, junto las dos referencias. Van con pauta académica para hacer más rápido: Mijaíl Bajtín. “Los géneros discursivos”. En *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1998; Barthes, Roland. “Sobre la lectura”. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona: Paidós, 1994.

5 Van juntos los datos de los textos de Carreira, Greenblatt y Quevedo: Carreira, Antonio. “Quevedo y su elogio de la lectura”. *La Perinola: revista de investigación quevediana*, n° 1, 1997, pp. 87-100. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/quevedo-y-su-elogio-de-la-lectura-0/> (acceso: 28 de marzo de 2021); Greenblatt, Stephen. *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*. Barcelona: Crítica, 2011. (Aunque a esta altura la referencia de Greenblatt ya está consignada en este libro, va de nuevo como para que los otros lectores y vos, Lucrecio, la tengan a mano: manías de repetición e insistencia que deja, más que la academia, la docencia). Quevedo: “Defensa de Epicuro”. Disponible en: <https://e-torredebabel.com/defensa-de-epicuro-francisco-de-quevedo-y-villegas/>.

6 Te copio un poco más de Quevedo, para que veas cómo cita a Séneca: “Sígase, que, pues Epicuro con razón desechó la dialéctica sofística, y que con la verdad indignó contra sí todos los filósofos, que valiéndose de la palabra *deleite*, en que ponía la felicidad, callando la virtud en que decía consistir el deleite, difamaron al filósofo más sobrio y más severo. Que

Y como era de suponer, Quevedo cita tu valoración de tu maestro Epicuro, cuando sostenés la liberadora conveniencia de aceptar la idea (¡y la realidad!) de la muerte. Quevedo ve lo tuyo como “consuelo”:

[...] Lucrecio en sus versos, consolando al hombre de que ha de morir, con referir que murieron los príncipes y los sabios, por último encarecimiento del poder de la muerte, dice:

*Murió el mismo Epicuro fenecido
El curso de su vida, el que en ingenio
Todo el género humano aventajaba,
Como sol celestial a las estrellas
A todos los demás oscurecía.*

Creo que, con la contraposición de lecturas sobre Epicuro, Quevedo opera en una polémica renovada. En este sentido, el cierre no solo muestra una convención discursiva de la época, sino que también cumple funciones específicas en la intervención que el texto realiza:

Todo lo que en este libro he escrito, sujeto a la corrección de la santa y sola y verdadera Iglesia Romana, con rendimiento católico, y dispuesto a reconocer mi ignorancia en todo lo que no concordare con la verdad de la fe, o contradijere el buen ejemplo.

Para decirlo rápido: en este final, Quevedo abre el paraguas ante las posibles acciones persecutorias de la Casa de los Austrias y la Inquisición (el Índice de libros prohibidos, por nombrar un mecanismo que viene a cuento). No era para menos. El deslucido Felipe IV, rey de aquellos tiempos, mantenía el compromiso heredado de su padre y su abuelo con los principios del Concilio de Trento del siglo anterior, soporte nada desdeñable para un imperio español ya en severa decadencia.⁷

Epicuro dijese quo no había deleite sin virtud, Séneca lo dice en el libro IV de *Beneficios*, cap. II: ‘La virtud ministra los deleites; no hay deleite sin virtud’. El mismo, en el libro de la *Vida bienaventurada*, cap. XII: ‘No se dan a la lujuria impelidos de epicuros; antes entregados a los vicios abrigaron en los retiramientos de la filosofía su lujuria, y acuden donde oigan alabar el deleite, ni buscan aquel deleite de Epicuro: así lo siento por ser sobrio y seco’. Y en el cap. XIII: ‘De verdad este es mi parecer (diré a pesar de nuestro vulgo): **Epicuro enseñó doctrina santa y recta**, y así te acercas triste’. Estas palabras por sí tienen soberanía, dichas por nuestro Séneca, ¡cuán grande estimación solicitan a Epicuro!”. Lucrecio, sabrás que el resaltado es mío. ¡Me pregunto qué leerían Quevedo y su mundo en esta afirmación!

7 ¡Mira lo que dice Greenblatt!: “Los teólogos de Trento presentaban [...] ingeniosos argumentos no como una teoría, sino como la verdad, una verdad a todas luces incompatible con Epicuro y Lucrecio. El problema de Epicuro y Lucrecio no era su paganismo [...], sino su física”.

Entonces, el cierre de la “Defensa...” permite entender que, en la relectura de Epicuro, Séneca funciona como principal y estoico catalizador de la intención humanista quevediana de (perdoname la crudeza) *cristianizar* el conocimiento de los antiguos. Me parece que esto se lee sin problemas en el fragmento en el que Quevedo cita a Séneca, que te copié antes en nota al pie. Lo que quiero decir es que creo que Séneca permite a Quevedo reasignarles a Epicuro y a vos otra filosofía moral, pero también recuperarlos para su propio tiempo.

Atada a una intención, Quevedo escribe su lectura como antes lo hizo Séneca: el primero retoma y reorienta al segundo. Varios especialistas de mi época han revisado la lectura que el romano-cordobés hace de Epicuro y la han asociado con diversas cuestiones: 1) su supuesto eclecticismo; 2) las posibles simpatías epicúreas de Lucilio, el destinatario de sus *Epístolas*; 3) la intención de Séneca –a esto voy– de situar su innovación discursiva *literaria*, la carta filosófica en prosa y en latín, en la tradición epicúrea.⁸ Es que acceder al conocimiento también reside en la apropiación o propuesta de un particular género discursivo, rasgo del lenguaje social, y la epístola implicaba una tradición que contaba con el aval de sabios a quienes convenía seguir.

En relación con esto, Soledad Correa entiende que el Epicuro figurado por el yo *epistolar* de Séneca está desactivado. Ella dice: “Las diversas operaciones textuales de que [Epicuro] ha sido objeto (según podemos presumir: selección, descontextualización, traducción y reformulación) lo han despojado prácticamente de su identidad filosófica”.⁹ Posiblemente es a ese Epicuro ya desactivado por Séneca a quien defiende Quevedo para *acumular* a ambos como capital propio del Humanismo español. Acopia en la “Defensa...” tanto su respuesta confirmatoria a Séneca (nexo español estoico con el mundo antiguo) como la relectura indirecta de tu maestro y tu voz, Lucrecio, citada (presente) en la conversación. De algún modo, veo que Quevedo se pone en un espejo múltiple: Epicuro-Séneca/Quevedo y Epicuro-vos/Quevedo. ¿Estarías de acuerdo conmigo? ¿Soy solo yo quien arma el espejo?

Pero, si te parece, volvamos al soneto para sumarlo a los puntos de contacto (cada uno más o menos imaginado) que, te decía, veo entre Quevedo y vos.

8 Te pongo *literaria*, así, en cursiva, para problematizar el concepto. Mientras en tu época abarcaba ampliamente un saber relacionado con el arte de leer y escribir, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII “literatura” comenzó a asociarse a creación estética. Este cambio obedece a la separación de la ciencia y sus discursos, de otras prácticas públicas de la escritura. Además, el periodismo en desarrollo creciente cobró valor y se incluyó como literatura. Y con el Romanticismo (siglo XIX), la literatura se autonomiza, asociada a la ficción. Hoy, el concepto se caracteriza por haberse convertido en un interrogante que, te diría, no pretende ser respondido, sino poner en jaque, justamente, cualquier respuesta que pretenda recortarlo.

9 Correa, Soledad. “Séneca, lector de Epicuro. Una lectura de *Epp.* 1-29 a la luz de la *Ep.* 33”. *Anales de Filología Clásica* /28.2, pp. 77-88, 2015. Disponible en: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/74357> (acceso: 7 de abril de 2021).

Primero: como tu poema, el soneto “Retirado...” de Quevedo *fue encontrado*, aunque en su caso se trató del hallazgo del borrador autógrafo (nada: una nota de color sobre los escritos que se pierden y se encuentran). Segundo: Quevedo te leyó en el siglo XVII, a doscientos años de que Poggio Bracciolini –clave humanista buscador de libros antiguos– hubiera recuperado tu *De rerum natura*. Y tercero: defendió/ponderó a Epicuro en una relectura apropiadora (como lo son todas, la tuya también) que te retoma. Intuyo relacionados los dos últimos puntos.

Ahora, el soneto. ¿Notaste que Quevedo reelabora tópicos *clásicos* (los de tu mundo, digo)? El Barroco continúa las fórmulas del Renacimiento –primero italiano y más tarde español– y las desborda. Los tópicos habían sido tomados de Horacio (ya te había adelantado esto), poeta casi contemporáneo tuyo.¹⁰

Hoy –como suele decirse, con el diario del lunes– es fácil poner en serie las voces. Fray Luis de León mediante, Quevedo recrea en los primeros versos del soneto el tópico horaciano del *beatus ille* (que proponía *feliz aquel* que retirado de los negocios se dedica a los campos paternos –*paterna rura*–), pero no pone el acento en la felicidad, sino en la fecunda paz del retiro: “Retirado en la paz de estos desiertos, / con pocos, pero doctos libros juntos”. Sobre Fray Luis te cuento que, además de traducir a Horacio del latín al español, es autor de poemas bellísimos, uno de ellos es la “Oda a la vida retirada”, de mediados del siglo XVI, a la que me refería recién. La concepción idealizada y feliz de la vida en el retiro se formula en esa oda a través del tópico de la *alabanza de la aldea versus el menosprecio de Corte*. En la lírica renacentista española (es decir, en la senda de Garcilaso de la Vega, poeta cortesano paradigmático del Renacimiento español), Fray Luis combinó las tradiciones neoplatónica y cristiana.¹¹ En fin, como ya sabés, se siguen los pasos de quienes llegaron a algún tipo de saber valorado por el que habla o escribe, pero,

10 Digo “casi” porque ustedes solo coincidieron en el tiempo de la vida (y cuál otro habría, ¿no?) apenas durante los primeros quince años de Horacio. Nació en el año 65 a. C. (vos tenías cerca de treinta años) y murió en el 8 a. C. (ya estabas muerto, querido maestro, hacía poco más de cuarenta años). No lo leíste, pero él a vos sí. Algunos estudiosos se han ocupado de mostrar tus huellas en Horacio y en Virgilio, pero ninguno de los dos te cita: a tal punto es inconveniente el nombre de quien socavara ideas hegemónicas.

11 “¡Qué descansada vida / la del que huye el mundanal ruido / y sigue la escondida / senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido!”: esta es la primera estrofa de esta oda de Fray Luis. Algunos estudiosos leyeron en la “Oda a la vida retirada” una imitación de la alabanza de la vida rústica que hizo Horacio en su “Épodo II”; otros leyeron la dicha que provee la huida de los pleitos y vanidades del mundillo universitario (Fray Luis era profesor en la Universidad de Salamanca). Otros señalaron que la “escondida senda” no es el *secretum iter* (camino secreto) de Horacio, sino el camino que siguen los santos para encontrar a Dios. (Para vos y para quien guste ampliar, esto está en el artículo “La ‘escondida senda’ de Fray Luis”, de Ricardo Senabre, que integra el Tomo 2 dedicado al “Siglo de Oro: Renacimiento”, de la *Historia y crítica de la literatura española*, dirigida por Francisco Rico y publicada en Barcelona por la editorial Crítica).

por supuesto, importa tener en claro de qué saber y de quiénes se trata cada vez; quién los sigue, cuándo, cómo y para qué.

El sabio admirado suele ser concebido feliz. ¡Vos mismo, Lucrecio, fuiste leído y pensado así! Según se sospecha, Virgilio te alude en sus *Geórgicas* cuando dice: “¡Feliz aquel a quien fue dado conocer las causas de las cosas! Y hallar bajo su planta los vanos temores y el inexorable hado y el estrépito del avaro Aqueronte”. Como verás, no depende del valor de verdad de la referencia, y menos si entendemos la felicidad como alegría o satisfacción. Las pocas noticias tuyas que nos han llegado negarían tal condición, pero la cosa no pasa por ahí. Las palabras de Virgilio se sostienen en un tópico (y los tópicos tienen un costado convencional, por supuesto) que así concibe al sabio, porque la felicidad está asociada a conocer. Y por eso se lo sigue.

Y desde el horaciano *feliz aquel* que se va al campo paterno y que Virgilio reorientaría hacia vos porque conociste “las causas de las cosas”, yendo después (¡estoy recortando, claro!) por la “escondida / senda por donde han ido / los pocos sabios” de Fray Luis, llegamos al retiro en “la paz de estos desiertos” de Quevedo en los que es posible el deleite de la lectura de “pocos, pero doctos libros juntos”. Dado que al final del primer terceto del soneto se menciona la imprenta, cuya función fue clave en el pasaje de un ámbito de plenitud a otro, el espacio de retiro del que habla el soneto podría ser la biblioteca. Heredada de ustedes, los antiguos, la biblioteca vence a la muerte, al *tiempo que huye* e inexorablemente la trae. El tópico del *fugit tempus* (que Horacio consagra en su “Oda 11” como argumento del *carpe diem*, *goza el hoy*, tan funcional al reinado de Augusto y, siglos después, al Renacimiento) decía: el *fugit...* es asumido por el Barroco como casi su único saber firme: la certeza de la fugacidad. Pero, presente en el verso “En fuga irrevocable huye la hora”, queda desarmado en el soneto de Quevedo por la biblioteca, en la que acontece la gozosa conversación con los muertos. Veo la biblioteca como suma y síntesis: es la que crecería con la imprenta; es la de la Edad Media, como la del monasterio alemán en la que Bracciolini encontrara tu poema; es la de tu mundo antiguo.

Retirado, el *yo* del soneto de Quevedo es el *yo* del lector en la biblioteca que se inscribe en una temporalidad superadora: encuentra el pasado en su propio tiempo y se configura como porvenir *mejorado*; “que en la lección y estudios nos mejora”, dice el último verso, incluyendo en el plural “nos” a quien lee el poema. Este final, en vez de cerrar, abre a lo que vendrá. La lectura silenciosa –te diría, correlato moderno del heroico descenso a los infiernos de la epopeya– se confirma como pasaje al conocimiento transformador; la escritura le da cuerpo y a la vez vuelve a abrir el juego infinito de la lectura. ¿Hay un giro, aquí, maestro, un *clinamen* (me apropio de tu concepto) propio de la materialidad de la conversación, que hace que la réplica no sea mera imitación?

“Siguiendo sus pasos [los de los autores homenajeados], me esforzaré por comprender...”, decía Chartier al principio de su conferencia y de mi carta. Hasta aquí, entonces, venimos charlando sobre la senda de los maestros, como una cuestión de triple valencia: 1) acceso al conocimiento y, por lo tanto, a la felicidad;

2) superación del tiempo a través de la conversación con los muertos; 3) también, convención de los discursos del saber. Si desandamos esta senda, vamos de Chartier a Quevedo; de Quevedo al Renacimiento (Fray Luis) y a los antiguos, Horacio y Virgilio (quien te alude como *sabio-feliz*), a Epicuro a través de Séneca y de vos.

Recordarás que Chartier continuaba diciendo: “... me esforzaré por comprender qué lugar ha tenido lo escrito en la producción de saberes, en el intercambio de emociones y sentimientos, en las relaciones que los hombres han mantenido unos con otros, con ellos mismos o con lo sagrado”. Bien, convengamos en que “lo escrito” no es tanto un conjunto de ideas transmitidas mejor o peor a través de las letras, sino un cuerpo de sentido que involucra inescindible la materialidad específica de la escritura.¹² Hace un ratito te comentaba el caso de Séneca, que sigue en latín el género de la epístola griega; pensadas así las sendas, seguir las implica adscribir a alguna tradición de escritura por razones no siempre subsidiarias del contenido, como si pudiéramos pensarlo separado de la forma. También está, como decíamos, la cuestión de las convenciones del discurso en general y de los tópicos, que implican saberes desplazados del concepto de “verdad”, o al menos de la verdad directa de la referencia.

Aclarado esto, la pregunta de Chartier me viene bien para compartir con vos dos inquietudes mías. La primera apunta a entrever qué escritos –y cómo– tienen lugar en tu poema; me refiero a los que leíste. Por lo que pude saber, no seguiste como modelo discursivo ningún texto de Epicuro en particular y tu carta tampoco tendría el tono ni la intención de las del maestro. ¿Es que, entonces, están las teorías de Epicuro, por un lado, y la poesía didáctica, por el otro, a su servicio? Este género está pensado como medio eficaz para la enseñanza porque tiende a explicar cuestiones difíciles a través de un lenguaje accesible para, en principio, el lector previsto (después, el tiempo dirá). Vos mismo blanqueás esta función en el Libro I, símil mediante del médico que endulza la medicina para que el niño no la rechace. El lenguaje también puede tender a ser atractivo, además de accesible. *Docere et delectare* (enseñar y deleitar), con esta fórmula sintetizaría Horacio las posibilidades de la poesía antigua en general.

12 Ese cuerpo puede entenderse semiológicamente como “texto” (un entramado de signos como producción de sentido que pone en juego el Deseo) o como “enunciado” (lo dicho o escrito por un interlocutor a otro, como respuesta, en correlación con prácticas y contextos comunicativos siempre sociales). Los enunciados atienden y sobreentienden tanto cuestiones no verbales del contexto como pautas y géneros discursivos que los interlocutores conocen y comparten. En el transcurso de la *conversación* (oral o escrita), directa o indirecta, los interlocutores pueden modificar géneros: mezclarlos, hacerlos estallar, generar nuevos que dejen o no otras huellas a seguir. Esto sucede sobre todo en los llamados “géneros secundarios”, al decir de Bajtín, entre los que la literatura tiene una densidad notable en estas cuestiones. El proceso de combinaciones tiene sentido en sí y supera la esquemática relación binaria de fondo y forma, elementos por otra parte interdependientes en términos semiológicos, sociales, culturales y estéticos.

A pesar de tu justificación, que (por decirlo de algún modo) subordina la forma al contenido, yo quisiera saber más. Puntualmente esto: si tanto para Platón (cuya senda no seguíste) los poetas eran peligrosos para los ciudadanos porque les presentaban seductores fantasmas alejados de la verdad (de la Idea), y si también Epicuro advertía en la poesía un obstáculo para comunicar la verdad fundamentalmente por la ambigüedad de su lenguaje, ¿cómo fue, Lucrecio, que te liberaste de estos recelos?, ¿cómo es que preferiste seguir en estas cosas a Hesíodo y a los presocráticos Jenófanes, Parménides y Empédocles?, ¿solo por la consigna de *docere et delectare*? Hay lectores que no lo creen.

A estas sospechas de gato encerrado se suma el hecho de que algunos estudiosos de tu obra ven imposible confirmar tu absoluta fidelidad a las ideas de Epicuro, sobre todo porque no contamos con ninguna obra suya completa. ¡A estas alturas la senda se vuelve compleja! Por ejemplo, Francisco Socas (traductor de tu poema y responsable de las notas en la edición de Gredos) señala en su introducción que “el atomismo, punto central de la física epicúrea, al depender casi por completo de los venerables Leucipo y Demócrito, facilitó a Lucrecio la tarea de fundir epicureísmo y tradición presocrática. Pero su mentor ideal fue sin dudas Empédocles”. Te copio esto, sobre todo, porque me gusta la idea de “fundir”. También Agustín García Calvo (en su introducción a la edición de Altaya) elige este término/concepto: “el aliento poético y la pasión científica se funden hasta ser una misma cosa”. Es que (tal como fue siendo entendida a partir de la idea de *poesía* como *creación*, como la pensaron ustedes los antiguos, primero los griegos) la literatura ha permitido más que ningún otro tipo de discurso la mezcla de géneros, en sus tres constituyentes: temas, estilos y composiciones. Puede fundirlos al infinito, y junto con ello la escritura y la significación se vuelven otras; los conceptos de “conocimiento” y “verdad”, también. En relación con esto, lejos de ser un problema, la ambigüedad del lenguaje contra la que prevenía Epicuro sería potencia y fortaleza, condición de posibilidad.

Sabemos que en el siglo V a. C. Empédocles compuso *Sobre la naturaleza*, poema del que se conservan algunos versos. Su intención parece que fue nomás explicar el mundo a partir de un conjunto acotado de principios. Socas señala puntos en común entre los textos de ustedes. Y después de mencionar otros lazos entre tu poema y los de otros poetas, filósofos e historiadores, concluye: “Lucrecio no fue un ingenio lego. En su poema se refleja una vasta cultura literaria que no es exclusivamente filosófica. En el contexto del poema, la entonación didáctica, fría y objetiva se ve interrumpida, a veces muy bruscamente, con otras de carácter épico, trágico o satírico”. Imagino tu texto como memoria discursiva de tu tiempo –¿estás de acuerdo?–, una memoria que se ocupa de fundir lo que hay, para dar lugar a algo nuevo. No se trata, entonces, solo de repetir con lenguaje claro o atractivo para difundir o enseñar, ni de una suma de partes o estilos de distinta naturaleza cuyo valor esté en cada cosa. Se trata de un cuerpo de escritura nuevo, con unidad propia, que surge de una recombinación de lo dado. Releo ahora a Jean Bayet (cuyo libro *Literatura latina* era de lectura obligatoria cuando yo estudiaba en el Joaquín

V. González, hace años), quien en ese sentido dice sobre *De rerum natura*: “Por bellos que sean [algunos] cantos (la invocación a Venus, el treno por la muerte de Ifigenia, la descripción del cortejo de Cibeles, etc.) la continuidad misma del poema es aún más bella”. García Calvo también corre lo poético de lo obvio y lo lee “en los trechos [...] más prosaicos [...], en la formulación de visión científica y en la cadena de razonamientos”.

El poeta doctus (sabio), figura que encarnás, mezcla, combina y hace con lo leído su propio material. ¿Operaría un texto así (digo, tu poema/memoria) como una especie de biblioteca-aleph de la tardía República, en la que se escenifica la conversación con Homero, Eurípides, Tucídides, Calímaco... y también con Epicuro?

Hasta acá la primera inquietud que me suscitaba la pregunta de Chartier (“... qué lugar ha tenido lo escrito en el intercambio de saberes...”): vos como lector; el lugar de lo leído en tu poema. La segunda tiene que ver con el lugar de tu escrito en escritores que vinieron después. Tomo a Jorge Luis Borges, increíble escritor nuestro.

Supongo que él habría reconocido tu poema como un aleph, un punto que contiene todos los otros puntos (como ocurre en su cuento “El Aleph”), como una suma discursiva en su unidad: un texto que contiene todos, un enunciado que contiene todos los géneros, que empalma sendas y abre otras. Justamente, asociaba la idea de originalidad a las combinaciones y, por supuesto, le gustaban las contracciones y las síntesis como totalidad.

Borges te leyó. A veces, te incluye en sus textos explícitamente; otras, con referencias veladas. Algunos estudiosos te buscan en su obra.¹³ Rubén Florio, por ejemplo, muestra a través de sus hallazgos el “grado de conocimiento y de valoración que el autor argentino tuvo sobre las especulaciones filosóficas del poeta romano”. En este empeño, Florio rastrea también huellas de otros autores leídos por Borges, que lo habrían acercado a vos: entre otros, Virgilio, Marcel Schwob con sus *Vies Imaginaires* (1896), entre las que te incluye, o Miguel de Unamuno con *Del sentimiento trágico de la vida* (1912). Florio advierte que Borges te conoció en su etapa de consolidación intelectual, es decir, en las décadas de 1930 y 1940, y te encuentra, justamente, en “El Aleph” y en “Deutsches Requiem”. Entre otros textos, también en su poesía: “Las causas” (1977, *Historia de la noche*) y “Al hijo” (1964, *El otro, el mismo*).

Te copio dos fragmentos que Florio toma de Borges. En uno aparecés mencionado; en el otro, aludido. El primero (de 1944) es del prólogo que escribe para *Bartleby*, de Melville: “Tal es el universo de Moby Dick: un cosmos (un caos) no solo perceptiblemente maligno, como el que intuyeron los gnósticos, sino también

13 Te paso un par de links: Bauzá, Hugo. “Los autores latinos en la biblioteca de Jorge Luis Borges”. *nova tellvs*, 301, 2012: <https://revistas-filologicas.unam.mx/nouatellus/index.php/nt/article/view/410> (acceso: marzo de 2021); Florio, Rubén. “De Lucrecio a Borges y Estaciones Intermedias”, *Auster* (16), 2011: <http://www.auster.fahce.unlp.edu.ar/> (acceso: marzo de 2021).

irracional, como el de los hexámetros de Lucrecio”. El segundo es de “La flor de Coleridge” (que se publicó en 1945 en el diario *La Nación* y en 1952 en *Otras Inquisiciones*): “En el orden de la literatura, como en los otros, no hay acto que no sea coronación de una infinita serie de causas y manantial de una infinita serie de efectos [...]. Más increíble que una flor celestial o que la flor de un sueño es la flor futura, la contradictoria flor cuyos átomos ahora ocupan otros lugares y no se combinaron aún”.

Las combinaciones... En estas citas encuentro las claves no solo de los intereses de Borges como tu lector o de las combinaciones que su propia escritura realiza, sino más bien de la articulación entre ambas cosas: las claves de las combinaciones entre lo que lee y lo que escribe. Borges lee la “irracionalidad” de tus hexámetros (en la estructura regulada y exacta) y la posibilidad infinita de seres futuros en la recombinación imprevisible de átomos, y los constituye como materiales de su escritura o como mecanismos de producción.

Entonces, releo su *El libro de los seres imaginarios* como respuesta al Libro V de tu poema. Primero, a tus argumentos sobre que los animales fabulosos no existen, en correspondencia con lo que desplegaste en los otros libros de tu *De rerum natura* para explicar el mundo como materia, contra las fantasías y los miedos religiosos.¹⁴ A lo largo del quinto mostrás tanto que el mundo nació como que su fin sucederá tal como el del resto de las cosas, y que la aparición de los cuerpos celestes y de la tierra es ajena a la mano de los dioses. La cosa es que tampoco hay en este mundo desencantado animales fabulosos, aunque, aceptás, la combinación primera de átomos pudo haber dado bestias heterogéneas que no sobrevivieron (V, vs. 837-854), y las combinaciones futuras (como te retoma Borges en “La flor de Coleridge”) podrían traer resultados asombrosos.

Para mí que *El libro de los seres imaginarios* elige esa concesión. No es que Borges pensara que realmente existían dragones, elfos o sirenas, ni que fueran reales los seres soñados por Kafka, Poe, Swedenborg o C. S. Lewis. Pero su (digamos) *moderno bestiario* cuestiona un modo de pensar la literatura y la relación que esta establece con el mundo: Borges desprecia el realismo literario de su época y, en general, los discursos afirmativos de la verdad (me acuerdo ahora de “La muerte y la brújula”, cuando el detective Lönnrot rebate al comisario Treviranus su explicación para resolver un crimen: “Posible pero no interesante –respondió Lönnrot–. Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante. Yo le replicaré que la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no

14 Fijate, Lucrecio, por favor, si lo resumo bien para nuestros futuros e imaginarios lectores. En los dos primeros libros explicás los principios de la física epicúrea (materia y vacío, los átomos y sus movimientos); en el tercero y el cuarto retomás los fundamentos de la psicología materialista (el alma y las sensaciones como materia); en el quinto te ocupás del mundo y de los seres que lo habitan; y en el sexto, de los fenómenos del mundo: cerrás con la descripción de la terrible peste de Atenas y la explicación de sus causas, que nada tienen que ver con dioses.

las hipótesis”).¹⁵ En el artículo dedicado al centauro, te menciona y de algún modo te replica. Vos explicabas:

[...] ni existieron Centauros ni en ningún momento pueden vivir seres de doble naturaleza y cuerpo doble, compuestos de miembros heterogéneos, de modo que sus facultades estén lo bastante equilibradas, habiendo nacido de una y otra raza. La más obtusa inteligencia podrá comprenderlo por lo que sigue: en primer lugar, un brioso caballo alcanza su lozanía cumplidos ya los tres años; no así un niño, pues a esta edad aún busca a veces entre sueños los pechos que lo amamantaron. Después, cuando en el caballo flaquean por la vejez la fuerza y la energía, y le fallan los miembros lánguidos al escaparse la vida, para los niños solo entonces empieza a abrirse la flor de su mocedad y un tierno bozo les viste las mejillas. No creas, pues, que los Centauros puedan nacer o existir por el cruce de un hombre con el semen de los caballos [...] (V, vs. 878-893).

Borges comienza con lo que, entendido como respuesta a lo tuyo, sería una contraproposición:

El Centauro es la criatura más armoniosa de la zoología fantástica. “Biforme” lo llaman las Metamorfosis de Ovidio, pero nada cuesta olvidar su índole heterogénea y pensar que en el mundo platónico de las formas hay un arquetipo del Centauro, como del caballo o del hombre.

Luego recorre datos y hechos, fuentes (desde Homero a Rubens –pintor del siglo XVI–, te resumo para que te des una idea de la abarcadora lista), escritos del imaginario sobre el que se sostiene su criatura. Y para cerrar su texto refiere tu argumento en contra de la combinación humano/animal:

En el quinto libro de su poema De rerum natura, Lucrecio afirma la imposibilidad del Centauro, porque la especie equina logra su madurez antes que la humana y, a los tres años, el Centauro sería un caballo adulto y un niño balbuciente. Este caballo moriría cincuenta años antes que el hombre.

Te replica, es decir, te imita y te desajusta en una síntesis concisa, efectiva. Desde el lugar de privilegio de final del texto, tu negación del centauro se pone en serie con la lista de las imágenes referidas para afirmarlo. ¿Entonces, qué? ¿Un remate contradictorio? Mejor parece pensar que el escrito de Borges retoma lo fantástico

15 Te paso esta referencia, Lucrecio, porque vale la pena que encuentres este cuento y lo leas: “La muerte y la brújula” está en *Ficciones* (1944). Lo tomo de las *Obras completas* (1923-1972), de Borges, publicadas en Buenos Aires por Emecé. Ahí, el cuento está en la página 499.

de tu razonamiento.¹⁶ Con esto refuerza su doble naturaleza, como todo el libro, entrecruzamiento de bestiario medieval, enciclopedia, diccionario fantástico, ensayo a veces, cuento otras: es decir, literatura moderna definida, entre otras cosas, según cómo se posiciona frente a la racionalidad y a los géneros distribuidos en torno al conocimiento o a la imaginación. La combinación irracional como principio constructivo da unidad a lo nuevo. ¡Un texto armado como el centauro! Partes que, reunidas, conforman otra cosa.

Una forma discursiva tiene que ver siempre con una manera de entender y de decir el mundo, de intervenir en él. Frente a la idea de que los discursos del saber van por una senda y la literatura por otra, Borges los combina. Para llegar a esto, no rivaliza con vos: te imita.

Jerome Bruner es un psicólogo cognitivista que replantea los estudios de los procesos mentales cuando incluye en ellos los actos de la imaginación. Al final del capítulo III, “Castillos posibles”, de *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, pone tu escrito en el punto de intersección de las dos modalidades de pensamiento que vino describiendo hasta ahí (una: la narrativa, imaginativa, propia de la literatura y las humanidades; la otra: la paradigmática o lógica científica, explicativa), aun en la irreductibilidad de cada una:

*¿Qué diremos, finalmente, sobre la relación entre las ciencias y las humanidades? ¿Qué diremos sobre De rerum natura de Lucrecio? ¿Un poema sugestivo pero un mal tratado de física? Si la elaboración de hipótesis es parte de la física, bien, el poema de Lucrecio está lleno de hipótesis interesantes, originales y, con el tiempo, falsables. Su poder evocador como poema proviene precisamente del fértil terreno de metáforas del que se nutre, de modo que nosotros podemos leerlo hoy como una perspectiva metafórica sobre el mundo de la naturaleza.*¹⁷

¿Tal perspectiva tuya, metafórica, podría poner en cuestión el concepto mismo de “verdad”? ¿Entre perspectiva y objeto entablarían un juego que abre el binomio de lo verdadero y lo falso en un triángulo? Y acá me ayuda Barthes: “La contradicción de los términos pierde fuerza [...] por el descubrimiento de un tercer término,

16 Tomo la idea de la condición fantástica del razonamiento de Lisa Block de Behar, quien, a propósito de los puntos de contacto que establece entre Borges y Bioy Casares, dice: “No está de más una categoría poética pensada a partir de ‘la imaginación del conocimiento’ en la obra de Borges, un imaginario que, por recursos literarios diferentes a los de Bioy, llega a consumir una aniquilación similar. Aquí lo fantástico está, más que en los hechos que se narran, en el razonamiento”. En “Borges y Bioy Casares. Versiones y diversiones de una confesada confabulación literaria”, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/borges-y-bioy-casares-versiones-y-diversiones-de-una-confesada-confabulacion-literaria/html/756f492f-fe42-4917-a01f-a5e0fa38f8b5_7.html#I_0_.

17 Lo tomo de la edición de Gedisa de 1999, página 62.

que no es un término de síntesis sino de *deportación*: todo regresa, pero regresa como Ficción, es decir, en otro nivel de la espiral".¹⁸

¿Como el centauro? Creo que, considerado como escrito, tu *De rerum natura* conforma para Borges esa senda de la espiral. No como conjunto de ideas ni tampoco de convenciones. Más bien el centauro –“monstruo sonoro”, según ve Victor Hugo a tu poema–, como conocimiento y verdad, provee, a quienes lo sigan, la fantástica lógica de las combinaciones.

Hasta acá cavilo hoy, maestro. Te saludo con admiración y quedo a la espera de releerte.

Martina López Casanova

18 Otro libro para leer: Barthes, Roland. *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Kairós, 1978.

Carta octava

Carta-cuento a Lucrecio*

A Rubén Florio, en cada átomo-letra

Menalcas: Empieza tú primero, Mopso, si tienes cosas para cantar [...] Títiro mirará a los cabritos mientras pacen.

Mopso: Mejor practicaré estos versos que recién tallé en la corteza verde de una rama y que marqué escandiendo sus alternancias.

Virgilio, Bucólicas V, 10-14.

Titus Lucretius Carus:

Entre los muchos saludos que ensayé para abrir esta carta (“Querido Lucrecio”, “Estimado Tito”, “Lucrecio Caro”, “Caro Titus Lucretius”, o en su vocativo latino “*Tite Lucreti Care*”), elijo este porque combina su nombre auténtico con nuestra fórmula epistolar más familiar. *Titus Lucretius Carus*, es decir, “Tito Lucrecio Caro”, no dista mucho de “Querido Tito Lucrecio”. ¡Y cómo no apodarlo “querido”, “apreciado”, si con sus palabras hizo feliz a mucha gente! ¡Mucha gente! Algunos se encargaron de tomarlas, potenciarlas y eyectarlas hacia regiones impensadas a través de los siglos, los ponientes y las generaciones. Otros las dejaron de lado, pero ellas, poderosas, superaron las murallas del mundo y conservaron su riqueza hasta nuestros días.

No quiero ser obsecuente extendiéndome en elogios ni adulaciones, por lo tanto, me limitaré, en esta hermosa y única oportunidad, a contarle algunas cosas que le diría compartiendo un café a la sombra de un árbol copudo (o un mate, si justo ese árbol es un algarrobo y esa sombra se proyecta sobre suelo argentino). Coincidirá conmigo en que esa posibilidad, en una línea infinita de tiempo,

* Este trabajo se enmarca dentro de mis actividades como becario doctoral del CONICET.

debería llegar a producirse. Pero como no puedo esperar tanto, usando una metáfora que le gustaría, dejaré que estas letras se ocupen de materializar el momento; momento en el que usted acaba de agarrar el mate, lo examina por todos lados, toca los palos de la yerba que han quedado en la superficie y traza círculos con la bombilla.

La primera vez que escuché sobre su obra fue en una clase de Cultura Clásica, en la carrera de Letras de la Universidad Nacional del Sur. La profesora, María Luisa –ahora mi directora de doctorado–, dictando una clase sobre la *Eneida*, mencionó el *De rerum natura* (en adelante, *DRN*) entre las principales obras que admiró y emuló el poeta Virgilio, quien, según una noticia dudosa del escoliasta Donato,¹ cumplía quince años el día en que usted moría. Curiosamente, varios años después, me encuentro estudiando, bajo la dirección de María Luisa, la codirección de Gabriela Marrón y el acompañamiento de un valioso equipo de investigación, algunos aspectos de la “relación intertextual” entre la *Eneida* y su poema sobre la naturaleza. Con esta categoría moderna me refiero al modo en que Virgilio se dejó influir² por su obra, al leerla e interpretarla, para luego, por motivos de homenaje, conveniencia, refutación o beneficio (entre otros), reescribir su texto en el suyo mediante alusiones directas, indirectas o intermedias. Este procedimiento no es sencillo, pues las razones que mueven a un autor a acoger en sus creaciones palabras o ideas de otros no son fáciles de desentrañar y, muchas veces, cuando los lectores acuerdan que una referencia es identificable, no existe consenso sobre los motivos de su utilización. En verdad, no sé cómo me atrevo a explicarle a usted este tipo de fenómenos de teoría literaria, pues su conocimiento sobre el diálogo entre textos, muy probablemente, es similar o mejor que el nuestro. Pues ¡usted mismo dialoga con otros autores que lo precedieron! Y su dominio de la intertextualidad es tan contundente, que aún hoy se siguen formulando hipótesis sobre las voces o fuentes que interactúan en su poema. Espero que me entienda, no quiero “explicarle”, sino actualizarlo sobre uno de los campos de estudio en los que se concentra actualmente la filología interpretativa, entre otras ramas de la crítica literaria. Para ilustrarle un poco las preguntas que nos hacemos hoy, cuando analizamos un texto de su época, tomemos, por ejemplo, la invocación a Venus que inicia su poema:

*Áeneadúm **genetríx**, hominúm divúmque volúptas
álma **Venús**...*³ (1, 1-2)

Madre de los Enéadas, **placer** de dioses y hombres, **Venus** nutricia...⁴

1 Cfr. Soler Ruiz (1990: 15-20, esp. n. 18).

2 Cfr. Martínez Bermejo (2017: 4).

3 Citamos siempre la edición de Bailey (1947). En algunas citas latinas, añadimos tildes para marcar la acentuación métrica.

4 Todas las traducciones latinas y de textos críticos en lengua extranjera me pertenecen.

¿Qué hay de original y qué hay de reescritura allí? Si atendemos a una nota de Merrill,⁵ en esos versos pueden leerse también, como en un palimpsesto, los *Anales* del poeta Ennio, ese a quien usted tanto admiraba y llamaba “nuestro Ennio” (1, 117), por contribuir a la fundación literaria de Roma. Específicamente, se ve la plegaria que Ilia (o Rea Silvia, madre de Rómulo y Remo) dirige a Venus, antes de ser arrojada al río Anio (*ann.* 58):

*Te tsaneneta precor, Venus, et genetrix patris nostri...*⁶
A ti te ruego, bien nacida **Venus** y **madre** de nuestro padre [Eneas]...

¡Y qué poco difiere *genetrix patris nostri* (“madre de nuestro padre”) de *Aeneadum genetrix* (“Madre de los Enéadas”)! Parecería que usted leyó al revés el verso de Ennio y lo invirtió en el *DRN*, conservando el uso del genitivo utilizado, para aludir a Eneas (*patris nostri*), pero adaptándolo a los descendientes del héroe (*Aeneadum*). La lectura en espejo, además, coincide con la presencia de dioses (*Venus*)⁷ y hombres (Ilia, quien pronuncia la rogativa: *precor*), como ocurre con *hominum divumque* en su primer verso. También, más adelante, en los *Anales* (8, 284), la descripción de un retrato, que algunos han identificado con un *alter ego* de Ennio, dice:

... *Multorum ueterum leges diuomque hominumque...*
... leyes de muchos hombres antiguos y **de dioses y hombres...**

Fórmula que, aparentemente, coincidiría con el segundo hemistiquio del *DRN* (... *hominum divumque voluptas*), y que se repite también en los fragmentos 129 y 130 de los *Anales*, de ubicación incierta: *diuomque hominumque pater, rex* (“padre y rey **de dioses y de hombres**”); *patrem diuomque hominumque* (“padre **de dioses y de hombres**”). Estas coincidencias, tanto léxicas como fónico-estilísticas,⁸ podrían advertir un caso puntual de lo que hoy llamamos intertextualidad. La filología interpretativa buscaría, basándose en las reconstrucciones textuales de la filología textual, primero, aproximarse a esos versos en su lengua original, indagando sus niveles morfológico, léxico y sintáctico. Segundo, establecería hipótesis de lectura mediante la profundización en el nivel semántico, es decir, en el análisis de los sentidos que activa el lector.⁹ Luego, enriquecida por el aporte de

⁵ Merrill (1918b: 135). En cambio, para Skutsch (1985: 210), la filiación sería un poco forzada.

⁶ Seguimos la edición de Skutsch (1985).

⁷ Una conjetura reciente reemplaza *saneneta* por *Ioue nata*, “nacida de Júpiter”, cfr. Mastandrea & Arrigoni (2014).

⁸ Lucrecio toma las palabras de Ennio en su misma función sintáctica. A su vez, las coloca en el primer verso del *DRN* en el mismo orden y posición que el v. 284 de *Anales*, con lo que recrea, en consecuencia, la sonoridad de los versos de Ennio.

⁹ Recuperamos las nociones teóricas de Edmunds (2001: 1-18), quien entiende la filología interpretativa como el resultado de la confluencia de dos modelos de aproximación al texto

teorías literarias recientes,¹⁰ intentaría analizar las coincidencias y disidencias entre su texto y el de Ennio, para luego desentrañar los fundamentos de la alusión.

El análisis de la recepción entre una fuente anterior y una posterior no solo tiene implicancias para la fuente receptora, sino para ambos textos, pues en su estudio se formulan nuevas preguntas o se recuperan aspectos olvidados o marginados de la fuente antigua.¹¹ Por ejemplo, cuando se trata de una obra tan leída y analizada como la suya, existe la posibilidad de que la tradición exegética haya contribuido, retrospectivamente, a la (re)construcción crítica de la obra de Ennio. Sobre esta presunta intencionalidad suya de aludir a Ennio deberíamos detenernos con cuidado y revisar qué ha dicho la crítica literaria al respecto. Porque, aun si yo le preguntara ahora cuál fue el motivo –si lo hubo– para entablar ese diálogo, su respuesta no agotaría el asunto; los sentidos que genera un texto, la mayoría de las veces, se actualizan en los receptores y escapan a su autor. Sin embargo, creo que ahora no viene al caso seguir indagando en el asunto, baste con observar las coincidencias citadas. De cualquier modo, antes de recurrir a la bibliografía, pensaría que usted decidió aludir a esas dos líneas de Ennio, en el vestíbulo de su obra, para rendirle homenaje a quien consideraba el padre de su literatura. Primero, creería que escogió el citado verso 58 por su igualdad temática y genérica: se trata de una plegaria a Venus. Luego, porque allí se conjugan los dioses y héroes míticos fundadores de Roma: Venus, Eneas e Ilia (y, por correlato, Rómulo y Remo).¹² Por otro lado, sería lícito pensar que *divumque hominumque* resulte de una selección azarosa de palabras, porque ¿cuántas veces Homero y otros tantos escritores han invocado a Zeus –o Júpiter– utilizando el epíteto “padre de dioses y hombres” o expresiones similares?¹³ Asimismo, ¿cuántos testimonios escritos, anteriores a su poema, que contengan la expresión *Venus genetrix* se habrán perdido en el decurso de la historia? No lo sabemos. En efecto, Lucrecio, es posible que no se pueda escarbar más en el pasado, pero unas tres décadas después, el eco de sus palabras –u otras más lejanas, incluidas las de Ennio– resuena repetidas veces en la *Eneida* de Virgilio:

‘Áeneán hominúm quisquám diuúmque subégit...’ (10, 65)¹⁴
“¿Quién de los dioses o de los hombres obligó a Eneas...?”

clásico; por un lado, el nivel textual, por otro, el nivel semántico o interpretativo.

10 Principalmente, las propuestas dedicadas al análisis intertextual, desarrolladas por Kristeva (1967), Genette (1982), Jauss (1982) y Conte (1986), entre otros.

11 Hardwick (2003: 4).

12 Y, si se admite *Ioue nata* (cfr. n. 6), también Júpiter.

13 Baste mencionar, entre otros, algunos ejemplos en la *Iliada* (2, 679; 5, 426; 8, 49; 132; 20, 56; 22, 167), en la *Odisea* (1, 28; 18, 137) o en *Hesíodo* (*Th.* 47; 457; 468).

14 Citamos siempre la edición de Conte (2009).

tértius ille **hominúm diuúmque** intérpres Asílas... (10, 175)

En tercer lugar, Asilas, el famoso intérprete **de hombres y dioses**...

‘... mé natám nullí ueterúm sociáre procórum

fás erat, ídque omnés **diuíque homínésque** canébant...’ (12, 27-28)

“... no me era lícito unir a mi hija con alguno de sus antiguos pretendientes, y eso cantaban todos, **dioses y hombres**...”

‘... túne ille Áeneás, quem Dárdanió Anchísae

álma Venús Phrygií genuít Simoéntis ad úndam?...’ (1, 617-618).

“... ¿No eres tú aquel Eneas a quien, del dardanio Anquises, engendró la **nutricia Venus**, junto a las aguas del Simunte frigio?...”

Hasta aquí, Lucrecio, usted venía asintiendo y sonriendo levemente, mientras le cantaba, entornando esa mirada oscura e intemporal, tan profunda como la de quien pudo contemplar el universo entero. Sin embargo, cuando le canté el último verso, algo lo inquietó y movió un poco la cabeza, como si una chispa, encendiendo su memoria auditiva, hubiera excitado el movimiento. Lo miro, pero dilata un poco los labios y su porte se mantiene altivo. Hago como que entiendo, devuelvo apenas la sonrisa, pero en mi mente vuelvo a cantar el verso, remarcando bien los acentos métricos:

álma Venús Phrygií renuít Simoéntis ad úndam

¿Qué lo habrá impresionado, Lucrecio?, pienso. Vuelvo a recitar en mi cabeza este verso, pero ahora superpongo el original lucreciano:

álma Venús caelí subtér labéntia sígna (1, 2)¹⁵

Creo haber comprendido. Virgilio imitó la sonoridad del verso de Lucrecio: además de *Alma Venus*, colocó *Phrygii*, con esa dilatada doble *i* (estableciendo con la segunda la culminación fónica, desde el ascendente tono débil de la primera), donde antes el poeta había colocado *caeli*, con su rotunda vocal final, que marca la cesura del verso. Luego, el grupo *enti*, de *Simoentis*, junto a *ad*, exactamente en el mismo lugar en que Lucrecio ubicó *labenti-a*. ¿Estaré fantaseando por demás? Puede ser. Solo he escuchado –no recuerdo de quién– que Virgilio no solo tenía en su memoria absolutamente todo Lucrecio, sino que, como alejandrino que era, cuidaba cada pieza del verso, por pequeña que fuera, como si... Ahora lo recuerdo y resuena en mi cabeza: fue un profesor, un profesor mío quien lo dijo: “El mejor alejandrino, sin ninguna duda, es Virgilio. Como todo alejandrino, explota lo

15 “Nutricia Venus, que, bajo los astros que se deslizan por el cielo”.

pequeño y lima el verso hasta dejarlo como un instrumento de relojería”. Vuelvo a cantarle a Lucrecio:

... *déflexit partim stringéntia còrpus*

álma Venús. fidum Áeneás adfátur Acháten... (10, 331-332)

... parte los desvió la **nutricia Venus** cuando rozaban su cuerpo. Eneas dice al fiel Acates...

Lucrecio no se inmutó cuando enfatice *stringentia*, ¡ubicada nuevamente por Virgilio en la misma posición en que Lucrecio colocó *labentia*, y a pocas palabras de *alma Venus*! Al cabo de unos minutos de conversación, la causa de su sorpresa volvía a intrigarme. No me dejaba en paz aquel gesto extraño de su cara. Entonces, decidí manipular la conversación para sacarme la duda, procurando insertar la pregunta en el momento indicado.

Muchas veces, Lucrecio, mis lecturas –incluida la de su poema– suelen perderse por derroteros que conducen a callejones sin salida. Uno a veces se topa con trabajos científicos muy serios que invitan a vagar por esos derroteros y, en mi situación de principiante, pueden convertirse en una gran pérdida de tiempo. Sin embargo, admito que deambular por esos caminos me produce un gran placer, una especie de felicidad que ofrece la literatura y, entre tomarla y dejarla, elijo hacerle un lugar en mi corazón. Para ser más claro, hago un paréntesis en la conversación y le comparto algo que me sucedió hace algunas semanas.

El año pasado, a consecuencia de un aspecto que venía trabajando sobre la *Eneida* y de la asistencia casi fortuita a una conferencia virtual dictada por el profesor Francisco García Jurado –sobre el hermetismo en la *Eneida*–, Gabriela Marrón me prestó la edición abreviada del trabajo de un lingüista, Ferdinand De Saussure, que analiza la presencia de anagramas en la literatura clásica. El editor de ese estudio, Jean Starobinski, refiriéndose a uno de los tres cuadernos que Saussure dedica al *DRN*, dice que el lingüista “descubre la presencia obsesiva” del nombre griego de Afrodita (*Aphrodite*) en los primeros 54 versos de la invocación a Venus.¹⁶ ¿Cómo ocurre esa presencia? Por unidades sonoras que, al mismo tiempo que integran palabras, reconstruyen mediante asonancias el nombre *Afrodite* o *Ap(h)rodite*.¹⁷ El análisis de Saussure, ahíto de conjeturas y conceptos creados por él mismo, apunta sobre el comienzo del *DRN* (1, 1-5):

¹⁶ Starobinski (1996 [1971]: 69).

¹⁷ Saussure define con el nombre de “hipograma” la palabra que concentra el tema central de un pasaje –generalmente un nombre propio– y que aparece “puesta debajo” del texto principal (*hypó-grámmatos*), pero reconstruida analíticamente por “sus” fonemas o morfemas, separados entre sí. A medida que avanza su estudio, la denominación varía: “anagrama”, “palabra-texto”, “palabra-tema”, “paragrama”. Un ejemplo sería el hipograma *Pindarus* (Píndaro) en Horacio: **Pindarum** quisquis studet aemulari, / Iulle, ceratis ope Daedala, / nititur **PIN**nis, vitreo **DATuRUS**, / nomina ponto, *carm.* 4, 2, 1-4: “Cualquiera que pretende

<i>Aeneadam genetrix, hOminum DIVumquE voluptas,</i>	A- [fr] ⁻¹⁸ O - DI - [t] E
<i>alma Venus, caeI subTEr labentia signa</i>	[Afrod] - ITE
<i>quae mare naverum, quae terras FRugiferentis</i>	[A] - FR- [odite]
<i>concelebras, per TE quoniam genus omne animantum</i>	[Afrodi] - TE
<i>conciPITur, visITquE exORTum lumina solis</i> ¹⁹	[Af] - RO - [d] - IT - [e]

Según el lingüista, el anagrama se repite diez veces más, hasta el verso 54 del proemio.²⁰ Perplejo, expresa Starobinski: “Todo ocurre, pues, como si el poeta hubiera querido, en el acto mismo de la composición, demostrar una fecundidad, una potencia productiva cuya fuente sería el nombre de Afrodita”.²¹ Es allí donde Starobinski se pregunta si “Saussure no llegaría a creer que Lucrecio restablece, más o menos conscientemente, la motivación religiosa primitiva del hipograma”.²²

A partir de aquí puse el pie en el primer derrotero sin salida. ¿A qué se refiere Starobinski con “la motivación religiosa primitiva del hipograma”? Entonces, revisando un poco, encontré la respuesta. El editor se pregunta si Lucrecio no estaría recurriendo a un método antiguo de versificación, que Saussure cree descubrir en la poesía latina, preferentemente epigráfica, compuesta en verso saturnio (el más antiguo de los metros latinos). Los poetas, en composiciones destinadas a ocasiones especiales (homenajes, ritos funerarios, fiestas) y como producto de su voluntad ordenadora, trataban de “subrayar un nombre, una palabra, afanándose por repetir sus sílabas”.²³ Según Saussure, generalmente, la secuencia fónica de uno o varios versos reproduce, de manera “anagramatizada”, el nombre de un dios (como en el caso de Afrodita), un héroe o una persona homenajeada.

Pero la cuestión no termina con las repeticiones de sonidos o aliteraciones que evocan nombres propios o palabras claves. El lingüista cree haber descubierto algo más, y es aquí donde puse el segundo pie en el callejón de la perdición, estimado Lucrecio. Dice Saussure:

... he llegado a la clave del [verso] saturnio, cuya complicación es distinta de lo que uno se figuraba. Todo el fenómeno de la aliteración (y también el de las rimas) que observaba en el saturnio, no es sino una parte insignificante de un fenómeno más general, o más bien absolutamente total.

imitar a **Píndaro**, oh Julo, se apoya sobre alas similares a las que Dédalo pegó con cera, y está destinado a nombrar un mar, transparente como el vidrio”.

18 Los corchetes, excepto indicación en contrario, me pertenecen.

19 “Madre de los Enéadas, placer de dioses y hombres, nutricia Venus, que, bajo los astros que se deslizan por el cielo, pueblas en masa el mar, repleto de naves, y las tierras fructíferas. Pues por medio de ti es creada toda especie de animales y se asoma a contemplar la luz del sol”.

20 Cfr. Starobinski (1996 [1971]: 69-86).

21 *Ibíd.*: 69.

22 *Íd.*

23 *Íd.*

La totalidad de las sílabas de cada verso saturnio obedece a una ley de aliteración, de la primera sílaba a la última; y sin que una sola consonante –ni tampoco una sola vocal– ni tampoco una sola cantidad de vocal, no sea escrupulosamente tomada en cuenta. El resultado es tan sorprendente que uno se pregunta ante todo cómo los autores de estos versos (en parte literarios, como los de Andrónico y Nevio) podían tener el tiempo de librarse a semejante quebradero de cabeza: pues el saturnio es un verdadero juego chino, incluso fuera de todo lo relacionado con la métrica.²⁴

Porque, para el lingüista, el verso saturnio está regido por una ley de apareamiento y una ley de compensación. Según la primera, a cada unidad vocálica y consonántica le corresponde su contravocal y su contraconsonante. De modo que, por cada verso, debe aparecer necesariamente un número par de vocales y de consonantes, por ejemplo: 2 *ā* (dos a breves), 4 *ā* (cuatro a largas), 6 *ē* (seis e breves), 4 *ē* (cuatro e largas), 2 *m* (dos *m*), 8 *d* (ocho *d*), u otras variantes cualesquiera, pero siempre manteniendo la paridad. En caso de que el apareamiento no logre producirse en un verso (porque el número de sílabas es impar o por cualquier otro motivo), conforme a la segunda ley, las unidades deben compensarse en los versos siguientes. Y, como última ley, Saussure cree descubrir que

... en las inscripciones, siempre hay un residuo consonántico [...] buscado, destinado a reproducir las consonantes del TEMA inicial, escrito en abreviación en el caso de los nombres propios, y con todas las letras en los demás. [...] Así, suponiendo el TEMA, o lo que significa casi lo mismo, el TÍTULO: *Diis Manibus Luci Corneli Scipionis Sacrum*, es necesario que la pieza de poesía deje libres, es decir, en número total IMPAR, las letras D.M.L.C.S..²⁵

Starobinski no ofrece un ejemplo que reúna estas tres leyes, aunque anota que “la teoría revestirá una forma más completa en un texto largo, cuidadosamente pasado en limpio, que ocupa un cuaderno escolar (desprovisto de su cubierta) titulado *Primer cuaderno para leer previamente*”.²⁶ Sin embargo, el editor cita los dos versos finales de un epitafio escipiónico dedicado a Cornelio Lucio Escipión Barbado, en los que Saussure observa, primero, un “verso anagramático” –cuya palabra oculta es *Scipio* (Escipión)–:

Taurasia CĪsauna SamnIO cēPĪt, S - CĪ (cē) - PĪ - ĪO

²⁴ *Ibíd.*: 21.

²⁵ *Ibíd.*: 24.

²⁶ *Ibíd.*: 25. Este cuaderno de anagramas, ubicado en una caja de la Biblioteca Pública y Universitaria de Ginebra, bajo la signatura *Manuscrito francés* 3963, habría sido pensado para publicarse (*ibíd.*: 9-10).

contarle, Lucrecio, que las leyes de apareamiento y compensación me trasladaron directamente a un famoso pasaje de su poema. En específico, recordé dos aspectos del libro segundo, inherentes a la física atómica y correlacionados. La premisa principal del pasaje (2, 522-580) es que el número de átomos que comparte una misma estructura es infinito, aunque exista una cantidad finita de formas.³¹ De allí se desprende, en primer lugar, el principio epicúreo de *tributio aequalis* o distribución equilibrada de elementos en el universo: como las combinaciones atómicas son fruto del azar, se supone la existencia de un número igual de individuos de una misma especie, aunque distribuidos por el mundo de manera desigual.³² Por ende, muchas veces ocurre que una especie animal resulta común en una región, pero atípica en otra. En efecto, para la física epicúrea, si no fuera infinito un mismo género de materia, existirían especies únicas y exclusivas, sin su pareja o su semejante (*unica res quaedam nativo corpore sola, / cui similis toto terrarum <non> sit <in> orbi*, 542-543), creadas por átomos dispersos en el mundo. Así, tanto la dispersión como la finitud de los átomos imposibilitarían la unión atómica y, en consecuencia, sería imposible el engendramiento, la nutrición y el crecimiento de una especie. Por lo tanto, ¿no sucede lo mismo con las distintas letras en el verso saturnio, que, según Saussure, más allá de su disposición, gracias al apareamiento y a la compensación, mantienen el equilibrio del conjunto?

En segundo lugar, la infinitud cuantitativa de las distintas especies de átomos evita que las fuerzas de creación se impongan sobre las fuerzas de destrucción y viceversa:

Y por eso, las fuerzas destructoras no pueden prevalecer para siempre ni sepultar en la eternidad la salvación de las cosas, ni tampoco las fuerzas generadoras y desarrolladoras de la naturaleza pueden conservar perpetuamente las creaciones. Así, en combate equilibrado, se produce la guerra contraída desde tiempo infinito entre los principios primeros. Ora aquí, ora allí, vencen las fuerzas vitales de la naturaleza; luego, son igualmente destruidas. El llanto fúnebre se combina con el que elevan los bebés al contemplar las riberas de la luz: ninguna noche siguió al día, ninguna aurora a la noche, que no oyera, mezcladas con dolorosos vagidos de niños, las lágrimas que acompañan la muerte y el triste funeral (Lucr. 2, 569-580).

en el tiempo únicamente [y solo] es mensurable en una sola dimensión', y, por otro lado, a propósito del Saturnio, 'el anagrama invita al lector no ya a una yuxtaposición en la consecutividad, sino a [...] amalgamar [sílabas] fuera del tiempo como podría hacer[se] con colores simultáneos'. Lo cierto es que el anagrama se presenta como un verdadero *escándalo estructural* que a la vez pulveriza los fundamentos teóricos de la ciencia del lenguaje y pone en crisis el esquema clásico de la comunicación verbal" (Bravo, 2012: 4; los corchetes y las itálicas pertenecen a la fuente citada).

31 Cfr. Lucr. 2, 522-531.

32 Cfr. Lucr. 2, 532-535 y Valentí-Fiol (1976, t. 1, 194-195, n. 27).

Ahora bien, para el pensamiento epicúreo, como toda la materia que integra el universo, también las fuerzas de generación y disgregación están formadas por combinaciones atómicas en equilibrio infinito. Este comportamiento de los elementos, al ser invisible al ojo humano,³³ no es fácil de advertir. Pero usted, Lucrecio, versos más adelante (688-699),³⁴ lo grafica recurriendo a la famosa analogía que compara átomos y letras. Así como las letras del alfabeto (conjunto finito), variando su disposición y cantidad, producen combinaciones diversas y finitas de palabras, también las clases de átomos, por su orden y su número, forman diversas combinaciones atómicas (pero no infinitas).³⁵ De manera que todas las palabras están formadas por las mismas letras, y todos los cuerpos por los mismos átomos, aunque combinados de distinto modo. Entonces, si la analogía equipara átomos a letras, me pregunté si usted, justamente, en la composición del citado pasaje sobre el equilibrio universal no pudo haber recurrido al sistema saturnio de versificación que cree descubrir Saussure en composiciones arcaicas. Pues, en definitiva, tanto el verso saturnio como el universo se regirían, supuestamente, por leyes de apareamiento y compensación de letras y átomos. Recordé en ese momento que Dionigi advierte en esos versos una especie de “isonomía en el nivel textual, paralela a la cósmica”, denominada “isonomía estructural” (*structural isonomy*), expresada en los niveles morfológico, estilístico, retórico y semántico.³⁶ ¿Será posible advertir, además, una “isonomía fónica” o, apropiándonos de la terminología de Friedländer que fusiona la noción de átomos y letras,³⁷ una “isonomía atomológica”? Veamos el pasaje escandido:

Nēc sŭpĕrārē qvēŭnt mōtŭs itāqvĕ ĕxītīālēs
pĕrpĕtŭō nĕqvĕ ĩn ĕtĕrnŭm sĕpĕlĭrē sālŭtĕm,
nēc pōrrō rĕrŭm gĕnītālēs āuctīfīcīqvĕ
mōtŭs pĕrpĕtŭō pōssŭnt sĕrvārē crĕātā.
sīc āqvō gĕrītŭr cĕrtāmīnĕ pŕīncīpīōrŭm
ĕx ĩnfīnītō cōntrāctŭm tĕmpōrē bĕllŭm.

33 Cfr. Lucr. 2, 308-332.

34 También en Lucr. 1, 823-826 y 2, 1015-1022. Entre los estudios que han trabajado este tema, destacamos: Dionigi (1988: 22-24), Farrell (2007: 90-91), Hardie (2007: 126-127), Frampton (2019: 55-84) y Florio (2022).

35 Si las combinaciones de letras fueran infinitas, sería admisible cualquier palabra; si las combinaciones de átomos distintos fueran infinitas, existirían seres o formaciones monstruosas (cfr. Lucr. 2, 700-729).

36 Cfr. Dionigi (2008: 31-32). Los opuestos balanceados y compensados que observa son: morfológicos (*superare-superant*); semánticos (*motus exitiales-motus genitales, vagitibus-funus*), alternados en el “nivel visual” del texto; estilísticos (*nunc hic nunc illic*) y retóricos (*nec nox ulla diem secutast neque noctem aurora*), también, mediante el quiasmo morfológico y la alternancia léxica.

37 Friedländer acuñó el término “atomología” para sintetizar la identificación lucreciana de átomos-letras, combinando las palabras átomo y etimología (1941: 16-34).

nūnc hīc nūnc illīc sūpērānt vītālīā rērūm
ēt sūpērāntūr itēm. mīscētūr fūnērē vāgōr
qvēm pūērī tōllūnt visētēs lūminīs ōrās;
nēc nōx ūllā diēm nēqvē nōctēm āurōrā sēcūtāst
qvā nōn āudiērīt mīxtōs vāgītībūs āgrīs
plōrātūs mōrtīs cōmitēs ēt fūnērīs ātrī.³⁸

Luego de un cómputo escrupuloso de todas las consonantes y de todas las vocales (considerando largas y breves), fue imposible advertir un patrón de apareamiento, verso a verso, que, como en el saturnio, reflejara una voluntad ordenadora. El caso más paradigmático sucede con la *ū*, cuya secuencia, desde el primer al último verso del pasaje, es 2+2+1+2+1+1+2+2+2+2+0+2, por lo que resulta impar su cantidad total (19). Según Saussure, el fonema, junto con los otros que aparecen en número impar, al no estar compensado, participaría del remanente formador de una palabra-tema (si fuera una inscripción en verso saturnio, correspondería al nombre de un dios o al de una persona homenajeada). Empero, es tan amplio el conjunto de restos vocálicos y consonánticos impares (*ā, ē, ō, ū, ū, ā, l, p, c, g, h, s, t, v; au*), que difícilmente pueda hallarse allí algún tipo de mensaje anagramatizado. A pesar de estas inconsistencias, si se deja de lado el apareamiento verso a verso, el cómputo demuestra que, a la isonomía estructural señalada por Dionigi, puede añadirse una “isonomía atomológica”, tanto consonántica como vocálica, pues:

- El número total de consonantes pares (*b, d, n, f, x, m, q, r*) iguala al de las impares (*l, p, c, g, h, s, t, v*).
- El número total de vocales pares (*ē, ĭ, ī, ō*) se acerca al número total de las impares (*ā, ē, ō, ū, ū, ā*).
- Los diptongos que aparecen son *ae* y *au*: *ae* es par (4 veces), *au* es impar (3 veces).

El balance puede verse, también, en la igualdad de repetición de letras distintas:

- Llamativa igualdad de *ī* (20) como de *ī* (20); como sucede con *m* (20) y *o* (20).
- El número total de *r* (38) se acerca al de *t* (39).
- *ē* y *n* aparecen 30 veces.
- *c* y *ū* 19 veces.
- *ā, l, y p* 15 veces.

38 Como Saussure, contamos también las vocales elididas por sinalefa y mantenemos la grafía *v* para *qu* (interviniendo la edición de Bailey para facilitar la lectura). Las transacciones *ē = ĭ*; *ō = ū* no son tenidas en cuenta porque no centramos el análisis en el apareamiento por verso, sino en la paridad o “imparidad” totales de cada fonema (cfr. Starobinski, 1996 [1971]: 21-25).

- *f, x y ae* 4 veces.
- *ö y au* 3 veces.
- *b y d* dos veces.

Por último, es interesante que a los distintos tipos de equilibrio estructural (morfológico, estilístico, retórico, semántico, atomológico) pueda añadirse también una “isonomía métrica”, puesto que la cantidad de pies espondeíacos | – | (E = 29) no iguala a la de los pies dactílicos | – U U | (D = 31) tan solo por la mínima diferencia:³⁹

Nēc sŭpĕ rārĕ qvĕ ŭnt mō tŭs ităqvĕ ĕxiti ālĕs	DDEDD
pĕrpĕtŭ ō nĕqvĕ in ăĕtĕr nŭm sĕpĕ lĭrĕ să lŭtĕm,	DDEDD
nĕc pōr rō rĕ rŭm gĕnĭ tālĕs ăuctifi cĭqvĕ	EEDED
mōtŭs pĕrpĕtŭ ō pōs sŭnt sĕr vārĕ crĕ ătă.	EDEED
sĭc ă qvō gĕrĭ tŭr cĕr tăminĕ prĭncipi ōrŭm	EDEDD
ĕx in fĭnĭ tō cōn trăctŭm tĕmpōrĕ bĕllŭm.	EEEEED
nŭnc hĭc nŭnc il lĭc sŭpĕ rânt vĭ tălĭă rĕrŭm	EEDED
ĕt sŭpĕ rântŭr it ĕm. mĭs cĕtŭr fŭnĕrĕ văgōr	DDEED
qvĕm pŭĕ rĭ tō llŭnt vĭ sĕntĕs lŭminĭs ōrās;	DEEED
nĕc nōx ŭllă dĭ ĕm nĕqvĕ nōctĕm ău rōră sĕ cŭtăst	EDDDD
qvă nōn ăudĭĕ rĭt mĭx tōs vă gĭtibŭs ăĕgrĭs	EDEED
plōră tŭs mōr tĭs cōmĭ tĕs ĕt fŭnĕrĭs ătĭrĭ.	EEDED

Parecería, Lucrecio, dado el equilibrio métrico, que el ritmo del verso –su movimiento o “periodicidad percibida”⁴⁰ expresara también el ritmo o el movimiento del universo. Ningún otro pasaje del *DRN* –y, tal vez, de la literatura antigua conservada–, sobre la noción física y filosófica de isonomía universal, según creemos, es más paradigmático que este. Evidentemente, usted se ha ocupado de demostrarla mediante la extrema complementación de contenido y forma: no solo expone la ley en palabras, también las palabras, su morfología, sus letras, sus átomos, su disposición estilístico-retórica y el metro que las propulsa recrean el mundo que intenta explicar, plasmando un microcosmos textual de 12 versos. O, en palabras de Farrell,

... el *DRN* debe leerse no meramente como una exposición del universo físico, sino también, en cierto sentido, como su imagen. De manera similar, la estructura del poema es afín a las estructuras conceptuales fundamentales que el poeta emplea para revelar la estructura del universo, en el que los principios fundamentales simples de los átomos y

³⁹ No contamos aquí el sexto pie de cada verso porque el metro no admite un pie final dactílico (cfr. Nougaret, 1963: 26). Además, sostenemos que la predominancia rítmica del hexámetro ocurre hasta el quinto pie.

⁴⁰ Cfr. Ghyka (1968: 40, n. 28).

el vacío se combinan para producir fenómenos cada vez mayores y más complejos. En este sentido, la estructura de la exposición de Lucrecio difícilmente pueda considerarse un adorno decorativo o un contenedor atractivo para una explicación dificultosa. El poema, específicamente en lo que respecta a las propiedades más básicas de su lenguaje y su inexorable movimiento, de lo pequeño a lo grande, es en sí mismo un *simulacrum* del universo; y el descubrimiento de esta homología es tanto una fuente de placer como una de las grandes lecciones que debe impartir el poema.⁴¹

Establecido este enorme y, tal vez, descabellado paréntesis, quisiera preguntarle, Lucrecio, ¿hasta qué punto ustedes, los compositores antiguos, estaban familiarizados con el lenguaje como para realizar tareas tan arduas como las que Saussure llama “un quebradero de cabeza”? ¿O lo que para nosotros parece un quebradero de cabeza eran para ustedes ejercicios habituales, derivados de su formación escolar? Entiendo que, tal vez, nuestras distracciones se diferencian de las que había en la Roma antigua. Pero hace un momento, usted hizo un movimiento raro con la cabeza, cuando yo...

Estimado Franco –me interrumpió Lucrecio-. Entiendo el placer y las dudas que le provocan las lecturas laberínticas. Yo mismo lo experimenté. Pero hay preguntas que ahora prefiero no responderle. Primero, porque el sol está empezando a declinar, y considero que hay cosas más urgentes. Segundo, porque desde que nombró a ese tal Virgilio y me cantó aquellos pocos versos no he dejado de pensar en él. ¿Podría decirme dónde y cuándo nació, quiénes fueron sus padres, por qué lugares anduvo y toda información sobre su vida y su obra que usted considere que pueda llegar a interesarme?

Lucrecio me pedía algo descomunal. Básicamente, resumir en cuestión de minutos veintiún siglos de recepción virgiliana, de la que conozco una ínfima parte. Entonces, primero, hablé de manera caótica sobre lo poco que sabía de su biografía, mezcla de verdad histórica y de leyenda. Como diría el epígrafe de un libro

41 Farrell (2007: 91). El capítulo de Farrell sobre la arquitectura del *DRN* demuestra que el apareamiento y la compensación constituyen leyes generales que atraviesan todos los niveles estructurales del *DRN*. Para Farrell, el equilibrio y el paralelismo son dos de los principios arquitectónicos fundamentales de la obra. El balance puede evidenciarse, primero, en la paridad temática del *DRN* (libros 1 y 2, atomismo; 3 y 4, psicología; 5 y 6, historia natural); segundo, en que, “mientras la exposición lineal lleva al lector de los libros impares a los pares, cada par se erige como una unidad circular completa, de la cual cada libro forma la mitad” (ibíd.: 82). Complementario al equilibrio, el paralelismo puede observarse en el despliegue de temas similares, que sucede en libros análogos a las dos mitades del poema: libros 1 y 4; libros 2 y 5; libros 3 y 6. La tendencia refuerza un “sentido de estructura bipartita”, en el que las analogías cumplen un papel fundamental, pues cooperan para amplificar, en la segunda mitad, temas anunciados en la primera (ibíd.: 86).

de Farrell sobre las *Geórgicas*,⁴² no hablé tanto de lo que sucedió, sino de lo que “juzgamos que sucedió”: Publio Virgilio Marón nació en Andes, actual Pietrole Vecchia, el 15 de octubre del año 70 a. C.; Virgilio Marón, su padre, Magia Polla, su madre; el nombre paterno, de Mantua, el nombre materno, de Roma, sin embargo, su madre era de Cremona (“por padres lombardos engendrado, ambos de la mantuana patria”,⁴³ dirá el mismo Virgilio, personificado en un famoso poema posterior, la *Divina Comedia*); para algunos, la familia era de origen modesto, para otros, provenía del orden ecuestre; su infancia transcurrió en Andes, su educación en Cremona, Milán, Roma y Nápoles, donde conoció y experimentó la filosofía epicúrea bajo la guía del maestro Sirón. Después, balbuceé apurado algunas cosas de su obra y de su tradición posterior. Ya la sombra rodaba por los montes, cuando intercambiamos unas últimas palabras sobre la *Eneida*, aromadas por el olor a pino procedente de un tejado cercano.

Antes de irme a cenar, le quiero hacer una pregunta que me intriga, si me permite –dijo Lucrecio–. Desde ya que accedí. Siguió él: *¿Por qué terminó estudiando la relación intertextual entre la Eneida de Virgilio y mi poema?*

Las causas fueron varias, respondí. Pero hubo una serie de sucesos que definió el tema de tesis. Yo no sé cómo está usted de tiempo, pero, si tenemos unos minutos más, le cuento (Lucrecio asintió). Los hechos que referiré sucedieron entre el 12 y el 19 de septiembre de 2016. En esa época, cursaba un seminario de grado sobre el tema de la violencia en Virgilio, dictado por María Luisa. Las últimas dos clases, no recuerdo el motivo, trataban sobre el *DRN*. Nos habían pedido que lleváramos traducidos, para la primera clase, el proemio del libro primero y, para la segunda, el proemio del libro quinto. La primera clase fue en el Aula 1 del Departamento de Humanidades, ubicado en la intersección de las calles 12 de Octubre y San Juan. A las 4 de la tarde el día estaba hermoso. Por la ventana penetraba el raqueteo seco de unos tenistas que jugaban en las canchas del Club Universitario. Se sentía la llegada de la primavera y, estoy seguro, deseé estar en el Paseo de las Esculturas, tomando mates con mis compañeros, a pocos metros de la universidad. Pero como nos habían dicho que la clase sería interesante, que el profesor era un invitado que venía de Buenos Aires, nos quedamos. A los veinte minutos, cuando vi que el expositor no conseguía sacarme del tedio (“que la edición de Bailey por acá, que Ernout-Robin por allá, que esta traducción, que aquella...”), miré a una amiga para invitarla a abandonar la clase, pero ella se me había adelantado, porque solo le faltaba guardar la cartuchera. Me devolvió la mirada, cuando se escabullía entre los bancos, y me dijo por lo bajo: “suerte”. Yo cerré el cuaderno de anotaciones, guardé disimuladamente la “Bic” mordida en la mochila y, en el momento justo en que estaba por levantarme...

42 Farrell (1991: vi).

43 *E li parenti miei furon Lombardi, / mantoani per patria ambedui* (Dante, *Infierno* 1, 68-69).

«*Aeneadúm genetríx hominúm divúmque volúptas álma Venús...*»

dijo el profesor con voz grave y fuerte. Me quedé duro en el asiento, pasmado, con la mirada gacha, creyendo que la elevación tonal se dirigía específicamente a mí. Sentía los ojos del hombre clavándose en mi cráneo. «*Subtér labéntia signa...*», continuó cantando el profesor, hasta completar el décimo verso del proemio. Ya estaba perdido. No podía salir. El profesor siguió: «Si uno compara este proemio del *De rerum natura* con otras partes del libro primero o cualquier otro, notará una diferencia rítmica. Esto quiere decir que Lucrecio se había dedicado a pulir el ritmo de esta primera parte. El resto queda un poco basto. Probablemente, si el autor hubiera tenido más tiempo de vida, el *DRN* tendría una cadencia rítmica más homogénea. La primera parte es preciosa, solo pensar en esa repetición de *te-te-te* (vv. 4-7), ese taconeo de Venus que va llegando, que intenta reproducir el sonido de su llegada, como si fueran los pasos de un coturno, que van repiqueteando el piso. Todo esto era muy común en la poesía latina, cosa que ya no estudiamos, pero lo vemos en Virgilio y en muchos otros. Por ejemplo, Tibulo, en la elegía décima, reproduce los pasos de la muerte cuando está llegando: *ínminet ét tacitó, clam uenit illa pede* (“está próxima y, a escondidas, con silencioso paso se acerca”).⁴⁴ Los pasos de la muerte se aproximan: *te-ta-qui-TÓ*, y ese *CLAM* es culminante. ¿Lo perciben? Es probable que algunos poetas lo usen mucho más delicadamente que otros, mucho mejor, o que lo gradúen de otra manera. Sin ninguna duda, por sobre todos, Virgilio tenía un oído privilegiado. Son recursos que ellos conocían, estudiaban, aprendían. Evidentemente, había escuelas que ejercitaban este tipo de recursos. En el siglo IV todavía se dictaban ejercicios sobre el cuarto canto de la *Eneida* –San Agustín se queja de las prácticas escolares de memorización y transformación en prosa de Virgilio, por sobre el estudio de las Sagradas Escrituras–.⁴⁵ Hay una asociación, una sucesión que es deseada entre el sonido y la acción».

Un poco absorto por esa introducción, por ese cambio abrupto del tono de la clase, me enderecé en la silla y busqué nuevamente la birome que había guardado en la mochila. La clase había remontado vuelo y me había tocado una fibra íntima. Tomé unas notas rápidas, palabras disparadoras que concentraran, lo más densamente posible, la idea que estaba escuchando.

«El proemio –siguió el profesor– se inicia con *Aeneadum*, es decir, los descendientes de Eneas, los hijos de Eneas. ¿Quiénes son? Los romanos. Se habla de la madre de los descendientes de Eneas. Por lo tanto, de una manera elegantísima, Lucrecio comienza por donde debe comenzar, por el *principium*. Esto quiere decir que, si vamos a hablar de lo que está primero, tanto en el orden mítico como en el orden natural, no debemos empezar por otro lado. *Aeneadum genetríx*, este es el *principium* o, en griego, la *arjé* (ἀρχή). ¿Por dónde comienzo? Comienzo por el aspecto mítico, pseudomítico del origen de los romanos. Esta es la *arjé* y

44 TIB. 1, 10, 34.

45 Cfr. *Conf.* 1, 17, 27.

esto caracteriza a mi pueblo, pues el poema es nacional. Muy fuerte el comienzo del *DRN*. ¿Por qué? ¿No había un poema nacional? ¿No estaba la obra de Ennio, a quien Lucrecio le dice *Ennius noster*?⁴⁶ Lucrecio sale a decir que su poema es nacional y que el poema nacional de los romanos tiene que ir por este lado, es decir, el pueblo romano no puede creer en la superstición. Yo le sirvo el mito como hacen los médicos cuando tienen que sanar, esa famosa metáfora que está también en el libro primero:⁴⁷ cuando un médico tiene que sanar a un niño enfermo, unta el borde de la copa con miel para darle el ajeno, que es muy amargo, como la doctrina epicúrea. La miel sería el hexámetro dactílico y, también, la introducción a través de lo que los romanos conocen, es decir, Venus, madre del pueblo romano, la fundadora de esa familia que erige Roma y que, por supuesto, es la madre de Eneas. Entonces, yo te voy dando todo esto, que es como miel en los labios, pero para que te des cuenta de que no es algo que hay que reverenciar y todo lo demás. Venus es una fuerza cósmica, como tantas otras que existen en la naturaleza. ¿Y de qué está hecha? Para Lucrecio está hecha de compuestos atómicos, como todo lo que existe en el universo, incluidos los dioses, el alma, la inteligencia. Y es una fuerza cósmica que habita en los pájaros, en la tierra, en el mar, en todos los niveles de lo creado. Lo tenemos claro porque Lucrecio dice *per te* (1, 4), crucial, un circunstancial de instrumento, es decir: “por medio de ti”, Venus, crecen las distintas especies”. Otra cosa habría sido *a te* (“a causa de ti”), porque si hubiese allí un agente, entonces, Venus estaría involucrada, sería la fuerza “que crea” las especies, y la doctrina epicúrea se vendría abajo, porque no admite la intervención de la divinidad en el fluir de los acontecimientos del mundo. Entonces, esta fuerza es el instrumento por medio del cual la naturaleza vuelve a su ciclo, al ciclo de todos los años, al ciclo de la primavera. Y cuando esta fuerza vuelve a su ciclo, el amor brutal engeguece a las especies y provoca que hagan esas cosas que no tenían pensado hacer jamás.

«Hay algunos críticos que se aprovechan de la aparición de Venus en el proemio para decir que, en realidad, es la diosa la que está actuando. Ahí es donde Lucrecio no transa para nada, no da un paso atrás. Una cosa es que la veamos en estos versos, ahora... que después queramos divinizarla y pensar que esa es la fuerza por la cual la naturaleza actúa como actúa, eso no lo cree Lucrecio para nada, de ninguna manera. El poema nacional de los romanos tiene que traer la salvación, y el pueblo romano no puede creer en la superstición para salvarse. Entonces, para paliar el amargor de la doctrina epicúrea, yo le sirvo el mito al principio, como los médicos untan el borde de la copa con miel, cuando tienen que sanar. Comienzo el poema con la madre de los Enéadas, con el mito, pero yo no puedo ceder en ello. Hagamos una transacción, diría Lucrecio, pongámonos de acuerdo: yo cedo en esto, vos vas a ceder en esto otro. El poeta recuerda la famosa frase del derecho romano: *do ut des*: “te doy para que me des”. Yo te sirvo a Venus al comienzo y

46 Cfr. *Lucr.* 1, 117-119.

47 Cfr. *Lucr.* 1, 935-950.

compongo en hexámetro dactílico; vos, esforzate por conocer la doctrina de Epicuro. Además –y aquí es finísimo–, si yo creyese que Venus interviene en los asuntos humanos, no colocaría su nombre en el segundo verso, sino al principio, en el primero, pues *Áeneadúm genetríx* y *Álma Venús* son intercambiables. Podría haber comenzado diciendo: *Álma Venús genetríx, hominúm divúmque volúptas*. No cambiaría nada, es un hexámetro perfecto. Pero no, prefiero dejar *Aeneadúm*, que alude en primer término a los romanos, a la historia, y no al mito, rápidamente elucidado por *genetríx*, referente de la materia creadora. Es muy sutil la diferencia, pero ahí está. Entonces, fíjense cómo las posiciones y, además, las posiciones métricas, tienen que ver con las posiciones políticas y religiosas. Es interesantísimo, esta construcción es extraordinaria. Aquí hay toda una implementación de la retórica clásica y de algo más. Porque *Aeneadum genetríx* refiere a los descendientes de Eneas, que es un héroe, un semidiós. Así que, por un lado, están los héroes; por otro, los hombres (*hominum*); y por otro, los dioses (*divum*). Esta es la épica, en la definición platónica de Ion,⁴⁸ cuando dice: “La épica es la relación entre héroes, dioses y hombres”. Lucrecio nos está situando en el género del poema, algo que hasta no hace mucho tiempo se discutía. Entonces, este proemio, que en su aparente sencillez no dice nada, dice todo un mundo en un verso y medio, hasta *alma Venus*. Por lo tanto, ¿a quién no le gusta este proemio del *DRN*? Es maravilloso, verdaderamente extraordinario».

La definición platónica de épica; las posiciones métricas se corresponden con las posiciones políticas; comenzar por la arché; Venus no es agente (“a te”), sino instrumento (“per te”); es una fuerza natural como cualquier otra; repasé estas ideas rápidamente en mi cabeza. Cuando traduje el pasaje, no había visto nada de ello. Es más, ni lo disfruté, porque me pareció difícilísimo traducir a Lucrecio. Caía en la cuenta de que el profesor que teníamos enfrente nos estaba enseñando a prestar atención a cada elemento del poema, cada partícula, cada detalle, por pequeño que fuere. Caía en la cuenta de que nos estaba enseñando a leer. Por lo tanto, pienso ahora, ese hombre nos estaba enseñando a amar la literatura, nos estaba invitando a ser un poco más felices.

Luego, la clase discurrió por diversos temas, que enumero breve y caóticamente: Lucrecio comienza con la fuerza de la creación, pero termina el poema con la descomposición de la materia, es decir, con la peste de Atenas, para que sepamos que todo cumple su ciclo: nace, se desarrolla, se reproduce y muere; Venus vence a Marte con “dulces palabritas” (*suavis loquellas*, 1, 39), con algo muy pequeño, combinando lo grande y lo pequeño, típica combinación de la épica homérica, según Quintiliano⁴⁹ –los alejandrinos se concentrarán en lo pequeño, por eso mirarán más a Hesíodo que a Homero–; la diosa trae la paz para los romanos en tiempos de guerras civiles, y esta paz es importante porque no se puede escribir en tiempos aciagos; Epicuro se equipara a un héroe porque trae la salvación para

48 Cfr. *Ion* 531c.

49 Cfr. *inst.* 10, 1, 49.

la humanidad; Lucrecio es importante para la literatura y para el imaginario porque nos deja un antecesor, salvador de la humanidad, antes de Cristo, por lo tanto, el imaginario popular romano ya podía concebir la divinización de un ser de carne y hueso común y, en consecuencia, estaba preparado para seguirlo; ¿cuál es el arma fundamental de los cristianos?: la palabra, ¿cuál es el arma fundamental de Epicuro?: la palabra; los romanos eran legalistas y normativos..., si el epicureísmo hubiera sido censurado por el Estado romano, tendríamos registros o crónicas de ejecuciones –como tenemos las *Actas de los Mártires*–, sin embargo nada de eso nos llegó, por lo tanto los epicúreos difícilmente hayan sido perseguidos; Epicuro es un héroe que, como todo héroe, viajó, pero no como un héroe mitológico, sino con la fuerza de su inteligencia (*mente animoque*, 1, 74), porque es un maestro y debe viajar como un héroe en vida. ¿Y hasta dónde viajó? Viajó y recorrió todo el infinito, más allá de las llameantes murallas del mundo (1, 72-75). ¿Y a quién venció? A las supersticiones, y nos trajo un botín de su victoria: el conocimiento de la naturaleza; en conclusión, es un proemio épico: tenemos un héroe que viaja, tenemos el hexámetro dactílico, dioses, héroes, la batalla (espiritual), el viaje, la victoria y el botín.

Quedaban solo diez minutos. En ese instante, me percaté de que el tiempo había fluido muy rápido. Pensar que estuve a una milésima de segundo de salir del aula y perderme la clase; y, a raíz de eso, tomar conciencia de que, en definitiva, el azar se impone a nuestras decisiones, me produjo una extraña sensación de vértigo.

«Bueno, para terminar, dos cosas más –dijo el profesor–. La primera, sobre los versos 78 y 79, que leyó muy bien Juan Manuel hace un momento y que cierran la primera parte de este proemio:

*quáre réligió pedibús subiécta vicíssim
óbteritúr, nos éxaequát victória cáelo*

Y entonces la superstición, sometida bajo los pies de los hombres, queda a su vez destrozada; a nosotros la victoria nos levanta hasta el cielo

«Habíamos comentado que tenemos en este proemio todos los ingredientes de la épica. Observemos atentamente ambos versos, que son extraordinarios: “Una vez que la gente pudo poner bajo sus pies las supersticiones y, a su vez, pudo entender la doctrina de salvación...”. Fíjense que, si cortase estos versos y los pusiera en boca de un autor cristiano, como Prudencio, por ejemplo, nadie notaría la diferencia semántica. Después dice: “... la victoria nos levanta al cielo”. La *victoria*, término marcial, épico. Estamos tan acostumbrados a leer “victoria” o “vencer” en la épica homérica y virgiliana que, si vemos la palabra en Lucrecio, podría pasar desapercibida. Pero no, se trata de una nueva épica. Es aquí donde Philip Hardie, brillantemente, en *Virgil's Aeneid. Cosmos and Imperium*, dice que esta es la

prefiguración de la estructura de la *Eneida*.⁵⁰ Maravilloso. Dice que una vez que uno comprendió y fue libre, entonces, la victoria lo eleva al cielo. En la *Eneida* pasa esto. Tenemos al principio un hombre, Eneas, que está sometido, no sabe muy bien qué hacer, hasta que comprende cuál es su misión. ¿Cómo aparece Eneas en los primeros cantos de la *Eneida*? Como un hombre en una situación muy precaria. Virgilio lo pinta en el primer canto como una persona que no quiere vivir, que se pregunta: “¿Por qué no me habré muerto en Troya? ¿Por qué estoy aquí, en medio de la tormenta?”.⁵¹ Es una situación verdaderamente penosa y antiheroica, por completo. Y, además, toda su actitud posterior (“no sé si irme”, “mejor me quedo en Cartago”)⁵² contrasta con toda la heroicidad de Eneas. No por nada Virgilio vuelve a colocar el sintagma del primer verso,⁵³ *arma uirum*, en el verso 119 del primer canto. Pero estos son los restos, *arma uirum tabulaeque et Troia gaza per undas* (“armas de héroes, tablas y tesoros de Troya entre las olas”). Es decir, esas *arma uirum*, que son de la épica marcial y, también, los atributos de Eneas, después de la tempestad, andan flotando junto con el tesoro que habían llevado desde Troya. Entonces, *arma uirum*, en realidad, son las armas que hay que volver a componer, que hay que rescatar, porque se trata de un pueblo nuevo. Ahora bien, si cotejamos, como dice Hardie, al Eneas del principio con el Eneas del final, hay un cambio absoluto, radical. Esas *arma uirum*, en el final de la *Eneida*, son otra vez las *arma uirum* épicas, de la épica marcial. No por nada es la espada de Eneas la que se clava al final de la *Eneida* en el pecho de Turno, en ese sintagma tan peculiar, donde el verbo *condere* adopta dos de sus muchos significados: “clavar” y “fundar”.⁵⁴ Es decir, te mato, pero fundo, te mato para fundar, a partir de ahora viene la fundación de Roma. Hardie ve la macroestructura de la *Eneida* en los dos versos de Lucrecio. De la situación precaria en la que se encuentra Eneas al comienzo –en la que se puede encontrar todo ser humano–, se alcanza la salvación. ¿Y ustedes creen que Virgilio no se dio cuenta de esto? Claro que sí, sin ninguna duda. Evidentemente, lo que en Lucrecio es teórico, en Virgilio se hace realidad. Porque lo que Lucrecio está diciendo es: el hombre, la vida humana en general, se encontraba sometida bajo los temores de la religión, hasta que vino alguien y lo salvó. Entonces, cuando cobró conciencia, se hizo dueño de sí mismo y del mundo.

«El peso de Lucrecio en la *Eneida* es enorme y todavía no terminó de desentrañarse. Falta mucho carretel, mucho hilo para sacar de la recepción lucreciana en la *Eneida*. Todavía hay mucho por escarbar, mucho por publicar, además. Pero

50 Hardie (1986: 194-198).

51 Cfr. *Aen.* 1, 92-101.

52 Cfr. *Aen.*, 4, 284-286.

53 *Arma uirumque cano, Troiae qui primus ab oris, Aen.* 1, 1: “Canto las armas y al varón que, [huyendo] de playas Troyanas, fue el primero...”.

54 ... *ferrum aduerso sub pectore condit / feruidus; ast illi soluuntur frigore membra / uitaeque cum gemitu fugit indignata sub umbras, Aen.* 12, 950-952: “... le hunde, impetuoso, la espada en el pecho enemigo. Los miembros de Turno languidecen con el frío de la muerte y su vida, con un gemido, huye indignada a las sombras”.

claro, hay que conocer bien a Lucrecio, ese es el otro problema. Y como Lucrecio es un autor mucho menos estudiado que Virgilio, no hay tanto material que se haya dedicado a ver cómo Lucrecio pesa de una manera decisiva en la *Eneida*. Los incito a que, si tienen tiempo, antes de la próxima clase revisen qué se ha dicho sobre el diálogo que mantuvieron Virgilio y Lucrecio. No les pido algo muy exhaustivo, así lo charlamos la clase que viene. Tienen una biblioteca de literatura y estudios clásicos muy completa aquí en Bahía Blanca. Aprovechenla.

«Lo último, y con esto terminamos nuestra primera clase. Les traje el famoso pasaje del segundo canto de las *Geórgicas*, quizás, el más emblemático, cuando Virgilio habla de la creación del mundo y del mito de las edades. Finalmente, en el verso 490-494, Virgilio desciende hacia la vida agraria y dice:

*félix qui potuít rerúm cognóscere cáusas
átque metús omnís et inexorábile fátum
súbiecit pedibús strepitúmque Acheróntis auári:
fórtunátus et ille deós qui nóuit agréstis
Pánaque Siluanúmque seném Nymphásque soróres.*⁵⁵

Feliz quien pudo conocer las causas de las cosas y sometió bajo sus pies todos los miedos, el hado inexorable y el resonar del avaro Aqueronte. Afortunado, también, quien conoció a los dioses campestres, Pan, el viejo Silvano y las hermanas ninfas.

«Entonces, “feliz aquel que pudo conocer las causas de las cosas –cuando aparece la palabra *causas*, seguramente se alude a Lucrecio–; feliz aquel tipo que –como Lucrecio– sabía que el universo funcionaba de determinada manera; feliz aquel que sometió el hado inexorable –es decir, ese que pudo conocer las causas de las cosas sabe que no hay una voluntad divina inflexible–; feliz quien pudo vencer toda clase de temor y el estrépito del Aqueronte”, que es avaro, porque te agarra y no salís más. ¿Quién es ese? Es Lucrecio, definitivamente. Pero ahora Virgilio le da una vuelta de tuerca, porque el pensamiento de Virgilio es superador. ¿Y el que no se dedicó a la física o a la cosmología epicúrea? La gente común, evidentemente, no hacía este tipo de estudio. Lo hacía quien podía acceder a la educación. Por ejemplo, Virgilio con su maestro epicúreo, Sirón, en Nápoles, y otros maestros estoicos en Roma. Pero la gente común no tenía esos maestros. Entonces, dice Virgilio, “ese que no ha podido hacer esta clase de estudios, afortunado” (*fortunatus*), es decir, ha tenido fortuna, la suerte lo ha favorecido. Que es distinto a *felix*, que significa “dichoso”, pero por ser fecundo, productivo, fértil, del verbo *fero*, “llevar”, “producir”, “llevar en el vientre”, y otras muchas acepciones. Entonces, “pero también afortunado aquel que no estudió en el pueblo, pero que conoció dioses del campo (*agrestis*), divinidades pastoriles, a Pan y al viejo Silvano, y a las

55 Edición, Mynors (1972).

hermanas ninfas, es decir, a las gracias”. ¿Por qué dice que es afortunado? Porque si el tipo se dedicó a cultivar el campo, a mirar las estrellas, de pronto, no habrá tenido el conocimiento de la ciencia, pero tuvo lo que se llama *sympathia*, un conocimiento simpatético, por el hecho de que convivió con la naturaleza y esa convivencia le permitió acceder a sus secretos. Entonces, para él, Silvano, Pan, las gracias y los dioses agrestes son fuerzas de la naturaleza que le permiten entender cómo funciona, más allá de los estudios superiores. También es dichoso aquel que, sin tener esa clase de estudio, previó a través de la naturaleza. No es que ese creyera en las ninfas y en Silvano, sino que pudo saber representar las fuerzas cósmicas y, mediante esas fuerzas cósmicas, poder tener una suerte de sentido primario de lo que era la naturaleza».

María Luisa, que hasta ese momento había permanecido callada, observando con admiración al profesor, dijo: “La fusión de la sabiduría universal con el saber profundamente local puede verse en nuestros artistas nativos. Hay un poema excepcional de Atahualpa Yupanqui, ‘Tiempo del Hombre’, que dice:

La partícula cósmica que navega en mi sangre
es un mundo infinito de fuerzas siderales.

Vino a mí tras un largo camino de milenios
cuando, tal vez, fui arena para los pies del aire.

[...]

Yo no estudio las cosas ni pretendo entenderlas.

Las reconozco, es cierto, porque antes viví en ellas.

Converso con las hojas en medio de los montes
y me dan sus mensajes las raíces secretas.

“Coinciden, como se puede ver, el atomismo lucreciano y el conocimiento simpatético al que usted aludía”, agregó. Luego de un último intercambio de palabras, dijo: “Entonces, profesor, si no hay más nada que quisiera agregar, nos vemos el lunes que viene. Recuerden, chicos, que cambió el cronograma. La próxima clase será en la Sala de Conferencias, a las 19 horas. No olviden traer traducido o analizado el proemio del libro quinto. ¿Algo que me olvide?”, preguntó María Luisa mirando al profesor. «Si pueden, revisen en la biblioteca el contrapunto entre Lucrecio y Virgilio. Hasta el lunes que viene», concluyó el profesor con una sonrisa, mientras destapaba la botella de agua que había utilizado para aclararse la garganta. Al instante, el movimiento masivo quebró el silencio.

En el transcurso de los años en la universidad noté que la aprobación o desaprobarción de una clase puede medirse por ese intervalo preciso en que un profesor dice su última palabra y el alumnado se levanta. Hablo de las clases expositivas, desde ya. Si la exposición fue buena, el ruido estalla al unísono. Si la clase fue mala, el alboroto asciende paulatinamente, superpuesto a la voz cansada del disertante, al compás de vueltas de hoja, resaltadores que se tapan, cierres de cartucheras, cuerpos que oscilan en el banco hasta que, finalmente, explota el bullicio.

Ese día, la explosión había sido instantánea, de un momento a otro. Cuando me iba, esquivé el típico grupito que acecha al profesor al finalizar toda buena clase, saqué el teléfono y le escribí a mi amiga: “*Lo que te perdiste!*”.

Era lunes por la tarde y estaba un poco cansado. Como ya tenía la traducción del quinto proemio casi lista, mientras regresaba a casa pensé que no sería mala idea indagar al día siguiente en la biblioteca sobre los estudios que habían abordado la relación intertextual entre Lucrecio y Virgilio. Solo tenía que distribuir bien el tiempo, porque el viernes salía de campamento con el grupo Exploradores de Don Bosco y todavía quedaban varios detalles por ultimar. El martes, luego de cursar una materia de cuarto año, entré en la biblioteca. Fui a buscar en el catálogo bibliográfico y escribí: “Lucrecio en Virgilio”, “Intertextualidad entre Lucrecio y Virgilio”, “Recepción de Lucrecio en Virgilio”, y lo mismo en otros idiomas. No encontré mucho y, de lo poco que hallé con esas palabras claves, no había nada disponible. De pronto, antes de pensar una alternativa, escucho la voz de Ana, una de las compañeras de estudio. “¡Franco! ¿Estás por lo de Lucrecio y Virgilio? Estamos arriba, ¡vení!”. Contento, subí a la planta alta de la Biblioteca Marasso. Alrededor de una mesa que daba a la ventana, en la fila paralela a la calle 12 de Octubre, había un grupito de chicos revisando varios libros. También, desparramados, había apuntes, marcadores, yerba y masitas. “Se nos ocurrió –me dijo Juan Manuel– revisar un poco desde los primeros comentadores hasta la actualidad. No todo, obviamente, pero tomar algunas notas sobre cómo fue estudiado el vínculo desde la Antigüedad. Y acá Borgani va a redactar algo breve, parecido a un estado de la cuestión, de lo que vamos encontrando”. Allí estuvimos unas horas, escarbando entre las hojas, mientras escuchábamos una larga e inentendible discusión de un grupo de estudiantes de química sobre el extraño comportamiento de un tipo de partículas subatómicas que desafiaba no sé qué modelo estándar. Para la tarde del jueves ya teníamos algo preparado. En mi teléfono guardo todavía, Lucrecio, el borrador que armamos para la clase:

El diálogo que estableció Virgilio con el DRN, desde sus primeras creaciones, ha sido objeto de muchas reflexiones, advertibles ya en la Antigüedad. Quintiliano (30/35 - 96 d. C.) lo demuestra ubicando a ambos poetas entre los autores épicos⁵⁶ e ilustrando un concepto –hoy denominado “angustia de las influencias”– por el que rinde homenaje a Lucrecio: “¿Cómo pudo haber un Virgilio, si antes hubo un Lucrecio?”.⁵⁷ Es decir, si Virgilio se hubiera inhibido ante la sombra imponente de Lucrecio, se habría dedicado a otros temas o, simplemente, a otra cosa. En el siglo II d. C., Aulo Gelio (115/128 - ca. 158 d. C.) es rotundo al afirmar: “Podemos observar que Virgilio ha recuperado no solo palabras, sino versos casi completos y numerosos pasajes de Lucrecio”, a quien llama “poeta de talento y elocuencia extraordinarios” (poetae ingenio

56 inst. 10, 1, 87.

57 inst. 12, 11, 27.

et facundia praeclentis).⁵⁸ Dos siglos más tarde, Servio (363 - d. C.), en sus comentarios a las obras de Virgilio, hace un aporte muy valioso a este objeto de estudio. Por ejemplo, alude a la matriz lucreciana del canto cosmológico de Apolo, en la Bucólica sexta, entonado allí por Sileno, quien “cantaba sobre cómo se habían combinado por el inmenso vacío las semillas de la tierra, del aire y del mar, así como del etéreo fuego”.⁵⁹ Las expresiones “por el inmenso vacío”, “semillas de la tierra, del aire y del mar” y “etéreo fuego” parecerían ecos de Lucrecio.⁶⁰ Aunque Servio no descarta la posible presencia allí de otras teorías filosóficas, entre ellas la de Anaxágoras o la de Tales de Mileto, su razonamiento se inclina por la recepción epicúrea.⁶¹ También, en el comentario a las Geórgicas –poema cósmico y didáctico que respira tanta naturaleza como el DRN–, el escoliasta compara la dedicatoria virgiliana dirigida a Mecenas con la lucreciana a Memmio.⁶² La citada mención de Aulo Gelio sobre la extracción que hace Virgilio de versos enteros de Lucrecio se evidencia en la glosa de Servio a Geórgicas (2, 42-45), en la que el escoliasta adjudica los versos al filósofo y poeta romano, con una breve modificación. Dice Servio:

[Las líneas correspondientes a Georg. 2, 42-45]: “Yo no deseo abarcar todo con mis versos: ni aun si tuviera cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro” son de Lucrecio, excepto que este dice “voz de bronce” [aerea vox], no “voz de hierro” [ferrea vox].⁶³

Sin embargo, el pasaje no se encuentra en el DRN, pero aparece registrado en su corpus fragmentario, que consta de 16 fragmentos muy breves (el citado es el más largo; de los restantes solo 5 constituyen versos completos).⁶⁴ Aunque la autoría de estos “retazos sueltos” se atribuya a Lucrecio, falta evidencia científica que determine

⁵⁸ GELL. 1, 21, 5-7.

⁵⁹ ecl. 6, 31-33: ... canebat uti **magnum per inane coacta / semina terrarumque animaeque marisque fuissent / et liquidi simul ignis...** (edición, Mynors, 1972). Cfr. Serv. ecl. 6. 31-33.

⁶⁰ Cfr. e. g. Lucr. 2, 83-164 ('per inane'); 2, 1048-1066 ('semina rerum', 'coacta', 'terrai maris et caeli'). Sobre **liquidi simul ignis**, Servio (Ecl. 6, 33) cita Lucr. 6, 205: "... dorado color del fuego etéreo desciende volando a tierra" (... **devolet in terram liquidi color aureus ignis**). Cfr. Gorey (2021: 116-117).

⁶¹ “El canto de Sileno en la égloga VI, de una lengua totalmente lucreciana, no parece encubrir una intención disimulada” (Guillemin, 1982: 109-110). Tovar anota una opinión contraria: “Sin embargo, Jachmann niega en absoluto valor filosófico al pasaje [...] y supone que Virgilio se apoya en ideas vulgarizadas en su tiempo, sin exponer concretamente las de escuela alguna determinada” (1951: 88). Sin embargo, la mayoría de los críticos coincide con Servio; cfr. Conington & Nettleship (1963: 78) y Gorey (2021: 116).

⁶² *ad Maecenatem scribit sicut Hesiodus ad Persen, Lucretius ad Memmium*, Serv. G. 1,1: “le escribe a Mecenas, como Hesíodo a Perses o Lucrecio a Memmio”.

⁶³ Serv. G. 2.42, NON EGO CVNCTA MEIS Lucretii versus; *sed ille “aerea vox” ait, non ‘ferrea’ (sic)*.

⁶⁴ Cfr. Martin (1969, apdo. ‘fragmenta’) y Butterfield (2013: 101-135).

la ubicación en su obra. Si la cita es auténtica, manifiesta cómo Virgilio modifica apenas el hipotexto lucreciano y conserva en la palabra intervenida el eco sonoro original. [Un comentario de Borgani, al margen del documento de Word, se pregunta: “¿Son de Lucrecio estos versos, como dice Servio? En ese caso, ¿son del DRN o de otra obra desconocida?, ¿o forman parte del DRN, contradiciendo la opinión de la mayoría de que el poema nos ha llegado completo?”].⁶⁵

Servio se detiene casi setenta veces para remitir al DRN en su lectura de las Bucólicas, las Geórgicas y la Eneida. La finalidad de su remisión es variada: a veces, para llamar la atención sobre un uso gramatical o léxico particulares, apelando a la autoridad de un antecesor; otras, con el propósito de evidenciar un paralelo intertextual con Lucrecio; también, como vimos con el ejemplo de la Bucólica 6, con miras a señalar el modo en que Virgilio explica fenómenos físicos, sirviéndose de la doctrina epicúrea. En todos los casos, recurre a la cita de autoridad a través de diversas expresiones: “como dice Lucrecio” (ut Lucretius ait), “según Lucrecio” (secundum Lucretium), “a la que Lucrecio define así” (quam Lucretius sic definit), “pues, como dice Lucrecio” (nam ut Lucretius dicit), “Lucrecio sostiene” (Lucretius adserit), “leemos junto a Lucrecio” (legimus apud Lucretium), entre otras.

El detalle pormenorizado de cada uno de los estudiosos que ha observado el vínculo intertextual entre Lucrecio y Virgilio a lo largo de toda la historia demandaría una tarea colosal, imposible de enlistar en este breve “estado de la cuestión”.⁶⁶ Baste mencionar aquí algunos trabajos. El problema no solo radica en la inconmensurable cantidad de nombres, sino también en los diversos modos de leer a ambos poetas en cada época, siempre y cuando haya sido factible, en el mejor de los casos, el acceso a los textos o a los comentarios de uno y de otro. El aporte de Servio a este objeto de análisis es muy valioso porque perduró como una de las voces más autorizadas durante el Medioevo, incluso cuando las exigencias de lectura de ciertas épocas tendían a distanciarse de su laborioso legado. Por ejemplo, en el siglo XIII, cuando la alegoría había ganado terreno como modelo operativo de lectura, el *Commentarium in Virgilio Bucolica de Nicolás Trivet Anglico* (“uno de los más grandes representantes de la nueva filología clásica del siglo XIII”)⁶⁷ cita más de treinta veces el comentario de Servio, con el que se siente necesariamente condicionado, a pesar de los intentos por afirmar su independencia.⁶⁸ Sin embargo, el comentario no brinda información sobre el poema lucreciano en Virgilio. Aun en la glosa al canto de Sileno, donde sería esperable la alusión al DRN, el escoliasta menciona fugazmente el nombre de Lucrecio para adjudicarle la creencia de que los elementos principales de la naturaleza

65 Cfr. Valentí-Fiol (1976, t. 1, 32-33).

66 Un recuento bibliográfico profuso, pero no acabado, puede encontrarse en Castelli (1987: 270-271).

67 Nascimento & Díaz de Bustamante (1984: 4).

68 *Ibíd.*: 9; 19.

proviene del fuego⁶⁹ –teoría, en verdad, propia de Heráclito, a quien refuta Lucrecio–.⁷⁰ El ejemplo demuestra que el estudio de la recepción de Lucrecio depende sobremanera de cómo ha sido leído nuestro autor y sus receptores en cada época, tarea ardua y dificultosa, como sintetiza Gale: “Desde su publicación hacia el 55 a. C., la recepción del *De rerum natura*, de Lucrecio, ha sido larga, compleja y accidentada”.⁷¹

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, la recepción lucreciana de Virgilio comienza a estudiarse como objeto específico de investigación. Por lo que hemos podido revisar, el primer gran intento de sistematización del problema pertenece a Merrill, quien registra un total de 2.638 paralelos o coincidencias con el DRN, en las tres grandes obras de Virgilio.⁷² Si estas suman un total de 12.909 versos, podría escucharse un eco lucreciano cada cuatro o cinco líneas virgilianas. Sin embargo, como advierte Bailey, este resultado estadístico es falaz, puesto que, aun restando los paralelos repetidos (algunos hasta siete veces, lo que deja la cifra neta en 1.635), una gran cantidad, más que imitación, debe ser considerada coincidencia –observación que Merrill, si se atiende al título de su obra (“Parallels and coincidences...”), conocía–.⁷³ En definitiva, Bailey cree que, así y todo, Virgilio reprodujo más de mil pasajes de Lucrecio de manera consciente o semiconsciente.⁷⁴ El catálogo de Merrill, dispuesto en dos columnas comparativas, sigue el ordenamiento del DRN y carece de notas o interpretaciones del autor. Bailey, valiéndose de este trabajo, se concentra en los diversos modos en que Virgilio imita la fraseología lucreciana, aduciendo que el campo de estudio, tanto ideológico como fraseológico, es enorme:

*Tampoco podemos, de hecho, tener ninguna duda sobre la admiración de Virgilio por Lucrecio –expresada por él mismo en el magnífico tributo que le rinde en Geórgicas (2, 490-2)– o de la influencia que el poeta mayor ejerció sobre él. Sería posible rastrearla de muchas maneras: en el efecto profundo del *De rerum natura* sobre la estructura y la disposición de las Geórgicas; en la actitud hacia la naturaleza y la vida en el campo, demostrada no solo en las Geórgicas, sino también en las Bucólicas y la Eneida; en el espíritu filosófico que busca las “causas de las cosas”; en el moldeado del hexámetro virgiliano, más allá de su cambio y desarrollo. Propongo limitarme a una pequeña porción de este amplio campo y pedirles que consideren con cierto detalle las imitaciones de Virgilio de la fraseología lucreciana.*⁷⁵

69 *Ibíd.*: 145, 5.

70 *Lucr.* 1, 635-715.

71 Gale (2007: 1).

72 Merrill (1918a).

73 Bailey (1931: 23).

74 *Ibíd.*: 23-24.

75 *Ibíd.*: 22.

Entre los distintos “trucos de reminiscencia” imitativos que describe, destacamos aquí el que Bailey califica como “doblete”, es decir, el hábito mediante el cual Virgilio toma prestado un modelo lucreciano y lo reinserta con menor o mayor transformación en diferentes partes de su obra. De esta manera, el lector u oyente atento, por el efecto del sonido de la frase, despierta su atención y la dirige al lugar designado del hipotexto lucreciano. Por ejemplo, las dos últimas palabras del sintagma *verrentes aequora venti* (“los vientos barren las llanuras del mar”, *Lucr.* 5, 266; 388; 2, 1; 6, 623-624) reaparecen yuxtapuestas en dos pasajes de la *Eneida*: *euertitque aequora uentis* (“turbó los mares con los vientos”, 1, 43) y *placidi strauerunt aequora uenti* (5, 763: “los plácidos vientos esparcieron las llanuras del mar”).⁷⁶ Para el estudioso, los sintagmas, sin duda, estaban profundamente arraigados en la memoria de Virgilio. Por su parte, el verbo aparece en tres lugares más de la *Eneida*: *uerrimus et proni certantibus aequora remis* (3, 668: “e, inclinados, barremos el mar con remos combatientes”); *caerula uerrunt* (3, 208: “barren las superficies azules”); *delphines in orbem / aequora uerrebant caudis* (8, 674: “los delfines barrían en círculo el mar con sus colas”). En las *Geórgicas*, por su parte, la palabra no alude a la acción de remar ni aletear, sino que recupera el sentido lucreciano para apelar al viento aquilón: *ille uolat simul arua fuga simul aequora uerrens* (3, 201: “él vuela y, a la vez, barre en fuga campos y mares”). Además de este procedimiento imitativo, Bailey describe otros de gran valor filológico. Es importante destacar que la labor investigativa de Bailey, respecto de la obra de Lucrecio, ha sido profusa y fecunda. En el año 1947 publicó una de las ediciones críticas canónicas del DRN, en tres volúmenes (antes había publicado una edición en un solo volumen, con la que no había quedado conforme). La otra edición canónica pertenece a Munro, publicada en 1864 como revisión final de la primera, de 1860, en dos volúmenes.⁷⁷

A lo largo del siglo XX hasta la actualidad, las investigaciones sobre este tema continuaron. Los aportes de Hardie son sumamente destacables, quien, reformulando a Sellar,⁷⁸ afirma que “la influencia ejercida por Lucrecio sobre Virgilio fue, quizás, más fuerte que la ejercida alguna vez, antes o después, por un gran poeta sobre otro. Desde el comienzo de la carrera de Virgilio, esta intertextualidad, para usar el término moderno, se extiende más allá de lo estrictamente textual, para abarcar un debate sobre visiones del mundo”.⁷⁹ En uno de sus trabajos más famosos, Hardie analiza el factor determinante que tuvo la imitación lingüística del DRN en la *Eneida* para la creación del universo romano *augusteo*.⁸⁰ Por otra parte, respecto del hipotexto lucreciano en las *Geórgicas*, es destacable el trabajo de Farrell, quien analiza estructuras de alusión a Lucrecio en algunos pasajes del primer libro del poema.⁸¹ La primera parte de su traba-

⁷⁶ Colocamos el ejemplo íntegro de Bailey (1931: 30).

⁷⁷ Cfr. Munro (2009 [1864]).

⁷⁸ Cfr. Sellar (1877: 199).

⁷⁹ Cfr. Hardie (2007: 114).

⁸⁰ Cfr. Hardie (1986: 157-240).

⁸¹ Cfr. Farrell (1991: 169-206).

jo desarrolla nociones sobre el arte alusivo en Virgilio y, además, ofrece un compendio muy completo sobre las distintas teorías intertextuales que han surgido a partir de las obras del poeta.⁸² De acuerdo con el papel que juega Lucrecio en el “programa alusivo” de las Geórgicas, Farrell rechaza, primero, la utilización de fórmulas expositivas o didácticas como imitación del poeta epicúreo. Según el crítico, el empleo de estas expresiones funciona como piedra angular del estilo de Lucrecio (además de ser un elemento ordenador del discurso), mientras que en Virgilio, su uso responde más a su adherencia al género didáctico que a una voluntad alusiva de Lucrecio, puesto que la mayoría de las fórmulas lucrecianas aparecen muy pocas veces en las Geórgicas.⁸³ En segundo lugar, Farrell rechaza los estudios que basan la recepción virgiliana de Lucrecio solo a partir de colecciones similares a los paralelos de Merrill. Los resultados obtenidos por Merrill los considera engañosos, escasos, imaginativos y, por lo tanto, estadísticamente inútiles.⁸⁴ Concluye que el propósito de aludir a Lucrecio en las Geórgicas no es superior a la apropiación de los intertextos de Hesíodo o Arato:

Es común hablar de la “influencia” de Lucrecio sobre las Geórgicas, como en el dicho de Sellar [...]. Sin negarle a Lucrecio su lugar en la imaginación de Virgilio, sin embargo, sugiero que celebraríamos más apropiadamente la reconstrucción de Lucrecio por Virgilio, no en un sentido polémico, sino con el espíritu de emulación respetuosa, de declarar al mismo tiempo el lugar de Lucrecio en la tradición de la epopeya didáctica, y la posición recién conquistada de las Geórgicas como la culminación de esa tradición. Esta especie de reinterpretación tendenciosa del pasado poético es exactamente la que observamos en el caso de Hesíodo y Arato.⁸⁵

Por otra parte, Hardie señala que Virgilio combina la estrecha dependencia hacia el DRN con una transformación total de su contenido, fenómeno que ha sido descrito de muchas maneras por trabajos clásicos del tema.⁸⁶ Sin embargo, el crítico añade que Virgilio no solo transforma el contenido de Lucrecio, sino que practica “una especie de imitación de segundo orden”, pues “las operaciones particulares que realiza sobre el texto lucreciano son en sí mismas una imitación de las maniobras lucrecianas”⁸⁷ sobre textos filosóficos y científicos presocráticos.

82 *Ibíd.*: 3-127.

83 *Ibíd.*: 170.

84 *Ibíd.*: 170-172.

85 *Ibíd.*: 206.

86 “Este fenómeno se manifiesta en las tres obras principales de Virgilio [...]. Jackson Knight habla de *inversión*; Farrington, de *alusión polémica*; Heinze, Büchner y Guillemin ven en Lucrecio la encarnación de un anti-Lucrecio, definido originalmente como un aspecto interno de Lucrecio mismo; Buchheit usa el concepto de *imitación de contraste*” (Hardie, 1986: 233). “[En las *Geórgicas*, Virgilio] no cita a Lucrecio en ninguna parte [...] pero está en todas partes” (Guillemin, 1982: 109).

87 Hardie (1986: 237).

Este fue el “estado de la cuestión” que preparamos apresuradamente para la segunda clase. A cinco años del episodio, habría que añadirle dos trabajos recientes. Uno de Buglass *et al.* sobre los cruces entre la épica y la didáctica, que menciona el caso de Lucrecio y Virgilio, y otro de Gorey, que examina, dentro del campo de análisis de la alusión polémica, el modo en que la cosmología atomista es usada por Virgilio como “hostilidad filosófica”, a fin de contribuir con una lectura general del poema hacia la teleología y el orden.⁸⁸

El lunes 19 amanecí un poco engripado. Había tomado frío durante las lluvias intermitentes del fin de semana, que, por supuesto, habían impedido la realización de muchas actividades del campamento. Me habría gustado acostarme unos minutos sobre el pasto, a la vera del arroyo, y mirar las estrellas. Pero no hubo tiempo porque la lluvia reprogramó todo lo que habíamos planificado. Al comenzar la semana, el tiempo no mejoraba en Bahía. Lejos de eso, el pronóstico del lunes anunciaba tormentas para la tarde y fuertes vientos.

Yo vivía a pocas cuadras de la universidad y acostumbraba ir caminando o en bicicleta. Esa tarde tuve que pedirle a mi hermano que me llevara en su auto hasta el edificio del Departamento de Humanidades. Fue como ir en bote, porque el agua superaba el cordón cuneta en muchos sectores de la avenida Alem, y alcanzaba casas y negocios.

Cuando llegué a Humanidades, mis compañeros estaban en las escalinatas. “Se cortó la luz del edificio y en la sala de conferencias llueve a baldazos por unas fisuras”, me dijo Juan Manuel. “Nos pidieron que esperemos acá, mientras nos asignan otra aula”, agregó. Increíblemente, no había ningún aula disponible en las dos cuadras de la universidad. Pasados quince minutos, descartada la posibilidad de trasladarnos al campus de Palihue, el profesor propuso conducirnos a un sector de la universidad que había conocido años atrás, en una estancia académica. La clase no podía reprogramarse, porque el invitado regresaba a Buenos Aires esa noche.

Ni bien confirmaron que estaba desocupado el espacio pedido, nos trasladamos al edificio de Alem. En el camino, literalmente, nos aplastó la lluvia. Sin embargo, las pesadas masas de agua no le impidieron al profesor relatar, con mucha alegría, un par de anécdotas a un grupo de alumnas. A mitad del camino, mientras cruzábamos el patio central, estalló de risa cuando Juan Manuel abrió los brazos al cielo y declamó: *¡Ibant úmidí solá sub nócte per úndas!* Segundos después, subimos las escalinatas e ingresamos al hall de entrada por el pasillo que conecta con el ala C del edificio. El ambiente desbordaba de estudiantes. Pronto serían las elecciones de la universidad y había mucho revuelo en los pasillos: escritorios, pancartas, banderas, equipos de mate y pequeñas rondas de estudiantes en el suelo. Atravesamos el hall en dirección oblicua y nos detuvimos frente a una oficina, en el costado izquierdo a las puertas giratorias de entrada. Un letrero sobre el dintel decía: “Biblioteca Central”. Como si conociera de memoria el camino, el profesor

88 Cfr. Buglass *et al.* (2019) y Gorey (2021).

entró en la habitación y echó a andar entre unas mesas; yo, detrás, lo seguía. Pasamos otra oficina más oscura hasta llegar a una escalera de caracol. Giramos a la izquierda y descendimos al subsuelo, hasta lo que parecía ser una sala anexa a la biblioteca central, repleta de estanterías. Entre los angostos pasillos de muebles y libros había mesas y bancos. El olor a libro viejo ofendía. En cinco años, nunca había estado ahí ni había escuchado hablar de ese lugar. Era pequeño, oscuro y estrecho, pero con paciencia pudimos ubicarnos todos. Hacía frío y un empleado de maestranza vino a encender los calefactores. Llevaba un sombrero redondo y alcancé a ver una canoa tatuada en su antebrazo. El profesor se sentó debajo de una pequeña lámpara que emanaba una luz tenue. Cuando nos arrinconamos sobre unos bancos que rodeaban una mesa larga y se calmó el bullicio, comenzó:

«Libro quinto. ¿Por qué el proemio de este libro, si hay otros proemios que son verdaderamente jugosos? Particularmente, porque el proemio del libro quinto nos ofrece una nueva muestra de inversión, hecha ya no desde la teoría y la aplicación –como aparece en el proemio del libro primero, a una figura muy emblemática, Epicuro–, sino desde la demostración práctica de lo que él verdaderamente quiere transmitir. Es decir, quiere transmitir que el mito sirve nada más que como una figura a partir de la cual yo tengo que repensar la historia y la filosofía. Entonces, fíjense que todos los mitos que va a colocar allí –los doce trabajos de Hércules, Ceres, Baco– son ejemplos paradigmáticos que deben tener aplicación práctica en la vida cotidiana. Pero no podemos creernos esto. Entonces, comienza con una palabra emblemática, *quis* (5, 1), que nuestro idioma oculta. Ese es el problema. Nosotros en castellano traducimos *quis* por “quién”, pero, en verdad, “quién” es muy pobre, porque *quis* es otra cosa en latín. Tiene que ver, justamente, con lo que ustedes preguntaban en la primera clase sobre la divinización de Epicuro. Porque no es “quién” a secas, que no dice nada en castellano, por ser muy neutro. Fíjense que “quién” también es *qui* en latín. Si yo tengo que explicar el indefinido, ya sabemos que es *qui* o *quis*, pero ¿qué diferencia hay entre uno y otro?, ¿por qué los latinos usaban uno y usaban el otro? Bueno, primero, porque *qui* es adjetivo y *quis* es sustantivo. Quiere decir que *qui* no se usaba solo; si tenía que usarse, debía usarse en combinación con un sustantivo: *qui homo*, “qué hombre”. Entonces, ¿cuál es el valor de *quis*? *Quis* no es igual a “quién”, sino igual a “qué clase de”, pues habla o pregunta por la calidad, por el rango. Cuando nosotros decimos “quién”, no lo vemos en castellano, es como que ocultamos el verdadero significado. “Quién” es apenas un indefinido: “quién es este”. Cuando en realidad es: “qué hombre es este”, “cuál es este”, “cuál es este hombre del que estamos hablando”, “cómo se llama”. Estoy preguntando por sus cualidades. A pesar de que, después, nosotros traduzcamos “quién” por comodidad, cuando lo analizamos, debemos tener en claro que lo que Lucrecio se está preguntado es la calidad que debe tener quien pueda ser digno de cantar sobre Epicuro. “¿Qué clase de hombre podría llegar a cantar, poner por escrito a alguien, que nos ha traído esta doctrina, nada menos, que es de salvación?”. Porque no tiene que ver con si comemos o no comemos, si jugamos o no jugamos, se trata de algo mucho más importante y radical, que es la salvación de

nuestra alma o de nuestra vida. Y podemos decir “alma” a pesar de que para él sea atómica, no tiene nada que ver. “¿Qué clase de ser puede cantar a Epicuro? ¿Es un hombre cualquiera? ¿Es una divinidad? ¿Es un semidiós?”. Bueno, está diciendo que “no es un hombre común, no cualquiera pudo haber hecho lo que logró Epicuro”. Se está refiriendo a quién es capaz de cantarle a la persona que nos trajo la salvación. Claro, parece que se refiere a Lucrecio mismo, pero no. Lucrecio con esa pregunta no quiere realizarse a sí mismo, sino al sujeto elogiado, es decir, Epicuro. Porque, en primer lugar, no es fácil hablar de estos descubrimientos (*hisque reperitis*, 5, 2) y, en segundo lugar, porque estos descubrimientos sobre cómo funciona la naturaleza son de la máxima importancia, no hay ninguno que sea más importante que estos, son lo más grande (*pro rerum maiestate*, 2), es decir, “la majestad de la naturaleza, la cosa más grande”. “¿Qué clase de hombre podría?”. Tiene que ser un poeta, evidentemente, porque dice *carmen* (1). “¿Y quién, además, sería capaz de modelar con palabras las alabanzas (*laudes*, 3), necesarias o convenientes, que nos dijeran de la grandeza de este hombre?”. Y entonces dice: “nadie, según opino, que haya nacido de cuerpo mortal (*mortali corpore cretus*, 6)”. ¿Por qué? Porque en verdad se está refiriendo a Epicuro. El que trajo la doctrina de salvación parecería que no puede ser un mortal. Entonces, va preparando la escena para divinizarlo, pero no para convertirlo en una divinidad, como cualquiera de las otras del panteón, que no nos han dejado nada. Porque, al fin y al cabo –dirá más adelante–, “si yo no bebo vino (Líber, o sea, Baco) y no como trigo (Ceres, es decir, Deméter), hay otros alimentos y hay otros líquidos con los que puedo alimentar mi cuerpo. Hay pueblos que no comen trigo ni beben vino y, sin embargo, siguen viviendo”. Y todas las leyendas hercúleas que después enumera: “suponiendo que existiesen –ningún epicúreo diría que existen–, si yo no voy por donde están el león de Nemea, la Hidra de Lerna, Gerión de triple cuerpo, el jabalí de la Arcadia, etc., no pasa absolutamente nada. ¿Qué valor tienen? Ninguno. Todo esto es fantasía. Lo que no es fantasía es que no se puede vivir sin un corazón purificado, libre de temores”. Extraordinario. Imagínense ahora el pacto de la obra de Lucrecio con el cristianismo. Yo no puedo vivir en paz, si no he hecho un examen de conciencia y expulsado todos los vicios. Para esto no se necesita ni un escudo, ni un yelmo, ni una jabalina, ni una espada, ni nada. Es extraordinaria la proposición que hace Lucrecio a lo largo de estos sesenta versos del proemio».

La clase estaba exquisita. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, el calor iba aumentando y el aire de esa pequeña sala de la biblioteca se volvía cada vez más espeso. Los empañados ventiluces mostraban que afuera había anochecido por completo y en un rincón se proyectaba el flamear de los calefactores sobre la encuadernación oscura de unas enciclopedias. Estábamos tan apretujados en el único pasillo levemente iluminado, apoyados unos sobre otros, que era imposible tomar apuntes. Sentí el cansancio de todo el fin de semana descender hasta mis pies. Maldije no haberme quitado la campera y la bufanda antes de sentarme. Ahora ya no podía sacármelas y la humedad de la campera se fundía con el sudor que empapaba mi remera. Creí tener fiebre. Otra vez, afuera comenzaba a llover.

«Entonces, si uno en verdad tiene que elevar a la categoría de divinidad a alguien –está diciendo Lucrecio–, si vamos a ir por ese lado, por la categoría de la divinidad, evidentemente, *deus ille* (8). Aquel fue verdaderamente una divinidad, fue un dios. Aquel, famoso Memmio (*inclute Memmi*, 8). Aquel fue el primero (*princeps* [9], palabra importante, “primera cabeza”, “primero”), el primero que encontré y nos trajo la verdadera razón de la vida, la verdadera norma (“regla”, pues *ratio* tiene muchas acepciones), la norma verdadera del vivir, la que ahora se llama *sapientia*. *Sapientia*, luego, en el vocabulario latino, puede significar “filosofía”. “La que ahora se llama filosofía”. Y fíjense: “En medio de esos oleajes tan tremendos de la vida, este hombre fue a apaciguar esos oleajes y a mostrarnos un cielo claro. La tormenta en la que nos encontrábamos se disipa, cuando encontramos la sabiduría, la filosofía verdadera que nos trae Epicuro; se aquietan las aguas y aparece un cielo radiante (*clara luce*, 12)”. El género humano andaba deambulando en una suerte de tormenta espiritual, hasta que pudo enterarse de la filosofía epicúrea, de cómo funcionaba el mundo. Y yo lo diría en términos de Max Scheler: estaba perdido, hasta que pudo conocer “cuál es su puesto en el cosmos” (hay una obra famosa de Max Scheler que se llama *El puesto del hombre en el cosmos*). “Cuando descubrimos nuestro papel en la naturaleza, tenemos clara conciencia de lo que tenemos que hacer y, entonces, las aguas se calman, y tenemos otra perspectiva de vida, y ya no estamos tan confundidos como estábamos, hasta antes de enterarnos de la filosofía epicúrea. Esta es la doctrina de salvación...”».

Un rayo cayó cerca y la lamparita que colgaba sobre la cabeza del profesor parpadeó. “Estamos en la confusión pre-epicúrea”, bromeó Juan Manuel. Todos rieron. Yo apreté fuerte los ojos, porque el dolor de cabeza no me dejaba reír. No recuerdo a quién tenía a mi izquierda, pero esa persona seguramente empezaba a sufrir el peso de mi cuerpo, cada vez más fuerte. Ya no dudaba de la fiebre...

“La simbología de la tempestad y la del alma están muy presentes en la Biblia”, comentó alguien. «Claro –respondió el profesor–, porque estos son símbolos comunes a la humanidad, no les pertenecen ni a unos ni a otros, solo hay que ver cómo los utilizan unos y otros. Y también analizar cuál es la cadena de precedencia de unos y otros, por decirlo de alguna manera. En Lucrecio, vemos que la tormenta es algo más que la física, es también una tormenta espiritual. ¿Qué es la tormenta del canto primero de la *Eneida*? Virgilio, evidentemente, se fijó muy claramente en cuál era la tormenta por la que atravesaba Eneas. ¿Es una tormenta real o no lo es? Entonces, la cadena de precedencia de Virgilio es muy clara, porque tuvo en la base de su formación a Lucrecio. Si leen todo el *De rerum natura*, verán que el Libro II comienza, justamente, con un observador que mira cómo un barquichuelo es sacudido en altamar de un lado al otro por la tormenta. Y hay toda una reflexión acerca de quién ha entendido cuáles son los significados de la tormenta, y entonces puede contemplar cómo otro, que no ha entendido, es vapuleado, justamente, a merced de las olas». “Parece la oda de Horacio: ‘no te vayas

muy lejos de lo profundo', la que habla sobre cómo manejarse en la tempestad",⁸⁹ dijo Ana. «Sí, exactamente –continuó el profesor–, es una imagen que atraviesa la literatura de diversas maneras, que cada uno usa con distintos fines: "Pobre barquilla mía, entre peñascos rota, sin velas desvelada, y entre las olas sola", revive Lope de Vega. En el caso de Lucrecio y de Virgilio, como son afines, entonces, uno ve la relación de precedencia de uno a otro. Y no solo ve la relación de precedencia, sino también algo que era muy común entre los antiguos: el principio de *imitatio* y de *aemulatio*».

Afuera llovía más fuerte. Las ráfagas de viento hacían chillar los marcos de los ventilucos que, azotados por grandes masas de agua, estaban prontos a estallar. La luz volvió a menguar, pero el profesor ni nadie se inmutó. Yo mantenía mi vista fija en el señalador trémulo de un libro de derecho penal, que temblaba con cada estruendo que venía del exterior. El calor había llegado a su punto máximo. Ana, la única que tenía salida al pasillo, se levantó para apagar los calefactores. Muchos le agradecieron la gentileza. No sé si el resto estaba tan sofocado como yo. Sentí que entre el infierno y mi cabeza no había muchas diferencias. Se me cerraban los ojos, así que los mantuve cerrados por un rato.

«Recuerden, Quintiliano lo dice con mucha claridad en las *Instituciones oratorias*:⁹⁰ "no se trata simplemente de imitar. Imitar, imitamos todos; lo importante no está en el imitar, y el hecho por el cual destaquemos a un autor por encima de otro no es porque haya imitado". Es como si Quintiliano dijera: "ya sabemos que el mundo es imitación", cosa que a nosotros todavía nos cuesta entender –rio socarronamente el profesor–. "La cuestión no está en la *imitatio*", dice Quintiliano, "la *imitatio* es nada más que la base de lanzamiento. Lo importante es la *aemulatio*", es decir, dentro de la imitación, está la emulación. ¿Qué implica la *aemulatio*? Implica superar a aquel a quien se imita. Es decir, dar una nueva vuelta de tuerca, superar a aquel al que se ha imitado.

«Pruebas al canto: acabamos de leer el verso 8, *dícendúmst, deus ille fuít, deus, ínclute Mémmi*: "si hay que decirlo, un dios fue aquel, un dios, ilustre Memmio". Si vamos a la *Bucólica* quinta de Virgilio, el verso 64 dice: *ípsa sonánt arbústa: "deús, deus ille Menálca"* ("hasta los arbustos resuenan: '¡un dios, un dios fue aquel, Menalcas!"). Ahí lo tenemos, *deús, deus ille*. Virgilio toma este sintagma en la *Bucólica* quinta, se lo atribuye a Dafnis y, al fin y al cabo, hace una *imitatio* superior, una *aemulatio*. Porque, fíjense, nada más que en el ritmo ya lo supera: *dícendúmst, deus ille fuít, deus, ínclute Mémmi* (Lucrecio). *Ípsa sonánt arbústa: "deús, deus ille, Menálca"* (Virgilio). La delicadeza extraordinaria de Virgilio que supera fónicamente a Lucrecio. ¿Qué hizo Virgilio? En Lucrecio, *deus* está siempre en el mismo ritmo, carece de distinción tonal; dice: *deus ille fuít, deus*. En cambio, Virgilio dice *ípsa sonánt arbústa: "deús, deus..."*. Es decir, hace el segundo *deus* con una acentuación distinta, más tenue, como si fuera el eco del primero. Como en la *Bucólica*

89 Cfr. *carm.* 1, 14.

90 Cfr. *inst.* 10, 2.

se trata del canto de Menalcas, cuando uno canta y canta una palabra, el eco viene, pero ya no viene tan claro como uno lo pronunció, sino que viene disminuido. Entonces: *deÚs, deus...* hay muchas de estas repeticiones en Virgilio. Entonces, en el aspecto fónico ya lo supera a Lucrecio, porque el verso de Lucrecio también habla de un canto (el *dicendumst* de Lucrecio significa también “hay que cantarlo”). Lucrecio: *deus... deus*. Virgilio: *deús, deus*. Es decir, está reproduciendo lo que sería el eco. ¿Por qué? Porque dice que los arbustos resuenan y, si resuenan, son como un canto que va y que vuelve. Y, si vuelve, ya sabemos que, cuando regresa, la misma palabra ya no vuelve acentuada, sino un poco disminuida. El eco tiene esto; bueno, Virgilio lo reproduce. Maravilloso. De esto, en Virgilio hay mucho, muchísimo, es decir, se percibe con mucha claridad. Recuerdo otras bucólicas, pero no viene al caso. Ahora, esto sucede en el aspecto fónico, que es extraordinario, pero en el aspecto semántico hay una inversión muy clara. Es decir, por un lado, hay una continuidad de parte de Virgilio al imitar a Lucrecio. Por otro lado, una inversión, porque ¿qué dice Lucrecio? Dice: “si tuviéramos que designar a alguien como divinidad, debería ser, justamente, a Epicuro, porque nos trajo algo que es incomparable” –a pesar de que ahora va a decir *confer*, “comparemos”–. Pero no se puede comparar lo que trajo Epicuro con lo que nosotros tenemos en el acervo cultural: Ceres, Baco, Hércules. ¿Por qué? Porque lo de Ceres, Baco o Hércules son cuestiones parciales, que no tienen que ver con el aspecto central del meollo, que es la salvación, porque para Lucrecio se trata de la salvación integral del hombre. Estos son, en todo caso, placeres: Ceres, el placer de la comida; Baco, el placer de la bebida; y los trabajos de Hércules, el placer del mito, nada más. Porque, evidentemente, la Hidra de Lerna y los otros monstruos no existieron. En cambio, la victoria de Epicuro es radical, tiene que ver con la salvación personal y colectiva.

«Ahora bien, este es Epicuro, un personaje que es humano y que debería, si tuviésemos que hablar de divinidades, ser elevado a la categoría de dios. Si alguien lo merece, es él, no todos los precedentemente mencionados. Entonces, ¿por qué Virgilio invierte a Lucrecio? Invierte el término semántico porque, en verdad, este “*deus, deus ille, Menalca*” se refiere a Dafnis. Y a Dafnis después de muerto, cuando se ha regenerado y está en el Olimpo. Este es el canto de Menalcas, quien repite lo que le ha contado la naturaleza: “los mismos arbustos resuenan y dicen: ‘una divinidad, una divinidad es aquel, Menalcas’”, es decir, remite a Dafnis. Así que hay un juego que no es lineal, a esto me refiero. Virgilio toma a Dafnis y también lo aplica a un *quis*, pero son calidades distintas. Es decir, para Virgilio hay algo más que lo humano. Y uno puede llegar a ese algo más si muere y renace a una vida distinta. Los cristianos se deben haber quedado pasmados con esta idea. Obviamente, leían con lupa a Virgilio, sin ninguna duda. Al fin y al cabo, uno no puede hablar de “renacimiento” o “resurrección” porque todavía no tenemos vocabulario cristiano que lo pueda designar de esa manera, pero sí podemos hablar de regeneración, transustanciación, apoteosis, hipóstasis, todas estas palabras. Ahora bien, a los cristianos qué les importa, si, total, convirtieron la *Bucólica* cuarta de Virgilio en un texto cristiano, cuando no es nada cristiano –rio el

Caen según su matriz, de lluvia las gotas corruptas.
Clama la Luz del Jardín, verter la cadencia digna,
que atrae la amarga lectura de temas muy exigentes.

*

Voces detrás del negro tapial contra el bosque agitando.
Sobrio, escucho gritos de horror en las turbidas olas.
Veo un bajel que se hunde. Prima la angustia y la nave
se abre en surcos; inunda el mar la suave madera,
ruge la quilla y ofrece vencida el flanco al ponto.
Nada pudo hacer la confusa virtud navegante,
más que llorar en la muerte el espanto de eternas penas:
tienden sus manos al cielo implorando sacros favores...
Tan evitable premura obedece a la impía costumbre,
pino naval, que por lucha y busca de oro y plata
hinche tu andar. La avidez de poder, las fábulas vanas
de religión, oh linaje infeliz y afanado de hombres,
prenden y enturbian tu suerte con cuantas angustias y penas
puedan caber: temerarias filas de hombres audaces
tronchan ásperos montes y anuncian dolores de guerra
–corre su vida en tinieblas, acuden al pecho temores–;
pérfidos, buscan poder traicionando a su patria, a sus padres,
casa y a aliados –por pugnas absurdas asolan y enferman:
bienes, dinero, fama y hasta inútiles ropas–;
templos y tumbas visitan, cultos lustrales practican,
rezos y cantos a un dios en momentos adversos ofrecen;
con regodeos presumen cultura, sangre y honores,
pues su ansiedad descontrola conductas, deseos y amores;
todos adornan la angustia y visten con sedas de oriente,
solo agigantan su inmundicia y cobijan temor a la
muerte...

Un efebo interrumpió mi meditación: *vago y mal entretenido*, pensé. Cuando desaparecieron todas esas extrañas formas presurosas: la carta, los nombres, los simulacros y las foráneas voces del porvenir –sonidos familiares–, me incorporé y fui a buscar a Filodemo.

Franco Andrés Lucarelli

Bibliografía

Fuentes

- Bailey, C. (ed. y trad.) (1947), *Titi Lucreti Cari De Rerum Natura Libri Sex*, Oxford, 3 vols.
- Butterfield, D. (2013), *The early textual history of Lucretius' De rerum natura*, Cambridge.
- Conte, G. B. (ed.) (2009), *P. Vergilius Maro. Aeneis*, Berlín.
- Dessau, G. (ed.) (1892), *Inscriptiones Latinae Selectae*, vol. 1, Berlín.
- Martin, J. (ed.) (1969), *T. Lucreti Cari [Lucretius]: De Rerum Natura Libri Sex. Quintum Recensuit Joseph Martin*, Teubner.
- Mastandrea, P. & Arrigoni, S. (eds.) (18 de febrero de 2021), *Ennius annalium fragmenta 58-59. Musisque Deoque. Un archivio digitale di poesia latina, dalle origini al Rinascimento italiano*. Recuperado el 1º de agosto de 2021 de <http://www.mqdq.it/texts/ENN|anna|058>.
- Munro, H. A. J. (ed. y trad.) (1864), *Titi Lucreti Cari De Rerum Natura Libri Sex*, Cambridge.
- Mynors, R. A. B. (ed.) (1972), *P. Vergili Maronis Opera*, Oxford.
- Nascimento, A. A. & Díaz de Bustamante, J. M (eds.) (1984), *Comentario a las Bucólicas de Virgilio*, Santiago de Compostela.
- Skutsch, O. (ed.) (1985), *The Annals of Q. Ennius*, Oxford.
- Soler Ruiz, A. (1990), Apéndice Virgiliano, Madrid.
- Tovar, A. (ed.) (1951), *Virgilio. Églogas*, Madrid.
- Valentí-Fiol, E. (trad.) (1976), *T. Lucrecio Caro. De la naturaleza*, vols. 1-2, Barcelona.

Instrumenta

- Castelli, G. (1987), "Lucrezio", en Della Corte, F. et al. (eds.), *Enciclopedia virgiliana*, vol. 2, Roma, 263-271.

Estudios críticos

- Bailey, C. (1931), "Virgil and Lucretius", *PCA* 28: 21-39.
- Bravo, F. (2012), "Polémico Saussure: la hipótesis del anagrama o los albores de un escándalo estructural", *Despalabro. Ensayos de humanidades* 6: 27-44.

- Buglass, A.; Fanti, G. & Galzerano, M. (2019), "Didactic and epic: origins, continuity, and interactions", en Reitz, C. & Finkmann, S. (eds.), *Structures of Epic Poetry. Volume I: Foundations*, Berlín-Boston, 213-274.
- Conington, J. & Nettleship, H. (1963), *The Works of Virgil (Vol. 1)*, Londres.
- Conte, G. B. (1986), *The Rhetoric of Imitation. Genre and Poetic Memory in Virgil and other Latin Poets*, Nueva York.
- Dionigi, I. (1988), *Lucrezio. Le parole e le cose*, Bologna.
- (2008), "Lucretius, or the grammar of the cosmos", en Beretta, M. & Citti, F. (eds.), *Lucrezio. La natura e la scienza*, Firenze, 27-34.
- Edmunds, L. (2001), *Intertextuality and the Reading of Roman poetry*, Baltimore.
- Farrell, J. (1991), *Vergil's Georgics and the Traditions of Ancient Epic*, Nueva York-Oxford.
- Farrell, J. (2007), "Lucretian architecture: the structure and argument of the *De rerum natura*", en Gillespie, S. & Hardie, P. (eds.), *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge, 76-91.
- Fay, E. W. (1920), "Scipionic Forgeries", *CQ* 14: 163-171.
- Florio, R. (2022), "Lucrecio, Átomos y Letras, Borges. Memoria, arte combinatorio y asociación", en La Fico Guzzo, M. L.; Gambón, L.; Marrón, G.; Carmignani, M. & Rodríguez, G. (eds.), *La retórica heroica: construcción y reformulación a través de la épica y la tragedia*, Bahía Blanca, 99-134.
- Frampton, S. A. (2019), *Empire of Letters. Writing in Roman Literature and Thought from Lucretius to Ovid*, Oxford.
- Frank, T. (1921), "The Scipionic Inscriptions", *CQ* 15: 3/4 169-171.
- Friedländer, P. (2007), "Pattern of Sound and Atomistic Theory in Lucretius", en Gale, M. R. (ed.), *Oxford Readings in Classical Studies. Lucretius*, Oxford, 351-370 [1941].
- Gale, M. R. (2007), "Introduction", en Gale, M. R. (ed.), *Oxford Readings in Classical Studies. Lucretius*, Oxford, 1-17.
- Genette, G. (1982), *Palimpsestes. La littérature au second degré*, París.
- Ghyka, M. C. (1968), *El número de oro. Ritos y ritmos pitagóricos en el desarrollo de la civilización occidental. Vol. 1: Los ritmos*, Barcelona.
- Gorey, M. M. (2021), *Atomism in the Aeneid. Physics, Politics, and Cosmological Disorder*, Oxford.
- Guillemin, A. M. (1982), *Virgilio. Poeta, artista y pensador*, Barcelona, [1951].
- Hardie, P. (1986), *Virgil's Aeneid: Cosmos and Imperium*, Oxford.

- (2007), “Lucretius and later Latin literature in antiquity”, en Gillespie, S. & Hardie, P. (eds.), *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge, 111-128.
- Hardwick, L. (2003), “Receptions Studies”, *G&R* 33: I-129.
- Jauss, H. R. (1982), *Toward an Aesthetic of Reception*, Minneapolis.
- Kristeva, J. (1967), “Bajtín, la Palabra, el Diálogo y la Novela”, en Navarro Pérez, D. (trad.), *Intertextualité. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto*, La Habana, 1-24.
- Martínez Bermejo, M. d. l. Ll. (2017), *La recepción de la tragedia fragmentaria de Eurípides. De Platón a Diodoro Sículo*, Salamanca.
- Merrill, W. A. (1918a), “Parallels and Coincidences in Lucretius and Virgil”, *Univ. Calif. Publ. Class. Phil.* 3: 135-247.
- (1918b), “Parallels and Coincidences in Lucretius and Ennius”, *Univ. Calif. Publ. Class. Phil.* 4: 249-263.
- Nougaret, L. (1963), *Traité de Métrique Latine Classique*, París.
- Sellar, W. Y. (1877), *The Roman Poets of the Augustan Age: Virgil*, Oxford.
- Starobinski, J. (1996), *Las palabras bajo las palabras*, Barcelona [1971].

Carta novena

Sobre el sentido de la existencia

Querido Lucrecio:

Sobre el final de esta serie de cartas quería volver sobre un tema que hemos tocado parcialmente en nuestro anterior intercambio epistolar: la angustia de la existencia humana. Lo primero que querría decir es que yo la tengo. Sufro, en algunos momentos, de esa angustia. Y la sufro con culpa. La culpa que siento es el producto de la conciencia de que no podría sufrirla si no tuviera resueltas otras angustias más urgentes: la de poder comer todos los días, la de tener una casa, la de tener una buena salud, la de que mis hijas puedan estudiar y con ello tengan oportunidades en la vida. Cientos de miles de mis compatriotas no tienen estas ventajas (que en realidad son derechos). Yo soy un privilegiado. Alguna vez me acusaron de aristócrata y oligarca (querido maestro, en otro contexto y otras discusiones...), y en cierta medida el no sufrir la pobreza que atormenta a gran parte de mis compatriotas me hace pensar en esas calificaciones (claro que quienes las proferían eran al menos desde esta perspectiva tan oligarcas como yo...). Pero es mi deseo, y por ello trabajo desde mi humilde lugar de profesor de una universidad pública, de que esa condición de pobreza y angustia vaya cambiando con el tiempo en nuestro suelo. Cada vez que alguno de nuestros estudiantes (vos te referirías a ellos como discípulos) obtiene su diploma, siento una gran alegría, la alegría de colaborar con una causa justa que puede ayudar a cambiar la vida de otro. Entonces, debemos trabajar para lograr que nuestros conciudadanos puedan gozar de los mismos derechos y oportunidades que tenemos nosotros. Ese es el llamado de la justicia. Nuestra libertad y nuestra capacidad de amar definirán de qué forma atendemos ese llamado.

Pero aun si lográramos erradicar completamente el flagelo de la pobreza, creo que nos acecharía un segundo nivel de angustia: somos parte de una sociedad en la que nuestra actividad oscila entre trabajar y consumir (aunque no

todos). Muchísimos de nuestros trabajos carecen de significado trascendente (no hablo de trascendencia absoluta, sino de significado humano), son repetitivos, aburridos y en muchos casos solo persiguen como objetivo la maximización de la producción o el beneficio de alguien, que no solemos ser nosotros mismos. Pero cuando no estamos trabajando, consumimos. Consumimos (si somos parte de los afortunados que pueden hacerlo) cosas que en muchos casos no necesitamos; la moda nos obliga a cambiar lo que vestimos, la apariencia nos obliga a cambiar el celular y el auto. También consumimos “experiencias”: Starwars en Miami, cultura en Europa, iluminación en Nepal. Pero en una sociedad con estas características: ¿la gente es feliz? Por lo que he visto al vivir en otros lados, me parece que esas sociedades no sufren el tormento de la pobreza, pero raramente son felices en el sentido epicúreo del término. Más bien creen que son felices, pero por debajo de ellas corre un río subterráneo de angustia, soledad y aislamiento: ya me compré todo, ¿y ahora qué? ¿Esto es todo? ¿La vida era esto?

Entonces, ¿de dónde vienen estos males últimos? ¿Cuál es su origen? Yo pondría pensar si no provienen de una realidad sencilla y de la cual vos te has ocupado: **nos vamos a morir y la existencia no tiene un sentido absoluto**. Es la soledad, el aislamiento y la angustia que resultan de la comprensión de lo **absurdo de nuestra existencia**. Nos vamos a morir y la vida no tiene un **sentido absoluto**. Querido maestro, me parece que vos mismo relativizabas el sentido de lo que existe cuando decías:

*Ciertamente la tierra en todo tiempo
carece de sentido, y ella misma
debe las producciones que tenemos
de átomos a la varia muchedumbre
que en su seno contiene. Mas si alguno
quiere más que se llame al mar Neptuno
y a los mases poner nombre de Ceres,
y si el nombre de Baco prefiere
a aquel vocablo propio que tenemos,
concedamos también llamar la tierra
con el nombre de madre de los dioses,
aunque tal madre fabulosa sea.¹*

Por el tono de mis cartas anteriores, habrás visto que coincido con tus consideraciones. Como no tengo la habilidad poética que tan maravillosamente desplegaras en tu poema, resumiré como solemos hacer los científicos, con un cuadro (cuadro 1), estas ideas. Nuestro problema es que los humanos estamos mal hechos. Tenemos una serie de “inconsistencias” entre algunas de las “funciones humanas” y la

1 Lucrecio. *De la naturaleza de las cosas*. Edición de Agustín García Calvo. Madrid: Cátedra, 2015, p. 163, versos 653-660.

realidad de la naturaleza. La evolución nos ha dotado de un órgano maravilloso, el cerebro. Este órgano, entre otras funciones, se dedica a asignar sentidos: aquello es un gato, me pica el pie porque me picó un mosquito, la raíz cuadrada de 4 es 2. Ahora, esa misma asignación de sentido se aplica a nosotros mismos, y ahí, querido Lucrecio, es cuando, en mi opinión, se empieza a armar un gran despelote.

Cuadro 1. Las inconsistencias humanas centrales

Primera inconsistencia central: nuestro cerebro es una máquina de asignación de sentidos, pero el universo carece de él. Para suavizar esta inconsistencia, surge el mito de lo sobrenatural (o sobrenatural).

Segunda inconsistencia central: somos animales y por lo tanto estamos sujetos al destino final de los vivientes: la muerte. Como para el resto de los animales, no hay trascendencia a este final. Durante la vida experimentamos la contingencia, el azar y el caos propio del universo.

Corolario individual de la primera y la segunda inconsistencia: el conocimiento de la primera y segunda inconsistencia produce angustia y esta, a su vez, aislamiento y soledad, lo que incrementa la angustia.

Solución a las inconsistencias centrales: el amor, entendido como la fusión interpersonal sin pérdida de la individualidad, es la estrategia humana que permite superar el aislamiento y la soledad.

El tocar el vacío de la ausencia de sentido produce angustia, soledad y aislamiento. Es lo que un filósofo del siglo pasado llamado Sartre (que creo que te habría caído bien) llamaba “la náusea”. Por supuesto, la pregunta inmediata es: ¿y entonces qué? ¿Cómo nos sobreponemos a esto? Probablemente, el primer paso sea tomar conciencia del “absurdo” de la existencia, del hecho de que somos hijos del azar. Me vienen a la memoria estos versos tuyos:

*Porque seguramente los principios
de la materia no se han colocado
con orden, con razón ni inteligencia,
ni han pactado entre sí sus movimientos;
antes diversamente combinados,
desde la eternidad por el espacio
agitados con choques diferentes,
juntas y movimientos van probando,
hasta que se colocan de manera
que esta suma criada se mantiene;
la cual por muchos siglos conservada,
y puesta en conveniente movimiento,*

*hace con largas ondas que los ríos
abastezcan los mares insaciables;
que la tierra sus frutos reproduzca
con los rayos del sol alimentada;
y que reproducidas las especies
de los brutos florezcan, y que vivan
los fuegos celestiales resbalando:
no sucediera si infinita copia
de los principios no estuviera siempre
reparando las pérdidas continuas:
así como los brutos sin sustrato:
se van aniquilando, y por fin mueren;
de la misma manera el todo debe
perecer al momento que mataría
de su recto camino extraviada
no suministre pávulos a los cuerpos.²*

Querido maestro, no queremos aceptarlo, pero somos hijos del azar de los “principios”, es decir, del azar de los átomos. Pero además somos hijos del azar de nuestras particulares circunstancias personales. Pienso en la absoluta casualidad de ser quien soy. Mi abuelo paterno (con una carga genética específica) cuidaba cabras en el Pont d’Armentera (Cataluña). A los 15 años viajó solo a Buenos Aires. Más tarde conoció a mi abuela (con otra carga genética específica), hija también de catalanes, se casan y tienen un único hijo, mi padre (que tiene la combinación genética de ambos). Mi madre es el fruto de un obstinado trabajador cordobés (mi abuelo, con una cierta carga genética) y una hija de criollos (con la suya correspondiente). Mi padre y mi madre se conocen porque viven en el mismo barrio (por pura casualidad). Un día, soy concebido yo y reúno la carga genética azarosa de todos estos ancestros. Si mis padres lo hubiesen intentado un día antes o un día después, yo no habría sido (habría sido otro espermatozoide y por lo tanto otro). Si cualquiera de los personajes o las circunstancias que permitieron que estos personajes se encontrasen y se reprodujesen hubiesen sido distintas, yo no sería. Y lo mismo vale para cada ser humano. Somos una trayectoria particular dentro del inmenso (estoy tentado de decir infinito, pero no estoy seguro) conjunto de lo posible.

Esta contingencia y este azar marean. Pero, por si esto fuera poco, a esto se suma que nuestra naturaleza humana, aquello a lo que algunos llaman alma, parecería ser tan mortal como nuestro cuerpo.

*Sin embargo, es preciso que confieses
de átomos insensibles ser formados*

2 Lucrecio, *op. cit.*, p. 131, versos 1021-1042.

*todos los cuerpos que de sentimiento
están dotados; la experiencia misma
apoya esta verdad, no solamente,
sino que te conduce por la mano
y te muestra nacer los animales
de insensibles recónditas semillas.³*

*Esta razón enseña ser corpórea
de ánimo y alma la naturaleza;
pues si hacen que se muevan nuestros miembros,
si nos arrancan del profundo sueño,
y si el color del rostro ellos alteran,
y a todo el hombre rigen y gobiernan,
estas operaciones sin contacto
no se pueden hacer, ni ciertamente
el contacto sin cuerpo; ¿por ventura
negaremos que el ánimo y el alma
son de una corporal naturaleza?⁴*

*Proseguiré diciéndote en canciones
dignas de que te ocupen mientras vivas,
que nacen los espíritus, y mueren
con nuestro cuerpo las ligeras almas;
de un penoso trabajo prolongado
mi canto es dulce fruto: bajo un nombre
procura reunir estas sustancias,
pues juntas forman un compuesto solo;
y cuando te enseñaré, verbigracia,
ser el alma mortal, cree que digo
ser mortal el espíritu como ella.⁵*

Ahora, si la mayoría de las circunstancias que nos trajeron a este mundo no responden a ninguna razón, si somos arrojados a la existencia sin consulta, y si todo el tiempo que vivamos tendremos conciencia de que sobre nosotros pesa la pena de una ejecución absoluta: ¿cómo es posible darle un sentido a nuestras vidas?, ¿cómo podemos sostener cierta cordura en el medio de este absurdo?

Evidentemente, nos hace falta un horizonte, un marco de referencia; aunque no me guste decirlo, casi diría, una religión. Usted y yo coincidimos en que la respuesta no está en las religiones tradicionales (a modo de reserva, preservaría

3 Lucrecio, *op. cit.*, p. 172, versos 863-870.

4 *Ibíd.*, p. 194, versos 156-166.

5 *Ibíd.*, p. 205, versos 419-429.

la moral de la caridad cristiana: el amor), pero tal vez sí en el sentido amplio de la palabra religión (re-ligar, volver a unir). ¿Qué es lo que tendríamos que re-ligar? Tal vez nuestro sentido de la existencia, mayoritariamente ahogado y reprimido por nuestra cotidianeidad. Esta nueva religión podría hermanarnos, no ya por ser todos hijos semejantes del mismo dios, sino por ser todos hermanos en la misma tragedia humana: somos hijos del azar y nos vamos a morir. Tal vez esta tragedia ayude a desarrollar en nosotros una empatía por los demás que tal vez llegue a parecerse en algún momento a la caridad cristiana.

Maestro, me despido con el deseo de verlo pronto (aunque me duele saber que eso no será posible en la realidad).

*Prof. Javier Montserrat
Los Polvorines, Buenos Aires*

Epílogo*

Queridos lectores, me ha llevado casi tres años de trabajo catalogar y estudiar todo el material que trajéramos de nuestra expedición arqueológica a la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) en 2149. Personalmente, me involucré con mayor interés en el texto de “Cartas a Lucrecio”. Ese interés no solo fue producto de la rareza del libro, sino de lo circular de su destino: un libro perdido y encontrado, dentro de otro libro también perdido y encontrado.

Esa idea de “circularidad del destino del libro” se me hizo patente luego de leer una copia de un mail (sistema de comunicación de la era digital previa a 2021) que encontré en la misma carpeta donde estaban las biografías de los autores (material al cual referí en el prólogo). Ese mail está aparentemente escrito por uno de los autores y dirigido a uno de los responsables de la editorial de la UNGS. Lo transcribo a continuación para que ustedes puedan juzgarlo directamente:

Hola, Andrés:¹

Antes que nada espero que te encuentres bien. Que bueno lo que me contás sobre que los correctores terminaron el trabajo de Cartas a Lucrecio. Me hace imaginar el trabajo de los viejos monjes en los escritorios de los monasterios (es solo una imagen romántica, sé del trabajo superprofesional que llevan adelante). Entiendo, por lo que me decís, que el texto estaría disponible en formato digital en la página de la editorial, y que el texto en papel se imprimirá “a demanda” (“on-demand”, como se dice ahora). Lo entiendo perfectamente, imagino que es una manera de optimizar los stocks y la eficiencia en la impresión de los libros. Simplemente, y porque estoy viejo, me da la impresión de que el texto digital podría “quedar perdido” en un infinito virtual, casi como estaba perdido el De rerum natura de Lucrecio en

* Escrito por Javier Montserrat.

1 Por la información de personal que pudimos traer, Andrés era un trabajador de la editorial de la universidad.

el monasterio de Fulda. Por otro lado, me da un poco de temor (y te repito, simplemente porque estoy viejo) confiar completamente en la virtualidad, ¿y si pasa algo? Ya sé, me vas a decir: ¿qué va a pasar, chabón? Como te decía antes, probablemente sea cosa de viejos.

Por favor, anotame para la impresión con un ejemplar del libro para cada autor (Roberto Mattos, Franco Lucarelli, Martina López Casanova, Eduardo Rinesi, Anita Zalts y Javier Montserrat), y por favor contá uno más, que voy a dejar en la biblioteca de mi oficina.

Saludos, Javier²

Evidentemente, el texto que encontramos en la oficina es el mismo que se menciona en el mensaje, lo cual es una curiosa casualidad, de esas que ocurren pocas veces en la vida profesional.

Me gustaría remarcar un par de cuestiones que me impresionaron del cuerpo del mensaje: la paradoja de que un libro pueda “quedar perdido” en el momento de máximo apogeo de la difusión digital; y el temor ante la falta de trascendencia (tal vez banal y asociada al reconocimiento del libro), pero me da la impresión de que tal vez más existencial y asociada con la cercanía del final, al menos personal, del autor (por su mención a la vejez).

Estas dos cuestiones: la distinción de algo que podamos llamar conocimiento (y que se pueda distinguir del “ruido de fondo”) y el temor ante la muerte son también dos cuestiones que irrumpen de a ratos en mi vida, presentándose a veces como temores y otras como motivaciones para mi trabajo. Por esta razón, este libro resultó tan personal e interesante para mí.

Queridos lectores, espero que lo hayan disfrutado tanto como nosotros. Nos reencontraremos en el próximo libro o en alguna clase de la universidad.

*Marcelo Perotti
Universidad de Mar del Plata (2154)*

2 Presumiblemente, Javier es Javier Montserrat.

Apéndice 1

Discurso preliminar del *Tratado elemental de química* de Antoine-Laurent de Lavoisier (1789)¹

Quando emprendí esta obra, solamente me propuse dar alguna mas extensión á la Memoria leída en la Junta pública de la Academia de las Ciencias de París del mes de Abril de 1787, sobre la necesidad de reformar y perfeccionar la nomenclatura química.

Pero trabajando en ello conocí, mejor que nunca, la evidencia de los principios establecidos en la lógica y otras obras del Abate Condillac: á saber, “que no pensamos sino con el auxilio de las palabras: que las lenguas son unos verdaderos métodos analíticos: que el Algebra, la mas sencilla, exacta y mas propia en el modo de expresar las cosas, es al mismo tiempo una lengua y un método analítico; y en fin, que el arte de raciocinar no es otra cosa que una lengua bien formada. Así es que cuando creía ocuparme solamente en la nomenclatura, quando mi único objeto era perfeccionar la lengua química, hallé que mi obra se había transformado insensiblemente, y sin poderlo evitar, en un tratado elemental de Química.

La imposibilidad que se encuentra en separar la nomenclatura de la ciencia, y la ciencia de la nomenclatura, depende de que toda ciencia física se forma precisamente de tres cosas: de la serie de hechos que constituyen la ciencia: de las ideas que los recuerdan, y de las palabras que las expresan. La palabra debe hacer nacer la idea; y esta debe pintar el hecho: de suerte que son como tres estampas de un mismo cuño: y como las palabras son las que conservan y transmiten las ideas, resulta que no puede perfeccionarse la lengua sin perfeccionarse al mismo tiempo la ciencia, ni la ciencia sin la lengua; que por mas ciertos que sean los hechos, y

1 Se ha decidido conservar la redacción original de la edición española de 1798.

mas exactas las ideas que produzcan, siempre harán falsas impresiones, si faltan expresiones exactas para manifestarlos.

A poco cuidado que se ponga, se hallarán comprobadas muchas veces estas verdades en la primera parte de este Tratado; pero como me ha sido forzoso seguir en él un orden diametralmente opuesto al que hasta aquí se ha seguido en todas las obras de Química, me es preciso manifestar las razones que he tenido para ello.

Es principio general y constante en las matemáticas y en todas las ciencias demostrativas, que para instruirnos debemos pasar de lo conocido á lo desconocido. En nuestra primera infancia el origen de nuestras ideas son las necesidades; la sensación de nuestras necesidades produce la idea de los objetos propios para satisfacerlas; y por una serie de sensaciones, observaciones y análisis formamos insensiblemente una generación de ideas ligadas entre sí, y en términos de no escaparse enteramente su enlace á los ojos de un observador atento; y este enlace es el que constituye el conjunto de nuestros conocimientos.

Quando empezamos á estudiar una ciencia, estamos respecto á ella en un estado muy semejando á aquel en que se hallan los niños; por lo que el camino que debemos seguir debe ser precisamente el mismo que el que sigue la naturaleza en la formación de las ideas. Y así como en el niño la idea es un efecto de la sensación, y esta produce la idea; así al comenzar á estudiar las ciencias físicas, nuestras ideas deben ser consecuencias inmediatas de un experimento ó de una observación.

Me atrevo á añadir que la situación del que entra en la carrera de las ciencias es peor que la del niño que adquiere sus primeras ideas; pues quando este se engaña en los efectos saludables o dañosos que le cercan, le da la naturaleza infinitos medios para rectificarse. La experiencia le dirige en el juicio que debe formar de las cosas; porque la privación ó el dolor son consecuencias de un juicio falso, y el goce y el placer siguen á un juicio exacto: y con tales maestros se llega bien pronto á ser consecuente, raciocinando bien; quando de lo contrario experimenta privación ó sufrimiento.

Pero no sucede así en el estudio y en la práctica de las ciencias: los juicios falsos que formamos no interesan ni á nuestra existencia ni comodidad: ningún interés físico nos obliga á rectificarlos: por el contrario, la imaginación siempre inclinada á pasar más allá de los límites de lo verdadero, el amor propio y la confianza que nos inspira de nuestras fuerzas, nos hacen sacar consecuencias que no se derivan inmediatamente de los hechos; por manera que en cierto modo parece que estamos interesados en engañarnos á nosotros mismos. Por lo tanto no debe extrañarse que en las ciencias físicas haya por lo común mas suposiciones que pruebas; y que transmitiéndose de edad en edad, hayan ido adquiriendo fuerza con el peso de la autoridad, hasta llegar á adoptarse como verdades fundamentales aun por hombres de gran discernimiento.

El único medio de evitar estos errores es suspender, ó á lo menos simplificar todo lo posible nuestro raciocinio, que es el que puede conducirnos al error:

sujectarle á la experiencia: conservar solamente los hechos que son los datos de la naturaleza, y no pueden engañarnos: no buscar la verdad sino en el encadenamiento natural de los experimentos y observaciones, al modo de los Matemáticos que llegan á resolver un problema por medio de la disposición simple de los datos, y reduciendo el raciocinio á operaciones tan sencillas, á suposiciones tan breves, que jamas pierden de vista la evidencia que les sirve de guía.

Convencido de estas verdades, me he propuesto no pasar jamas sino de lo conocido á lo desconocido: no sacar ninguna consecuencia que no se derive inmediatamente de los experimentos y observaciones, y encadenar los hechos y verdades químicas en el orden mas perceptible para los principiantes. Sujetándose á este plan, era imposible no separarme de los métodos ordinarios. El defecto de todos los cursos y tratados de Química es suponer en las primeras lecciones unos conocimientos que no puede adquirir el discípulo ó el lector hasta las lecciones siguientes. Casi en todos ellos se empieza á tratar de los principios de los cuerpos, y á explicar la tabla de las afinidades, sin advertir que por este método es necesario recorrer desde el primer dia los principales fenómenos de la Química, servirse de voces que no están aun definidas, y suponer instruidos ya en la ciencia á los que se trata de enseñar. Así se experimenta que se aprende muy poco en el primer curso de Química; que apenas basta un año para que se familiarice el oído con el lenguaje, y la vista con los aparatos; y que es casi imposible formar un Químico en menos de tres ó quatro años.

Conociendo que estos inconvenientes no dependen tanto de la naturaleza de las cosas, como del modo de enseñarlas; me he propuesto abrir en la Química un nuevo rumbo, según mi modo de pensar, mas conforme al que sigue la naturaleza. No se me ha ocultado sin embargo que de este modo queriendo evitar una dificultad, me metia en otra, y que me seria imposible allanarlas todas; pero me atrevo á decir que las que quedan por resolver, no dependen del sistema que me he propuesto, sino que son consecuencias del estado imperfecto en que se halla la ciencia. Tiene esta muchas lagunas que interrumpen la serie de los hechos, y exigen suplementos embarazosos y difíciles. Carece de la ventaja que tiene la Geometría elemental de ser una ciencia completa; y cuyas partes están íntimamente ligadas entre sí; pero por otra parte su marcha actual es tan rápida, y el sistema que sigue la doctrina moderna en la colocación de los hechos tan ventajoso, que podemos esperar verla en nuestros días muy cerca del punto de perfeccion de que es susceptible.

Habiéndose propuesto seguir con todo rigor la ley de no deducir mas consecuencias de las que presentan los experimentos, ni suprimir nada de lo que callen los hechos, no puedo comprehender en esta obra aquella parte de la Química, que quizá llegará á ser algún dia la mas exacta, y es la que trata de las afinidades químicas ó atracciones electivas. Los Sepores Geoffroy, Gellert, Berbgman, Scheele, Morveau, Kirwan y otros han recogido ya una multitud de hechos particulares, que solo falta colocarlos en el lugar que les corresponde; pero carecemos aun de datos principales; ó los que tenemos no son bastante exactos y rigurosos para

que puedan servir de basa fundamental á una parte tan esencial de la Química. Ademas la ciencia de las afinidades es respecto á la Química ordinaria, lo que la Geometría transcendental respecto á la elemental; y me ha parecido que no debía complicar con tan grandes dificultades unos elementos, que por su sencillez y claridad serán comprendidos, según espero, por una gran parte de los lectores.

Acaso un sentimiento de amor propio habrá dado importancia á estas reflexiones, sin que yo lo haya percibido. Mr. De Morveau está por publicar el artículo *Afinidad* en la Enciclopedia metódica, y he creído no debía trabajar sobre el mismo asunto en competencia con él. No dexará de extrañarse que en un tratado elemental como el presente se constituían las partes constitutivas y elementales de los cuerpos; pero debo advertir, que el empeño que tenemos de que todos los cuerpos naturales se compongan únicamente de tres ó quatro elementos, es una preocupación heredada de los filósofos Griegos. La admisión de quatro elementos para la formación de todos los cuerpos conocidos por sola la diversidad en sus proporciones, es una pura hipótesis imaginada mucho antes que se tuviesen las primeras nociones de la Química. Se carecia de hechos y sin ellos se formaban sistemas; y ahora que los tenemos, parece que nos empeñamos en no admitirlos, si no se conforman con nuestras preocupaciones: tal es el poder que tiene y tendrá en las generaciones futuras la autoridad de aquellos padres de la filosofía humana.

Pero lo digno de notar es, que entre aquellos Químicos que seguían la doctrina de los quatro elementos, no hay ninguno, que en fuerza de los mismos hechos, no se haya visto forzado á admitir mayor número de ellos. Y así se ve que los primeros Químicos, que escribieron después de la renovación de las letras, miraban al azufre y la sal como sustancias elementales, que entraban en combinación con muchos cuerpos, que es lo mismo que reconocer seis elementos en lugar de quatro. Becchero admitia tres tierras, de cuya combinación y proporciones deducia la diferencia que se advierte entre las sustancias metálicas. Stahl modificó este sistema; y los Químicos que le han sucedido han hecho en él algunas otras variaciones; pero todos se han dexado llevar del espíritu del siglo, que se contentaba con aserciones sin pruebas; o quando mas tenia por tales las probabilidades mas ligeras. Todo quanto puede decirse sobre el número y naturaleza de los elementos, se reduce, en mi sentir, á disputas puramente metafísicas, y que son unos problemas indeterminados que admiten muchas soluciones, siendo probable que ninguna de ellas sea tal vez conforme con la naturaleza. Me contentaré pues con decir, que si con el nombre de elementos queremos especificar las moléculas simples é indivisibles que componen los cuerpos es probable que nos equivoquemos; pero por el contrario, si solamente queremos expresar la idea del último término á que llega el análisis, todas las sustancias que hasta ahora no hemos podido descomponer por ningún medio, son para nosotros otros tantos elementos; no porque podamos asegurar que estos cuerpos que miramos como simples no estén compuestos de dos ó mas principios, sino porque no habiéndose llegado jamás á separarlos, ó por mejor decir, faltándonos los medios para hacerlo, son para

nosotros unos cuerpos simples que debemos mirar como tales, hasta que la experiencia y observación nos manifiesten lo contrario.

Estas reflexiones sobre el progreso de las ideas, se aplican de suyo á la elección de las palabras que deben expresarlas. Fundado en el trabajo que hice en 1787 sobre la nomenclatura de la Química, en compañía de MM. Morveau, Bertollet y Fourcroy, he denotado, siempre que he podido, las sustancias simples con palabras simples, y son las que ha sido forzoso nombrar las primeras. Repetimos que hemos procurado conservar á todas estas sustancias los mismos nombres que tienen en la sociedad, y que solamente los hemos variado en dos casos: 1.º quando se trataba de sustancias nuevamente descubiertas, y cuyos nombres no estaban aun adoptados generalmente: 2.º quando los nombres que les habían dado los antiguos o modernos producían en nuestro sentir ideas evidentemente falsas, ó que podían confundir las sustancias que querían expresar con otras dotadas de propiedades diferentes ó contrarias. En ambos casos no nos hemos detenido en substituir otros nombres que hemos tomado del Griego, procurando que denotasen la propiedad mas general y característica de la sustancia, con lo que se logra la ventaja de aliviar la memoria de los principiantes, que con dificultad retienen una palabra nueva que nada significa, al paso que se les acostumbra desde los principios á no admitir ninguna palabra que no exprese alguna idea.

A los cuerpos formados de la reunión de muchas sustancias simples se han dado nombres compuestos, como lo son las mismas sustancias; pero siendo ya bastante considerable el número de combinaciones binarias, reynaria entre ellas el desórden y confusión, si no hubiésemos procurado clasificarlas. El nombre de clases y géneros, en el órden natural de las ideas, es el que indica la propiedad común á muchos individuos; el de las especies, al contrario, es el que da idea de las propiedades particulares de algunos individuos.

Estas distinciones, lejos de ser metafísicas, existen realmente en la naturaleza. Un niño, dice el Abate Condillac, llama *árbol* al primer árbol que le manifestamos. Luego que ve otro árbol, se le recuerda la misma idea, y le da el mismo nombre: lo mismo hace con el tercero, con el quarto y quantos se le presentan; y he aquí como la palabra *árbol*, dada al principio á un individuo, llega á ser para el niño un nombre de clase ó género, una idea abstracta que comprehende todos los árboles en general. Pero luego que se le haya hecho observar que no todos los árboles tienen los mismos usos, ni dan un mismo fruto; no tardará en saberlos distinguir con nombres específicos y particulares. Esta lógica es común á todas las ciencias, y se aplica naturalmente á la Química.

Los ácidos, por exemplo, se componen de dos sustancias, de las que miramos como simples: de una que constituye su acidez, y es común á todos, de la qual debe tomarse el nombre de clase ó género; y de otra que es peculiar de cada ácido, diferenciándole de los demás, y de ella debe tomarse el nombre específico.

Las sustancias metálicas que han estado expuestas al mismo tiempo á la acción del ayre y del fuego, pierden su brillo metálico; su peso se aumenta, y toman una apariencia térrea, y entonces están compuestas, a modo de los ácidos, de un

principio común á todas, y de otro particular y propio de cada una de ellas; por lo que nos ha sido forzoso el clasificarlas igualmente baxo el nombre genérico de *óxidos*, tomando del principio común, y los hemos diferenciado después con el nombre particular del metal á que pertenecen.

Las sustancias combustibles que sirven de principio específico y particular en los ácidos y óxidos metálicos, pueden servir también de principio común en una multitud de sustancias. Por mucho tiempo solamente se creyeron de este género las combinaciones sulfurosas; pero consta por los experimentos de MM. Vandermonde, Monge y Berthollet, que el carbon se combina con el hierro, y acaso también con otros muchos metales; y que según sus diversas proporciones resulta acero, plumbagina, &c. también sabemos por los experimentos de Mr. Pelletier, que el fósforo se combina con muchas sustancias metálicas. Hemos pues reunido todas estas combinaciones baxo nombres genéricos derivados del de la sustancia común, y dádoles una terminación que represente esta analogía; y las hemos especificado con otro nombre tomado de la misma sustancia.

Alguna mayor dificultad presentaba la nomenclatura de los cuerpos compuestos de tres sustancias simples, tanto por su número como por no poder expresar la naturaleza de sus principios constitutivos, sin emplear nombres mas compuestos. En los cuerpos de esta naturaleza, como por ejemplo las sales neutras, hemos tenido que considerar: 1.º el principio acidificante, que es común á todos: 2.º el principio acidificable, que constituye su ácido propio: 3.º la base salina, térrea o metálica, que determina la especie particular de cada sal. El nombre de cada clase de sales se ha tomado del principio acidificable, que es común á todos los individuos de ella, y se ha distinguido después cada especie con el nombre de la base salina, térrea o metálica que le es peculiar.

Una sal, aunque esté compuesta de los mismos tres principios, puede hallarse en estados muy diversos por sola la diferencia en sus proporciones: por lo que seria defectuosa nuestra nomenclatura, si no expresase esta misma variedad. Se ha conseguido esto variando la terminación, y haciéndola uniforme para todas las sales que se hallan en el mismo estado.

Finalmente hemos conseguido que por solo el nombre se venga al instante en conocimiento de la sustancia combustible que entra en su combinación: si está combinada con el principio acidificante, y en qué proporción: del estado en que se halla el ácido: á que base está unido: si hay saturación completa, o si domina el ácido o la base.

Es claro que para conseguir todos estos puntos era preciso separarnos algunas veces de los usos recibidos, y valernos de unas denominaciones, que á primera vista parecen duras y bárbaras; pero hemos advertido que el oído se acostumbra fácilmente á las voces nuevas, y mas quando están fundadas en un sistema general y razonado. Por otra parte no son ni menos duros ni menos extraordinarios los nombres que se usaban anteriormente, como son los de *polvos de algaroth*, *sal alembroth*, *pompholix*, *agua phagedénica*, *turbith mineral*, *colcothar*, y otros muchos; los cuales piden una gran práctica y memoria para recordar las sustancias

que expresan, y reconocer el género de combinación á que pertenecen. Aun son mas improprios los nombres de *aceyte de tártaro por deliqui*, *aceyte de vitriolo*, *manteca de arsénico* y *de antimonio*, *flores de zinc*, &c. así por las ideas falsas que producen, como porque hablando con propiedad, no hay en el reyno mineral, y menos en el metálico, ni mantecas, ni acytes, ni flores, &c. y finalmente porque las sustancias expresadas baxo estos nombres falaces son unos venenos violentos.

Quando publicamos nuestro ensayo de nomenclatura química, se nos censuró el trastorno que ocasionábamos en la lengua que hablaron, ilustraron y transmitieron nuestros primeros padres, sin advertir que los mismos Bergman y Macquer eran los que mas deseaban esta reforma. El sabio Profesor de Upsal, el ilustre Bergman en los últimos días de su vida decía a Mr. Morveau: *desechad toda denominación impropia: los abios siempre lo entenderán; y los que aprendan, comprenderán con mas facilidad.*

Acaso se me podría reconvenir con mas fundamento en no haber hecho en esta obra una relación histórica de la opinión de mis predecesores, y presentar solamente la mia, sin examinar la de los demás, resultando de aquí el no haber hecho la justicia que deseaba á mis compañeros, y mucho menos á los Químicos extrangeros, pero debe considerar el lector, que el acumular citas en una obra elemental, el detenerse á examinar la parte histórica de la ciencia y trabajo de sus profesores, es perder de vista el trabajo principal, y formar una obra, cuya lectura seria muy desagradable para los principiantes. Ni la historia de la ciencia ni la del espíritu humano deben entrar en un tratado elemental: en él solo debe buscarse facilidad y claridad, huyendo con el mayor cuidado de todo lo que pueda distraer la atención: es un camino que debe irse allanando mas y mas, sin que le quede tropiezo que pueda ocasionar el menor atraso. Bastantes dificultades ofrecen las ciencias por sí mismas, sin añadirles otras que no les pertenezcan tan directamente. Ademas de todo esto, conocerán fácilmente los Químicos, que en la primera parte de esta obra solamente me he valido de experimentos míos; y si alguna vez por inadvertencia he adoptado como míos los experimentos y opiniones de Mrs. Berthollet, Fourcroy, de la Place y otros, que siguen los mismos principios que yo, sin haberlos citado, procede de que la costumbre de vivir juntos, de comunicarnos recíprocamente todas nuestras ideas, observaciones y modo de ver las cosas, han hecho que en algún modo sean comunes todas nuestras opiniones; y que comúnmente no sepamos distinguir la que pertenece señaladamente á cada uno.

Lo que acabo de decir acerca del orden que por precisión he seguido en la serie de las pruebas é ideas, pertenece únicamente á la primera parte de esta obra: en ella se contiene toda la doctrina que he adoptado, y á la que he procurado dar la forma verdaderamente elemental.

La segunda parte se compone principalmente de las tablas ó estados de la nomenclatura de las sales neutras; y solamente he añadido alguna breve explicación para dar á conocer los medios mas sencillos de obtener todos los ácidos conocidos: esta segunda parte no contiene cosa alguna que me pertenezca exclusivamente;

y no es mas que un compendio muy corto de resultados, extractados de varias obras.

En fin, en la tercera parte he descrito menudamente todas las operaciones relativas á la Química moderna, por ser una obra deseada hace mucho tiempo, y creer que pueda ser de alguna utilidad. La práctica de los experimentos modernos no está generalmente muy extendida, y acaso me hubiera dado mejor á entender, y hubiera hecho mayores progresos la ciencia, si en las Memorias que he presentado á la Academia, me hubiera extendido mas en la descripción de las manipulaciones. Y como el órden de esta tercera parte me ha parecido arbitraria, solamente he cuidado de colocar en cada uno de sus ocho capítulos, las operaciones que tienen entre sí más analogía. Es claro que no he podido tomar esta tercera parte de ninguna otra obra, y que en los principales artículos solamente me podía servir de guía mi propia experiencia.

Concluiré este Discurso preliminar, copiando literalmente algunos pasages de la Lógica del Abate Condilla; los quales me parece que pintan con mucha propiedad el estado en que se hallaba la Química en unos tiempos muy vecinos á los nuestros; y que por lo mismo que no se escribieron expresamente para el intento, deben ser de mayor peso, siempre que sea justa su aplicación.

“En vez de observar las cosas que intentábamos conocer, hemos querido imaginarlas. De una suposición falsa en otra igualmente falsa, hemos ido cayendo en una multitud de errores, que transformados en preocupaciones, hemos creído por lo mismo que eran principios, y nos han extraviado cada vez más. En este estado solamente raciocinábamos por el mal hábito contraído: por manera, que el arte de abusar de las palabras que no entendíamos, ha sido para nosotros toda nuestra lógica. Puestas las cosas en este estado, y acumulados así los errores, solamente hay un medio para restablecer el órden en la facultad de pensar, y es olvidar todo lo aprendido, ir á buscar nuestras ideas desde su origen, seguir su generación, y como dice Bacon, regenerar el entendimiento humano.

Este medio es tanto mas difícil de practicar, quanto mas instruidos nos creemos. De este modo, las obras en que se tratasen las ciencias con mucha claridad, precisión y órden, ¿no serían para todos? Los que nada hubiesen estudiado las entenderían mejor que los que hubiesen hecho grande estudio, y sobre todo mejor que los mismos escritores sobre las ciencias”.

El Abate Condillac añade al fin del capítulo V: “Pero en fin las ciencias han hecho progresos; porque los Filósofos han executado mejor sus observaciones, y se han explicado igualmente con la misma precisión y exactitud que pusieron en ellas: de modo que corrigiendo la lengua, han raciocinado mejor”.

Apéndice 2

John Dalton. A New System of Chemical Philosophy. Chapter 3. Second Edition. London: John Weale, Architectural Library, High Holborn, 1842.¹

Capítulo III Sobre la síntesis química

Cuando cualquier cuerpo existe en el estado elástico,² sus partículas últimas se encuentran separadas unas de otras por una distancia mucho mayor que en cualquier otro estado; cada partícula ocupa el centro de una comparativamente grande esfera y soporta su dignidad manteniendo a todo el resto, por su gravedad, o alternativamente están dispuestas a invadirla a una distancia respetable. Cuando tratamos de concebir el número de partículas en una atmósfera, esto es algo como tratar de concebir un número de estrellas en el universo; estaríamos frustrados con este pensamiento. Pero si limitamos el asunto tomando un determinado volumen de cualquier gas, seríamos persuadidos, si la división fuera lo suficientemente pequeña, de que el número de partículas debe ser finito; justamente así como en un determinado espacio del universo el número de estrellas y planetas no puede ser infinito.

El análisis químico y la síntesis no van más allá de la separación de las partículas una de otra, y de su reunión. No puede lograrse una nueva creación o destrucción de materia por la acción de un agente químico. Es como si intentáramos introducir un nuevo planeta en el sistema solar, o aniquilar uno que ya existe; esto es como crear o destruir una partícula de hidrógeno. Todos los cambios que podemos producir consisten en separar partículas que están en un estado de cohesión o combinación, y juntar aquellas que estaban previamente a una cierta distancia.

En todas las investigaciones químicas acaba recientemente de ser considerada como importante la determinación de los pesos relativos de los simples que constituyen un compuesto. Pero desafortunadamente esta pregunta ha terminado aquí; mientras, desde los pesos relativos en las masas, se han podido inferir los pesos relativos de las últimas partículas o átomos de los cuerpos, desde donde su

1 He hecho (Javier Montserrat) una traducción no profesional a partir del texto original para más fácil lectura de nuestro poeta (Lucrecio).

2 Se refiere al estado gaseoso.

número y peso en varios otros compuestos podrían aparecer, en orden de asistir y guiar futuras investigaciones, y corregir sus resultados. Ahora, es un gran objetivo de este trabajo mostrar la importancia y ventaja de establecer los pesos relativos de las últimas partículas, ambos en los cuerpos simples y compuestos, el número de partículas elementales simples que constituyen una partícula compuesta, y el número mínimo de partículas compuestas que intervienen en la formación de otra partícula compuesta.

Si existen dos cuerpos, A y B, que están dispuestos a combinarse, el siguiente es el orden en el cual las combinaciones pueden tener lugar, empezando por la más simple:

1 átomo de A + 1 átomo de B = 1 átomo de C, binario.

1 átomo de A + 2 átomos de B = 1 átomo de D, ternario.

2 átomos de A + 1 átomo de B = 1 átomo de E, ternario.

1 átomo de A + 3 átomos de B = 1 átomo de F, cuaternario.

3 átomos de A + 1 átomo de B = 1 átomo de G, cuaternario. Etc.

Las siguientes reglas generales pueden adoptarse como guías en todas nuestras investigaciones sobre la síntesis química:

1^{ra}. Cuando solo una combinación de dos cuerpos puede ser obtenida, debe presumirse que será binaria, a menos que aparezca alguna causa contraria.

2^{da}. Cuando se observen dos combinaciones, debe presumirse que será una binaria y una terciaria.

3^{ra}. Cuando se obtengan tres combinaciones, podemos esperar una binaria y otras dos terciarias.

4^{ta}. Cuando se observen cuatro combinaciones, deberíamos esperar una binaria, dos terciarias y una cuaternaria, etc.

5^{ta}. Un compuesto binario debería siempre ser específicamente más pesado que la mera mezcla de sus dos ingredientes.

6^{ta}. Un compuesto terciario debería ser específicamente más pesado que la mezcla de uno binario y uno simple, que lo constituirían, si se combinaran, etc.

7^{ma}. Las reglas y observaciones antes mencionadas se aplican igualmente cuando dos cuerpos, como C y D, D y E, etc., se combinan.

De la aplicación de estas reglas a los hechos químicos bien establecidos, deducimos las siguientes conclusiones:

1^{ra}. Que el agua es un compuesto binario de hidrógeno y oxígeno y que el peso relativo de los dos átomos elementales es cercano a 1 : 7.

2^{da}. Que el amoníaco es un compuesto binario de hidrógeno y nitrógeno y que los pesos relativos de los dos átomos son cercanos a 1 : 5.

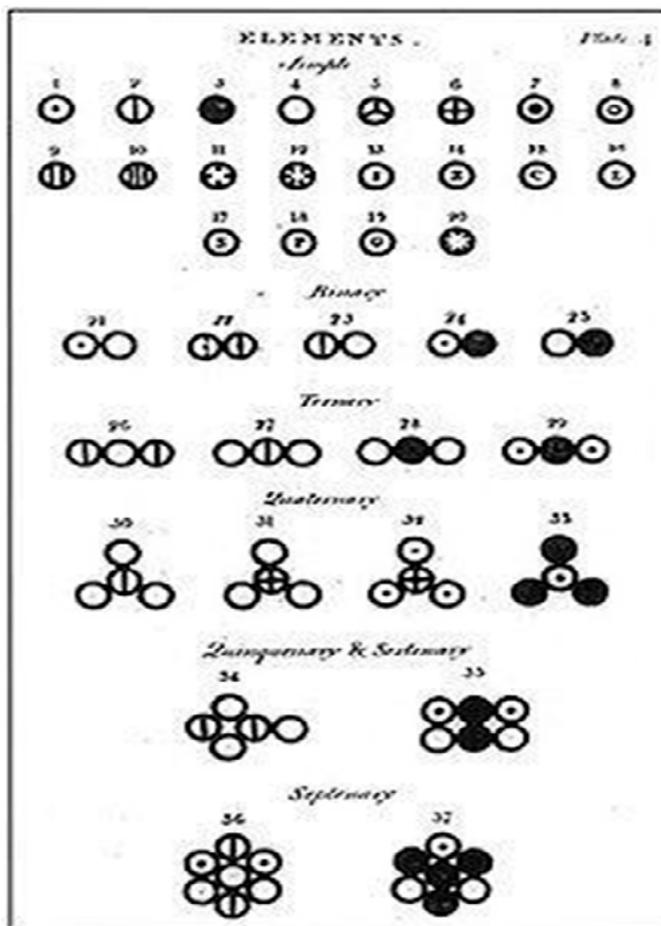
3^{ra}. Que el gas nitroso es una combinación de nitrógeno y oxígeno y que los átomos pesan 5 a 7 respectivamente; que el ácido nítrico es un compuesto binario o ternario según cómo se derive, y consiste de un átomo de nitrógeno y dos de oxígeno, que pesan juntos 19; que el óxido nitroso es un compuesto similar al ácido nítrico y consiste de un átomo de oxígeno y dos de nitrógeno, que pesan 17; que el ácido nitroso es un compuesto binario de ácido nítrico y gas nitroso, que pesan 31; que el ácido oxinítrico es un compuesto binario de ácido nítrico y oxígeno, que pesan 26.

4^{ta}. Que el óxido carbónico es un compuesto binario que consiste de un átomo de carbono y uno de oxígeno, que pesan conjuntamente 12; que el ácido carbónico es un compuesto terciario (pero a veces binario) que consiste en un átomo de carbono y dos de oxígeno, que pesan 19, etc. En todos los casos, los pesos están expresados en átomos de hidrógeno, cada uno de los cuales se denota por la unidad.

En la continuación de este texto, los hechos y experimentos a partir de los cuales se han derivado las conclusiones serán detallados, así como también una gran variedad de otros, de los cuales se infiere la constitución y el peso de las partículas últimas de los ácidos principales, los álcalis, las tierras, los metales, los óxidos metálicos y los sulfuros, el largo conjunto de las sales neutras y, brevemente, todos los compuestos químicos que han sido obtenidos hasta ahora con un análisis lo suficientemente bueno. Muchas de las conclusiones se basarán en experimentos completamente nuevos.

De la novedad y la importancia de las ideas sugeridas en este capítulo se considera conveniente dar algunas ilustraciones, mostrando el modo de combinación en algunos de los casos más simples. Algunos ya fueron mencionados en la primera parte. Los elementos y átomos de estos cuerpos se consideran hasta el presente como simples, se denotan con un pequeño círculo, con una marca distintiva, y las combinaciones consisten en la yuxtaposición de dos o más de estos; cuando tres o más partículas de un fluido elástico se combinan entre ellas para dar una, debe suponerse que las partículas del mismo tipo se repelen unas a otras, y por lo tanto toman su posición en conformidad.

Lámina IV. Esta ilustración contiene las marcas arbitrarias o signos elegidos para representar distintos elementos químicos o partículas últimas.



Figuras:

- | | |
|--------------------------------------|--------------------|
| 1. Hidrógeno, su peso relativo es 1. | 7. Magnesio 20 |
| 2. Nitrógeno 5 | 8. Litio (Lime) 23 |
| 3. Carbono 5 | 9. Sodio 28 |
| 4. Oxígeno 7 | 10. Potasio 42 |
| 5. Fósforo 9 | 11. Estroncio 46 |
| 6. Azufre 13 | 12. Bario 68 |

13. Hierro 38
14. Zinc 56
15. Cobre 56
16. Plomo 95
17. Plata 100
18. Platino 100
19. Oro 140
20. Mercurio 167
21. Un átomo de agua o vapor, compuesto por uno de oxígeno y uno de hidrógeno, retenidos en contacto físico por una afinidad fuerte, y supuestamente rodeados por una atmósfera de calor; su peso relativo es 8.
22. Un átomo de amoníaco, compuesto por uno de nitrógeno y uno de hidrógeno, su peso relativo es 6.
23. Un átomo de gas nitroso, compuesto por uno de nitrógeno y uno de oxígeno, su peso relativo es 12.
24. Un átomo de gas oleficante, compuesto por uno de carbono y uno de hidrógeno, su peso relativo es 6.
25. Un átomo de óxido carbónico compuesto por un átomo de carbono y uno de oxígeno, su peso relativo es 12.
26. Un átomo de óxido nitroso, 2 de nitrógeno + 1 de oxígeno, su peso relativo es 17.
27. Un átomo de ácido nítrico, 1 de nitrógeno + 2 de oxígeno, su peso relativo es 19.
28. Un átomo de ácido carbónico, 1 de carbono + 2 de oxígeno, su peso relativo es 19.
29. Un átomo de hidrógeno carburado, 1 de carbono + 2 de hidrógeno, su peso relativo es 7.
30. Un átomo de ácido oxinítrico, 1 de nitrógeno + 3 de oxígeno, su peso relativo es 26.
31. Un átomo de ácido sulfúrico, 1 de azufre + 3 de oxígeno, su peso relativo es 34.
32. Un átomo de hidrógeno sulfurado, 1 de azufre + 3 de hidrógeno, su peso relativo es 16.
33. Un átomo de alcohol, 3 de carbono + 1 de hidrógeno, su peso relativo es 16.
34. Un átomo de ácido nitroso, 1 de ácido nítrico + 1 gas nitroso, su peso relativo es 31.
35. Un átomo de ácido acetoso (acético), 2 de carbono + 2 de agua, su peso relativo es 26.
36. Un átomo de nitrato de amonio, 1 ácido nítrico + amoníaco + 1 de agua, su peso relativo es 33.
37. Un átomo de azúcar, 1 alcohol + 1 ácido carbónico, su peso relativo es 35.

La Colección Entrecruzados presenta libros que reflexionan sobre temas científicos de orden general, con la particularidad de ser abordados desde al menos dos disciplinas (es decir, al menos dos autores), que establecen un enfoque complementario del conocimiento.

Cartas a Lucrecio intenta ser un homenaje al genial poeta romano (siglo I a. C.) y su maravillosa obra *De rerum natura* ("De las cosas de la naturaleza"). Este poema de 2.000 años de antigüedad es una oda científica incomparable, y además de proponer una imagen (atomística) del universo, discute problemas tan caros a la naturaleza humana como la existencia de los dioses, el alma humana, el deseo, el amor y la muerte, es decir, prácticamente todas las cuestiones centrales de nuestra humanidad. La historia de cómo el poema permaneció casi desaparecido durante la edad media y fue reencontrado en el siglo XV por un buscador de libros (Poggio Bracciolini) es una aventura en sí misma.

El texto que les acercamos quiere escapar de los espacios académicos más clásicos y por eso fue escrito como una ficción, lo que permite olvidarse por un rato de los rigores estilísticos de la academia, al mismo tiempo que hacer sonar, tal vez, algunas cuerdas de nuestra sensibilidad más cercanas a la emoción. Es también este recurso ficcional el que nos permite contar la historia de un libro (*De rerum natura*) perdido y encontrado y contenido dentro de otro texto (*Cartas a Lucrecio*) que sufrió la misma suerte. Esperamos haber cumplido con la promesa de la colección "Entrecruzados" y haber entrecruzado nuestras miradas como autores sobre este texto antiguo. Esperamos que los emocione de la misma forma que lo hizo con nosotros.

Universidad Nacional
de General Sarmiento 



Libro
Universitario
Argentino

